



PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CHILE
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
INSTITUTO DE SOCIOLOGÍA

**La perspectiva de los lazos en el estudio del desacuerdo:
La fuerza de las redes primarias en la
relación desacuerdo e involucramiento político**

Por:

Nicolle Etchegaray Thielemann

Profesores guía:

Matías Bargsted

Sebastián Valenzuela

Tesis presentada al Instituto de Sociología
de la Pontificia Universidad Católica de Chile,
para optar al título de Doctor en Sociología.

2021

TABLA DE CONTENIDOS

| | |
|---|------------------|
| <i>I. RESUMEN.....</i> | <i>4</i> |
| <i>II. INTRODUCCIÓN.....</i> | <i>5</i> |
| <i>III. REVISIÓN DE LITERATURA.....</i> | <i>11</i> |
| 1. La perspectiva de redes sociales en el estudio del involucramiento político..... | 11 |
| 2. Acuerdos en torno al desacuerdo: los beneficios teóricos y empíricos de la interacción entre opciones políticas diferentes. | 19 |
| 3. Desacuerdos empíricos en el estudio del desacuerdo: la discusión en torno a sus efectos sobre actitudes y comportamientos políticos..... | 24 |
| 4. Aspectos metodológicos del estudio del desacuerdo y sus implicancias. | 29 |
| 5. Mecanismos teóricos de influencia del desacuerdo a la luz de la fuerza de los lazos... 39 | |
| 6. El desacuerdo político a la luz de la fuerza de los lazos..... | 47 |
| 6.1. El aporte de las relaciones periféricas en la conversación política informal. | 50 |
| 6.2. La fuerza de la intimidad en la conversación política informal..... | 55 |
| 7. Chile como caso de estudio. | 65 |
| <i>IV. METODOLOGÍA.....</i> | <i>74</i> |
| 1. Datos..... | 74 |
| 2. Variables principales | 75 |
| 3. Variables dependientes..... | 79 |
| 4. Variables sociodemográficas..... | 86 |

| | |
|---|------------|
| 5. Estrategia de análisis | 88 |
| V. RESULTADOS | 92 |
| VI. DISCUSIÓN | 109 |
| VII. ANEXOS..... | 115 |
| 1. Modelos para variables de participación política y decisión del voto | 115 |
| 2. Modelos para variables de apego político interno: Interés y Eficacia Interna | 116 |
| 3. Modelos para variables de apego político externo: Eficacia Política Externa..... | 117 |
| VIII. REFERENCIAS..... | 118 |

I. RESUMEN

La interacción entre ciudadanos con posiciones políticas divergentes ofrece múltiples beneficios para las sociedades democráticas, al asociarse a mayor reflexión, tolerancia y conocimiento políticos (e.g. Arendt, 1968; Huckfeldt et al, 2004; Mutz, 2002). Sin embargo, también puede tener un costo, al reducir la participación política de los ciudadanos en la medida que se exponen a mayor desacuerdo político en sus interacciones sociales, una premisa ampliamente debatida por numerosos académicos que encuentran resultados disímiles en torno a la relación entre desacuerdo y apego político.

Al analizar la relación entre el involucramiento político y el desacuerdo político percibido por los individuos, distinguiendo en las redes fuertes y débiles de conversación política informal, este trabajo busca aportar a la discusión académica en torno al desacuerdo político desde una perspectiva metodológica y teórica escasamente abordada: la naturaleza de las relaciones sociales con las cuales se produce la interacción. Utilizando los datos para Chile del Proyecto CNEP, se observa la relevancia de las redes primarias para la interacción política de los ciudadanos comunes y corrientes.

El presente estudio evidencia que la relevancia del desacuerdo depende de los lazos con los cuales este se observa, y que la fuerza de los lazos débiles observada por Granovetter no tiene un correlato al estudiar el desacuerdo político. Sistemáticamente se observa una relación significativa entre el nivel de exposición al desacuerdo que se enfrenta en la discusión con las relaciones primarias de los ciudadanos respecto de diversos indicadores de involucramiento político, siendo particularmente relevante la relación negativa respecto de la participación política y la capacidad para decidir en torno al voto.

II. INTRODUCCIÓN

La influencia social entre pares, particularmente la comunicación interpersonal entre ciudadanos comunes, es un elemento clave para comprender el desarrollo y evolución de las actitudes y comportamientos políticos de los individuos (para una revisión más profunda, ver Schmitt-Beck y Lup, 2013).

Un robusto cuerpo de estudios evidencia que la cantidad y frecuencia con la cual las personas discuten informalmente de política se asocian positivamente con numerosos aspectos del involucramiento de los individuos en política (de Zúñiga, 2017; Eveland et al., 2013; Eveland & Hively, 2009; Huckfeldt, Johnson, et al., 2004; Katz & Lazarsfeld, 1966; McClurg, 2006b; Mcleod et al., 1999; Shah, 2016; Valenzuela et al., 2011). Pero la sinergia entre conversación y apego político parece tener una excepción relevante: la existencia de desacuerdo.

La teoría democrática afirma que la interacción entre ciudadanos con visiones políticas diferentes es una condición básica de una sana democracia, al hacer posible la libre elección popular, promover la reflexión individual y fortalecer la legitimidad del sistema en su conjunto (Arendt, s. f.; Mill, 1859). Diversos estudios empíricos, efectivamente, observan una serie de beneficios democráticos del desacuerdo, especialmente asociados al acceso a información, conocimiento, razonamiento y mesura política (Ekstrom et al., 2020; Huckfeldt, Johnson, et al., 2004; D. C. Mutz, 2002a; Pattie & Johnston, 2008).

Sin embargo, el desacuerdo político parece tener un *lado oscuro* (Bello, 2012, aludiendo a Mutz, 2002), al asociarse negativamente con la capacidad de los ciudadanos de

participar en sus sistemas políticos, una premisa que ha generado uno de los debates académicos más activos e interesantes en esta línea de estudios.

Desde que Diana Mutz (2002) afirmó que los beneficios democráticos del desacuerdo tienen un costo, la menor participación política de los ciudadanos que lo experimentan, numerosos académicos han estudiado las implicancias de las redes sociales que exponen a visiones políticamente *conflictivas, heterogéneas, diversas* o *cruzadas*. Pero mientras un segmento de ellos ha respaldado los hallazgos de Mutz (e.g. Eveland et al., 2015; Guidetti et al., 2016; McClurg, 2006; Pattie & Johnston, 2009), otros estudios los han cuestionado con fuerza, afirmando que la relación del desacuerdo con el apego político es estadísticamente insignificante o sólo se genera en situaciones extremas (Bello, 2012; Huckfeldt, Mendez, et al., 2004; Klofstad et al., 2013; Nieuwbeerta & Flap, 2000; Nir, 2005, 2011). Incluso, algunos estudios han encontrado que el desacuerdo, en ciertas condiciones, puede movilizar a los ciudadanos, al aumentar el conocimiento político y motivación para participar en actividades políticas, particularmente las elecciones (Cappella et al., 2002; Kwak et al., 2005; Leighley, 1990; Price et al., 2002; Rubenson, 2005; Scheufele et al., 2004, 2006).

Las publicaciones más recientes en el área han resultado cruciales para comprender por qué la literatura evidencia tantos “desacuerdos en torno al desacuerdo” (Klofstad et al., 2013), apuntando a las implicancias de la enorme fragmentación metodológica y conceptual de esta línea de investigación, es decir, en forma de definir así como de medir el desacuerdo político en la vida de las personas, así como de relacionar estadísticamente estas medidas con una gama igualmente diversa de indicadores de participación o involucramiento político (tema que se analiza en profundidad en el tercer capítulo de la revisión de literatura).

Hoy resulta clara la necesidad de distinguir el desacuerdo que enfrentan los individuos en la interacción social de la diversidad política de sus redes sociales (Eveland & Hively, 2009) así como el rol moderador de características individuales de quienes enfrentan este tipo de interacción, como el nivel de conocimiento o sofisticación política de los individuos (Lyons et al., 2016; McClurg, 2006b), así como de variables contextuales, como la distribución de las opiniones en los barrios o círculos sociales más amplios en que habitan las personas (Baybeck & Huckfeldt, 2002; Eveland et al., 2015; McClurg, 2006a).

Pero la naturaleza de los lazos sociales que caracterizan a las redes de conversación, lo que Granovetter llamó la “fuerza de los lazos” (1973), no ha sido incorporada en el análisis del desacuerdo en la conversación política informal, aunque se trata de un atributo capaz de dar sentido al mecanismo teórico al que alude Mutz (2002) para explicar la correlación negativa entre participación y desacuerdo: lo que Festinger (1957) llamó la *incomodidad psíquica del desacuerdo*, el malestar que las personas experimentan naturalmente cuando se pone en riesgo la armonía o cohesión social y, potencialmente, la pertenencia grupal, impulsando instintivamente a la búsqueda de acuerdos u otros caminos que permitan reducir la disonancia o conflicto.

La fuerza de los lazos refiere a la naturaleza o nivel de cercanía y solidez de los vínculos que conectan a los individuos y ha contribuido a la comprensión de numerosos fenómenos sociales. En el estudio del entramado social y la difusión de información, Granovetter (1983) identifica las redes de lazos fuertes como las relaciones más cercanas y duraderas de los individuos, aquellas que se caracterizan por la confianza, familiaridad y estima mutua, así como una mayor similitud u homofilia en una serie de dimensiones. Los lazos débiles, para este autor, abordan el amplio abanico de las demás relaciones sociales de

las personas, que conforman redes más amplias y diversas, permitiendo la interconexión entre redes de lazos fuertes.

En ambos espacios sociales las personas acceden a diferentes tipos de recursos (Coleman, 1988; Lin, 1999), pero las redes débiles son descritas por Granovetter como los espacios centrales para el acceso a información, opiniones, perspectivas y estilos de vida más diversos y novedosos, un elemento fundamental cuando se estudian las interacciones entre personas con posiciones políticas divergentes. Las redes centrales de las personas o lazos fuertes, por otra parte, han demostrado ser centrales en los procesos de socialización política (Carpini, 2004; Rojas, 2012; Rojas & Hopke, 2010), al involucrar a las relaciones más frecuentes y significativas para las personas, siendo además redes más densas o interconectadas. La densidad, a su vez, ha mostrado ser un atributo asociado al nivel de coerción o presión social que es capaz de ejercer una red sobre sus componentes (Ladini et al., 2020; Sinclair, 2012), lo que permite inferir que el desacuerdo puede ser una experiencia particularmente difícil de soportar cuando se produce dentro de los círculos primarios.

Al analizar la relación diferencial del desacuerdo político percibido en redes fuertes y débiles, este trabajo busca aportar a la discusión académica en torno al desacuerdo político en las redes sociales desde una perspectiva metodológica y teórica escasamente abordada. Utilizando los datos para Chile del Proyecto de Elecciones Nacionales Comparativas (CNEP), se ha podido distinguir el nivel de desacuerdo percibido por los individuos entre sus redes de lazos fuertes (que consideran la conversación con familiares y amigos), y las redes de lazos débiles (que incluyen a compañeros de trabajo o estudio y vecinos).

Por otra parte, se busca ampliar la mirada desde la participación política hacia una gama mayor de indicadores de involucramiento político, incorporando al análisis una serie de actitudes que la literatura en torno al involucramiento político apunta como elementos relevantes para comprender la capacidad y voluntad de los individuos de ser ciudadanos activos en sus sistemas políticos. Los antecedentes empíricos en torno al desacuerdo se centran muy mayoritariamente en la participación en elecciones presidenciales, aunque también algunos incluyen elecciones de otro tipo de autoridades representativas y formas de participación no electorales. La capacidad de decidir en torno al voto, el interés y la eficacia política son indicadores relevantes del involucramiento de los ciudadanos en política, y no es posible asumir que el desacuerdo se asocia a ellos de un modo similar a la participación.

El análisis de los datos evidencia, como defendía Mutz (2002), que el desacuerdo efectivamente se encuentra estadísticamente asociado al nivel de apego político, pero depende de los lazos que se incorporan al análisis. El poder que Granovetter observó en los lazos débiles para la difusión de información no tiene un correlato en el estudio del desacuerdo político. Sistemáticamente se observa una relación significativa entre el nivel de exposición al desacuerdo que se enfrenta en la discusión con las relaciones primarias de los encuestados, con todos los indicadores de involucramiento político, mientras que la exposición a divergencias en de redes débiles no resulta significativa con ninguno de ellos.

Adicionalmente, la dirección de la relación entre el desacuerdo político y los indicadores involucramiento político parece depender las dimensiones del apego político. Al distinguir entre los aspectos internos y externos del involucramiento ciudadano en política, en línea con el análisis longitudinal de actitudes de legitimidad, descontento y desafección realizada por Montero y colegas (J. Montero et al., 1999; J. R. Montero et al., 1997). La

participación política y las actitudes que se inscriben en lo que estos autores definen como la dimensión interna del apego —el interés político y la capacidad de decidir el voto—, se asocian negativamente con desacuerdo, observándose mayor participación en actividades políticas, más interés político y menor tiempo destinado a la decisión respecto del voto. Pero los indicadores de la dimensión externa o institucional de apego político —la percepción de receptividad y elitismo de las autoridades políticas— muestran una relación positiva, de modo que mayor nivel de discrepancias políticas en las redes fuertes se asocia con una mejor evaluación de la clase política.

El estudio que a continuación se presenta está ordenado de la siguiente manera: en primer lugar, la *Revisión de Literatura* analiza los antecedentes empíricos y teóricos de esta línea de estudio: los acuerdos teóricos y empíricos en torno al desacuerdo político en su relación con el involucramiento político de los ciudadanos, las discrepancias empíricas más relevantes en esta línea de investigación, los aspectos metodológicos que permiten comprender estas controversias, el potencial aporte de la perspectiva de los lazos sociales en el estudio de la exposición al desacuerdo político y los mecanismos teóricos que respaldan este aporte, el contexto social en el que se inscribe el estudio empírico que se presenta, y finalmente la definición de hipótesis y preguntas de trabajo. La sección de *Metodología* presenta la fuente de datos empíricos utilizados, la forma de construcción de las variables incluidas en el análisis y el plan de análisis estadístico diseñado para poner a prueba las hipótesis planteadas. La sección de *Resultados* presenta el fruto de los análisis de realizados y responde a las preguntas e hipótesis previamente descritas, los que posteriormente abordan en un espacio final de *Discusión*, que busca conectar y poner en contexto los hallazgos empíricos, así como su aporte para el conocimiento científico sobre el desacuerdo.

III. REVISIÓN DE LITERATURA

1. La perspectiva de redes sociales en el estudio del involucramiento político

El involucramiento de los ciudadanos en sus sistemas políticos (observado a partir de elementos como la participación electoral y no electoral, el interés en política y la eficacia), ha sido ampliamente estudiado desde la observación de atributos individuales y, aunque en menor medida, en perspectiva comparada. La perspectiva de redes sociales, sin embargo, ha sido escasamente incorporada, aunque ha demostrado que los contextos inmediatos de las personas son fundamentales para comprender la formación y desarrollo de numerosos fenómenos (Knoke y Kuklinski, 1982; Huckfeldt, Johnson y Sprague, 2003).

Desde una visión ontológica, la perspectiva de redes destaca la naturaleza inherentemente social del ser humano y la interdependencia entre los actores sociales como una premisa básica para comprender cómo se desarrollan sus creencias, actitudes y comportamientos de los individuos (Huckfeldt y Sprague, 2003). Las relaciones de familia, amistad, trabajo, etc., canalizan información, afecto y otros recursos (Coleman, 1988), y en la estructura de esas redes puede tanto constreñir como facilitar la acción (Barnet, 2011; Wetherell, 1998).

Así como Durkheim (1974) evidenció que los fenómenos sociales constituyen una realidad diferente a los individuos que los integran, el análisis de redes ha evidenciado que los grupos sociales son entes diferentes de los individuos que los integran, pero que al mismo tiempo constituyen potentes influencias para sus integrantes, de modo que aportan a la comprensión de fenómenos que tradicionalmente se analizan a partir de atributos individuales.

Todo actor social participa de un sistema complejo de relaciones y los actores sociales que integran cada sistema son punto de referencia significativos en las percepciones, creencias y acciones de los demás actores, en un proceso dinámico (Knoke y Kuklinski, 1982). Por eso, como perspectiva metodológica, el análisis de redes sociales considera incompleta la investigación que observa a los individuos como si fuesen entes aislados y libres de contexto (Zuckerman et al. 2007, pp. 1-31), razón por la cual agrega a los datos individuales aquellos que caracterizan las microestructuras sociales dentro de las cuales se desenvuelven los individuos.

Al observar conjuntos de actores interconectados, surge la posibilidad de medir cualidades relacionales, atributos que no son inherentes a ninguna de las unidades de observación en sí mismas, sólo surgen al considerar dos o más entidades simultáneamente (Knoke y Kuklinski, 1982). Las redes sociales, en este contexto, corresponden a conjuntos de individuos o *nodos* vinculados a partir de relaciones interpersonales que varían en el nivel de densidad general o interconexión, la frecuencia de las interacciones, nivel de intimidad o cercanía de los lazos, la composición política, sociodemográfica, religiosa, y, en general, todo tipo de atributos que caracterizan tanto relaciones entre dos unidades específicas, como del total de las relaciones que componen los grupos sociales.

Al sumar a los datos individuales las características de los espacios sociales en los que se desarrolla la vida cotidiana de los individuos, se encuentra un modo de acortar la distancia entre las explicaciones de nivel macro (unidades agregadas como estados, distritos, etc.) y micro (individuos aislados) en el estudio de fenómenos sociales (Huckfeldt, Mendez y Osborn, 2004). Su capacidad de iluminar estructuras sociales enteras y así como de los elementos que la componen explica el aporte del análisis de redes en diversos campos, tales

como la sociología, la ciencia política y la comunicación (e.g. Berelson et al., 1986; Coleman, 1988; Granovetter, 1973; Huckfeldt et al., 2004; Lazarsfeld et al., 1944)).

Como afirman Knoke y Kuklinsky (1982, p.13), *"el análisis de redes contiene una premisa explícita de gran consecuencia: la estructura de las relaciones entre los actores y la ubicación de los actores individuales en la red tienen importantes consecuencias conductuales, perceptivas y actitudinales tanto para las unidades individuales como para el sistema en su conjunto"*

El análisis de redes puede adoptar un enfoque "sociocéntrico", para observar redes completas y recoger información sobre todos los integrantes de un solo conjunto de sujetos y sus múltiples interconexiones (e.g. organizaciones sociales, pandillas, clubes deportivos, empresas, etc.), o asumir un enfoque "egocéntrico", el más simple y popular, que observa una multiplicidad de pequeños grupos sociales simultáneamente, a partir de los datos de una serie de "egos" o entrevistados que reportan información asociada a sus vínculos más próximos o confidentes, es decir, sus propias redes (Chung, Hossain y Davis, 2005).

Los estudios sociocéntricos han mostrado ser especialmente útiles para analizar la influencia de las redes de conversación política informal (CPI) entre ciudadanos comunes en una serie de fenómenos sociales. Al preguntar sobre las personas con las que el entrevistado discute más frecuentemente sobre un tema particular se delimita con mayor precisión el tema o fenómeno particular dentro del que se evalúa la influencia de los grupos de pertenencia del individuo.

El estudio de actitudes y comportamientos políticos observa particularmente las redes de conversación política informal (CPI) de los individuos, ya que permite reducir el ámbito de las interacciones a los espacios en los cuales los ciudadanos comunes y corrientes

interactúan de manera espontánea, horizontal y no estructurada para intercambiar información, opiniones, creencias y normas grupales en torno a temas públicos o políticos (e.g. Huckfeldt & Sprague 1995; Mutz, 2002; Delli Carpini et al., 2004; Sinclair, 2012; Schmitt-Beck & Lup, 2013). La política democrática inevitablemente estimula un proceso de comunicación social entre los ciudadanos y, por lo tanto, los individuos experimentan la política a través de formas continuas de interacción social y comunicación con los demás (Huckfeldt, 2009)

La publicación pionera en el estudio de las redes sociales de comunicación se remonta a los estudios electorales de Columbia. Con *The People's Choice*, de Lazarsfeld, Berelson y Gaudet (1944), se comenzó a comprender la influencia de la comunicación política al interior de los grupos primarios de los ciudadanos. Como han respaldado estudios posteriores, este estudio evidenció que las relaciones interpersonales son sustantivamente más relevantes en las actitudes y decisiones políticas (como el voto) de los ciudadanos, respecto de los medios de comunicación masiva y del intenso trabajo de persuasión que encabezan líderes y partidos políticos.

Hasta fines del siglo XX, los estudios de redes de CPI en el área estuvieron principalmente interesados en la influencia de la comunicación social en las decisiones de voto (Knoke 1990; Huckfeldt y Sprague 1995). Aunque los estudios fueron mayoritariamente transversales, imposibilitando la inferencia causal entre las características de las redes de comunicación y los comportamientos políticos, MacKuen y Brown (1987) comprobaron con datos de panel que existe un considerable impacto de la interacción interpersonal, no sólo en las actitudes de las personas, sino en la capacidad de modificarlas. Esta línea de investigación se ha fortalecido desde entonces con académicos interesados en comprender cómo las redes

de comunicación interpersonal influyen sobre las preferencias políticas y el involucramiento de los ciudadanos en la política, confirmando que la red cercana de comunicación interpersonal es una influencia significativa en las preferencias políticas de los ciudadanos (Berelson et al., 1986; Huckfeldt, 2009; Huckfeldt et al., 1998; Katz & Lazarsfeld, 1966; Lazarsfeld et al., 1944; Nickerson, 2008; Sinclair, 2012)

La frecuencia de la conversación política (o sobre asuntos públicos) es uno de los atributos más revisados en los estudios de CPI. Como Coleman proponía para el caso de la formación de capital social (1988, pp. 109-110), el tiempo invertido en la interacción y discusión es un elemento central para que éste genere cualquier tipo de efecto. A mayor frecuencia de la interacción, existiría mayor oportunidad para la comunicación de información política, opiniones y experiencias. Esto explicaría que los estudios reportan que la discusión política frecuente se asocia con un mayor poder o influencia de la red sobre las actitudes y opiniones políticas del encuestado (Kenny, 1994; Nickerson, 2008).

Pero otros estudios muestran que es relevante considerar que, más allá de la frecuencia de la conversación, existen mecanismos más generales de influencia interpersonal que explican que el comportamiento y las creencias políticas se encuentren significativamente relacionadas con las características de las redes sociales en las que las personas se desenvuelven (Sinclair, 2012). Sinclair (2012) y Mutz (2006) defienden el poder de la presión social entre pares como consecuencia de la naturaleza social del ser humano, que impulsa a los individuos a evadir el conflicto y a adaptar sus actitudes y comportamientos políticos para mantener la armonía en sus relaciones. El origen teórico está en el modelo de influencia social o “conformidad” inspirado en las ideas de Asch (1956), según el cual los

individuos adoptan las visiones prevalentes para reducir cuanto sea posible la incomodidad psíquica de la disonancia al interior de los grupos sociales.

Otros proponen que existen mecanismos cognitivos de ahorro en el procesamiento de información política que podrían explicar la relación empírica entre las características que predominan en las redes sociales y aquellas que reportan quienes las integran. En este modelo se considera que las personas usan sus redes interpersonales para informarse. Dado que la política no es un tema de interés para gran parte de los ciudadanos (Sinclair, 2012), emplean la sus relaciones sociales como un “dispositivo de ahorro de mano de obra” (Huckfeldt, Johnson, et al., 2004, p. 10), al pedir la opinión de quienes considera que están mejor informados y, al mismo tiempo, tienen preferencias políticas similares a las propias.

De acuerdo con Huckfeldt y colegas, un análisis más complejo lleva a considerar que la influencia interpersonal se asocia a que los ciudadanos siguen un patrón de comunicación *autorregresivo*, en cuanto adquieren información política a través conversaciones con pares, pero la nueva información siempre es evaluada en el contexto de la información obtenida previamente (Huckfeldt et al., 2003). Si la información o preferencias que observa en una conversación contradicen la información previa, difícilmente será influyente. Sin embargo, si sucede que la misma posición disonante es sostenida por un miembro adicional dentro de su red, deberá reevaluar el contenido y, en cuanto más prevalente sea, mayor será su poder de influencia. Por eso denominan este mecanismo de influencia social como “autorregresivo”, ya que la influencia relativa de cada relación social está condicionada, más que por los atributos particulares de esa relación en particular, por la percepción en torno a las tendencias mayoritarias al considerar el total de las relaciones sociales.

En palabras de estos autores, “el proceso de comunicación social tiende a sostener preferencias mayoritarias dentro de las redes de comunicación, mientras que las preferencias divergentes se evalúan en un contexto informativo que apunta en una dirección opuesta. Por lo tanto, la importancia de cualquier fuente de información en particular es ponderada por la medida en que corresponde a la distribución de las fuentes de información restantes” (Huckfeldt, Johnson, et al., 2004, p. 297).

Aunque resulta complejo evaluar empíricamente cómo se produce la influencia interpersonal, la investigación comprueba que las opiniones y comportamientos políticos individuales se asocian significativamente con aquellos que prevalecen en sus redes. La investigación contemporánea ha centrado una atención particular a la influencia de la CPI en la participación política, comprobando que la probabilidad de que los ciudadanos se involucren en actividades políticas, se asocia positivamente con la intensidad de la discusión política, ya sea en términos del tamaño de las redes de discusión que presentan, como de la frecuencia con la que se produce este tipo de interacción (Baybeck & Huckfeldt, 2002; Campbell & Kwak, 2010; Eveland et al., 2011; Eveland & Hively, 2009; Klobstad, 2007; Leighley, 1990; McClurg et al., 2017; Moy & Gastil, 2006; Pattie & Johnston, 2008; Scheufele et al., 2003; Valenzuela et al., 2012; Wyatt et al., 2000). Xenos mcleod 1999

La intensidad de la CPI también se asocia positivamente con el interés en temas públicos o políticos (Torcal & Maldonado, 2014), la eficacia política (Ardèvol-Abreu et al., 2019; Halpern et al., 2017; Park & Karan, 2014; Scheufele et al., 2003), actitudes y comportamientos asociados al compromiso cívico y político (Campbell & Kwak, 2010; Carpini, 2004; Eveland et al., 2013; Gil de Zúñiga et al., 2016; Gil de Zúñiga & Valenzuela, 2011; Hampton, 2011a; Hively & Eveland, 2009; Huckfeldt, Mendez, et al., 2004) y el nivel

de conocimiento político de los individuos (Bennett et al., 2000; De Zúñiga, 2017; Eveland Jr et al., 2005; Eveland Jr & Thomson, 2006; EVELAND, 2004; Eveland & Hively, 2009, 2009; Holbert et al., 2002; Mcleod et al., 1999). Según Lin (1999), las redes sociales no sólo facilitan el acceso a información política, sino a diversos recursos integrados en ellas, que permiten a las personas aumentar su capital social, su conectividad y capacidad de participar colectivamente.

Sin embargo, un atributo muy particular de las redes de CPI genera escaso consenso empírico. El nivel de desacuerdo político que las personas experimentan en sus redes sociales es uno de los aspectos más estudiados en su relación con diversos indicadores de involucramiento político, siendo nuevamente mayoritario el estudio de la participación electoral. Tras casi dos décadas de controversias académicas asociadas a un potencial “lado obscuro del desacuerdo”, se propone estudiar la relación entre las variables a la luz de la fuerza de los lazos, esperando evidenciar que el nivel de intimidad de los círculos sociales convierte la presencia de desacuerdos en experiencias muy diferentes si se trata de vínculos fuertes o débiles. Antes, en cualquier caso, se revisan los principales antecedentes teóricos y empíricos que se han generado en torno a las consecuencias del desacuerdo.

2. Acuerdos en torno al desacuerdo: los beneficios teóricos y empíricos de la interacción entre opciones políticas diferentes.

El desacuerdo político dentro de una red social, también denominado por algunos académicos como exposición transversal (Mutz, 2002) o heterogeneidad política de una red (Ben-Nun Bloom & Levitan, 2011; Eveland & Hively, 2009; Scheufele et al., 2004) refiere a la medida en que los espacios de interacción de las personas incluyen a personas con posiciones divergentes en torno a la política o temas públicos (Huckfeldt, Johnson & Sprague, 2004, p.7).

Dentro de la teoría democrática tiene un rol importante. Hannah Arendt (1968) proponía que conocer puntos de vista diferentes es condición indispensable para formar opiniones válidas y para aprender a apreciar las perspectivas de los demás. Si los gobiernos deben regirse por la elección libre que realizan sus ciudadanos, éstos deben poder formar sus opiniones y basar sus decisiones en presencia de un debate público que efectivamente incluya todas las visiones posibles de la realidad y los asuntos públicos. Para Calhoun, el discurso democrático no depende de la similitud o acuerdo en las preferencias y puntos de vista de los ciudadanos, “sino más bien de la capacidad de crear discursos significativos a través de líneas de diferencia ”(Calhoun 1988, 220).

John Stuart Mill (1859) es profusamente citado para describir los beneficios esperados de la discusión que contiene desacuerdo político en el contexto de la democracia: en primer lugar, permite a los individuos conocer puntos de vista normativamente superiores, lo que abre la puerta a ser persuadidos, o bien a persuadir a quienes sostienen puntos de vista más débiles y lograr posiciones mayoritarias. Adicionalmente, obliga a *reflexionar* y

elaborar de manera consciente los propios argumentos, de manera que promueve en los ciudadanos una comprensión más profunda y elaborada de sus propias opiniones. A nivel macro, Stuart Mill sostiene que la interacción entre puntos de vista divergentes aporta a *legitimar* las decisiones políticas ante la sociedad, ya que al hacer conocidos o públicos los argumentos racionales que las sostienen, permite que sean aceptadas incluso por quienes no las comparten.

La comunicación entre líneas políticas es fundamental para que las personas puedan conocer y evaluar diferentes puntos de vista, pudiendo ajustar sus propias actitudes y comportamientos. En este sentido, el desacuerdo político también tiene un rol en el desarrollo, evolución y cambio de las preferencias dentro de los sistemas democráticos. Sin intercambio de opiniones entre ciudadanos, las preferencias políticas son relativamente fijas y es improbable que las preferencias modifiquen. Por eso, las dinámicas de formación de la opinión pública, así como la formación de las opiniones a nivel individual, requieren de la existencia de desacuerdos (Berelson, Lazarsfeld y McPhee, 1954, en Smith, 2001, pp.286-287).

Es un aspecto especialmente valorado por los teóricos de la democracia deliberativa, que esperan que el intercambio entre ciudadanos con opiniones diferentes fomente la reflexión intrapersonal así como la deliberación entre los miembros del sistema político, elevando la calidad de la esfera pública (Habermas, 1989). De una deliberación que incluye visiones políticas en desacuerdo se espera que surjan mejores decisiones y que sean más aceptables para todas las partes, así como más legítimas (Fishkin 1991).

Los beneficios democráticos del desacuerdo no se circunscriben a la teoría política. Numerosos académicos que investigan fenómenos políticos y sociales han reparado en las

implicancias del desacuerdo en las redes de CPI de los ciudadanos. Diana Mutz (2002), interesada en testear empíricamente los argumentos normativos ofrecidos por Stuart Mill, encontró que la discusión que expone a “presiones cruzadas” (crosscutting-pressures, crosscutting exposure) no está asociada a una mejor articulación de los argumentos que apoyan las propias opiniones. Sin embargo, ofrece evidencia positiva en torno a los demás puntos, al observar una relación positiva y significativa con la conciencia de las “razones legítimas” que sustentan las posiciones políticas contrarias a las propias, lo que a su vez se asocia con mayor tolerancia, de modo que el desacuerdo aporta a la legitimidad democrática y la convivencia social. Sus resultados son congruentes con otros estudios que reportan que mejora la calidad de las opiniones políticas de las personas y la comprensión de los argumentos asociados a puntos de vista competitivos ideológicamente (Cappella et al., 2002; Mutz, 2006; Price et al., 2002).

Huckfeldt y colegas (Huckfeldt y Sprague, 1995; Huckfeldt Johnson y Sprague, 2003) son los autores de algunos de los estudios más citados en el área. A través de encuestas de redes egocéntricas han estudiado las interacciones sociales cercanas de los individuos en periodos de elecciones políticas, concluyendo que la mayor parte de los ciudadanos mantiene en sus redes a confidentes con un signo político diferente, lo que constituye un aporte a nivel individual y colectivo que los lleva a afirmar que “la vitalidad de la política democrática también depende de la capacidad de los ciudadanos de no estar de acuerdo, rechazar tan bien como aceptar los puntos de vista de los demás” (Huckfeldt, Johnson y Sprague, 2003, p.1).

Estos autores afirman que la conversación que presenta desacuerdos constituye un ejercicio que enriquece el contenido de la discusión (la calidad de los argumentos e información que se comunica) y fortalece el proceso de formación de opinión entre los

ciudadanos, siendo el mayor aporte su contribución a lo que llaman *ambivalencia política*, un concepto que en la definición de los autores no corresponde al de la incertidumbre (que reporta Mutz, 2002), sino al de mesura, la cara opuesta de la polarización o adscripción a posiciones extremas. Los individuos que reportan redes de comunicación heterogéneas no tienen menor nivel de convicción en sus ideas y preferencias, o un bajo nivel de intensidad en sus actitudes, sino la capacidad de considerar elementos positivos y negativos respecto de los objetos políticos que evalúan, lo que aporta al desarrollo de una ciudadanía involucrada, pero al mismo tiempo poco polarizada en sus opiniones y preferencias (Huckfeldt, Johnson y Sprague, 2003; Huckfeldt, Mendez y Osborn 2004).

Adicionalmente, otros autores han reportado que el nivel de desacuerdo en las conversaciones impacta positivamente en la tolerancia política, particularmente si va de la mano con redes de mayor tamaño o en las cuales la interacción se realiza con mayor frecuencia (Barabas 2004; Mutz 2002b; Mutz y Mondak, 2006; Pattie y Johnston, 2008; Price, Cappella, and Nir 2002). Estar expuesto a personas con opiniones políticas que difieren de las propias, de acuerdo a estos autores, podría aumentar la capacidad de los ciudadanos para aceptar y apreciar la diversidad de estilos de vida y posiciones en torno a los temas públicos, ya sea porque refuerza la capacidad de los ciudadanos de adquirir una perspectiva más amplia, una "desprovincialización" de su pensamiento político, o porque las relaciones afectivas con las personas con quienes existe desacuerdo constituyen una base que les permite aceptar las diferencias (Mutz 2002).

Otros atributos asociados por la literatura han sido el conocimiento político (Eveland, 2004), la densidad, nivel de razonamiento e integración del conocimiento político (De Zúñiga, 2017; Eveland & Hively, 2009), la sofisticación política (Gastil y Dillard, 1999),

la eficacia política externa (Pattie y Johnston, 2008), evaluada como la percepción de que el voto personal es relevante en el contexto de las elecciones, y el compromiso democrático (La Due Lake & Huckfeldt, 1998).

En definitiva, existen numerosos argumentos teóricos y empíricos que permiten sostener que las actitudes y opiniones políticas se forman a través de la interacción social, la discusión política y la reflexión personal (eg. Mutz, 2003; 2003; Huckfeldt, 2009; Eveland, 2009; Bello, 2012), y estos procesos son de mayor calidad cuando las personas están expuestas a perspectivas diferentes.

Sin embargo, esto no significa que todos los aspectos del desacuerdo sean evaluados positivamente en la literatura empírica, ni que exista acuerdo en torno a sus potenciales implicancias para el involucramiento de los ciudadanos en sus sistemas políticos. En las últimas dos décadas se ha generado un gran debate en torno a la posibilidad de que los beneficios asociados al desacuerdo cobren un precio en términos de participación. El detalle de esa discusión se aborda en el capítulo siguiente.

3. Desacuerdos empíricos en el estudio del desacuerdo: la discusión en torno a sus efectos sobre actitudes y comportamientos políticos.

Si el desacuerdo es una de las características más estudiadas y controversiales en torno a redes sociales, no es sólo por las bondades democráticas que le asigna la teoría política. Una serie de publicaciones ha reportado que la heterogeneidad política en la CPI puede deprimir la participación de los ciudadanos en política, lo que explica el interés de numerosos académicos por comprender las implicancias empíricas de la interacción entre posiciones políticas divergentes, dadas sus implicancias para el funcionamiento de la democracia.

La observación de una relación negativa entre la heterogeneidad política de las redes sociales y la participación política se remonta a los estudios electorales de Columbia, particularmente a la clásica publicación de Lazarsfeld, Berelson y Gaudet, *The people's choice* (1944), donde se reportó que los ciudadanos que enfrentan presiones políticas cruzadas en sus redes de comunicación tardan más en definir su decisión de voto y tienen menor probabilidad de participar en las elecciones: “cualquiera sea la fuente de las presiones conflictivas, ya sea de status social o identificación de clase, de tradiciones en torno al voto o las actitudes de sus asociados, el resultado consistente fue un retraso de la decisión final del votante” (Lazarsfeld et al., 1944, p.60).

Pero la agenda de investigación en torno al desacuerdo se mantuvo dormida por medio siglo, hasta que Diana Mutz (2002, 2003, 2006) revivió el interés al publicar que que las conversaciones políticas transversales (cross-cutting), que exponen a puntos de vista ideológicamente diferentes a los propios generan mayor incertidumbre y abstencionismo electoral (Mutz, 2002; Mutz & Martin, 2001; Mutz, 2006). Esta idea luego fue conocida como el “lado oscuro del desacuerdo” (Bello, 2012), al plantear que los beneficios

democráticos de la discusión transversal sacrifican la participación de los ciudadanos en sus sistemas políticos.

De acuerdo con Mutz, la interacción con personas con posturas diferentes fácilmente puede generar tensión y desencuentros, situaciones que hacen peligrar la armonía en las relaciones, al tiempo que aumentan el nivel de dificultad que requiere tomar una decisión, de modo que la presión social explicaría que las personas prefieran abstenerse de tomar postura y de participar en las elecciones.

Una serie de trabajos ha respaldado la idea del *lado oscuro* del desacuerdo, reportando la existencia de una relación negativa con la participación política electoral y no electoral (McClurg, 2006a, 2006b; Liliacj Nir, 2005; Pattie & Johnston, 2009; Bello & Rolfe, 2014; Guidetti et al., 2016; Lupton & Thornton, 2016). Otros, informaron que existe una asociación positiva entre el nivel de acuerdo político y la participación (Belanger & Eagles, 2007; Eveland, Song, & Beck, 2015), una idea compatible con este cuerpo de estudios.

Estudios experimentales también han observado que los individuos insertos en redes de conversaciones políticas heterogéneas tardan más tiempo en decidir su voto y sus actitudes políticas tienden a ser más débiles (Visser & Mirabile, 2004; Levitan & Visser, 2009). Informan que las personas que se integran a grupos de conversación sobre un tema político en las cuales hay integrantes con posturas divergentes -respecto de quienes integran grupos actitudinalmente homogéneos- son en promedio más susceptibles a la persuasión cuando enfrentan mensajes contra-actitudinales o se muestran indecisos.

Citando a Festinger (1950), Visser y colegas teorizan que la explicación a sus hallazgos está anclada a mecanismos psicológicos, en cuanto un individuo interpreta que la congruencia de dentro de su red social en torno a una preferencia o actitud indica que ésta

es válida, aumentando la certeza o la confianza y disminuyendo la ambivalencia. En este escenario, las redes sociales homogéneas o congruentes también pueden ejercer influencia normativa, señalando a los individuos que una actitud particular es apropiada o deseable.

Sin embargo, podría suceder que las mencionadas consecuencias de las presiones cruzadas no fueran reales, o al menos poco precisas. Eso plantea una serie de estudios que reportan que la relación entre desacuerdo y participación tiene signo negativo pero no es significativa. Incluso, algunos trabajos proponen que la relación entre las variables tiene una dirección opuesta.

El desacuerdo, a nivel teórico, también podría llevar a un individuo a sentir que sus preferencias y posiciones políticas están siendo amenazadas y es necesaria la movilización de quienes las apoyan y creen en ellas, lo que constituye un poderoso incentivo para la participación. En este esquema, los escenarios políticamente homogéneos harían a los individuos percibir que su posición es suficientemente mayoritaria como para estar segura sin su intervención, mientras los entornos que plantean un conflicto sobre los recursos impulsarían a mayores niveles de activación política o involucramiento en general. En esta línea, el mayor conocimiento político que genera la discusión transversal implicaría mejores herramientas para participar en política y mayor consciencia sobre la necesidad de respaldar las propias preferencias e intereses en política.

Eso es lo que proponen los estudios que encuentran una relación positiva entre la conversación política heterogénea y la participación (e.g. Leighley, 1990; McLeod, Sotirovic & Holbert, 1998; McLeod, Scheufele & Moy, 1999; Horowitz, et al. 1999; Sotirovic & McLeod, 2001; Cappella, Price, & Nir, 2002; Scheufele Nisbet, Brossard y Nisbet, 2004; Kwak et al., 2005; Rubenson, 2005; Scheufele et al., 2006). Algunos de estos trabajos

plantean matices, como el de Kwak y colegas (2005), que afirma que el desacuerdo sólo aumenta la participación cuando las personas prestan un alto nivel de atención a la conversación, lo que no sucede cuando las personas están poco involucradas en las interacciones.

Pero un grupo sustancial de estudios afirma que la relación entre desacuerdo y participación es nula o insignificante (Nieuwbeerta & Flap, 2000; Huckfeldt, Mendez y Osborne, 2004; Huckfeldt, Johnson & Sprague, 2004; Nir, 2005; Pattie & Johnston, 2008). Esta postura es avalada por un reciente metaanálisis de 48 estudios empíricos que comprenden más de 70 mil participantes que examinan la asociación entre la exposición transversal y la participación política (Chae et al., 2019), que concluye que no existe una relación significativa entre las variables, y que la falta de asociación no puede explicarse por variaciones en las características de los entornos transversales testeados (tema, lugar o fuente de exposición), por los tipos de participación incluidos (e.g. actividades online o tradicionales), ni por los diversos métodos empleados (e.g. experimentos, encuestas).

Huckfeldt, uno de los académicos más citados en el estudio del desacuerdo político, es uno de los exponentes de esta postura. En sus estudios encuentra que el desacuerdo se relaciona mayoritariamente con atributos deseables en un contexto democrático y sólo se asocia negativamente a indicadores de involucramiento político muy particulares, como el interés en las campañas políticas (Huckfeldt, Mendez y Osborne, 2004), y el tiempo de decisión del voto (Huckfeldt, Johnson, et al., 2004; Huckfeldt, Mendez, et al., 2004), pero no encuentra una asociación significativa con la participación en una serie de actividades diversas, siendo la única excepción la participación partidista, una de las actividades más demandantes en términos ideológicos (Huckfeldt, Johnson, et al., 2004, p. 300). Las

personas insertas en redes en las que prima una preferencia política diferente a la del ego tienden a modificar su decisión de voto, pero no dejan de votar, algo con lo que coinciden Sokhey y McClurg (2012).

McClurg (2006b) informa también que la relación negativa entre las variables es mayoritariamente insignificante, y sólo están negativamente asociadas a la participación cuando se sobreponen al nivel de acuerdo que se encuentra dentro del vecindario, dando un rol central a las tendencias mayoritarias en el espacio urbano que las personas habitan. Es decir, cuando la red de conversación frecuente vota mayoritariamente diferente a una persona, su inhibición a votar se contrarrestará si en su barrio existe una mayoría afín; pero si el barrio también presenta desacuerdo, entonces la probabilidad de abstenerse en las elecciones será significativa.

Afortunadamente, estudios más recientes en torno al desacuerdo han notado que la disparidad de resultados que reporta la literatura está anclada al gran nivel de fragmentación conceptual y metodológica de esta línea de estudios. Al introducir mayor refinación en sus mediciones, o en el análisis de los datos, han aportado algo de claridad en torno a los relevantes matices que requiere la evaluación de qué significa la experiencia del desacuerdo en la vida cotidiana de los ciudadanos corrientes.

Eveland y Hively (2009) mostraron las implicancias de distinguir, a través de variables diferentes, la heterogeneidad política del real desacuerdo dentro de una red de conversación. Es decir, se diferencia conceptual y metodológicamente entre el nivel de diversidad política entre quienes componen la red primaria de las personas y la existencia de conversaciones en las que se manifiestan las diferencias. La *diversidad política* (que otros estudios han llamado indistintamente *heterogeneidad* o *desacuerdo*), captura la distribución

relativa de las posiciones políticas dentro del círculo social (D de Simpson), sin considerar la posición política del ego sino la estructura general de la red. La conversación política que expone a cada ego al *conflicto*, al desacuerdo, captura la frecuencia de la conversación política que el ego tuvo con los confidentes con los cuales difiere en política. Sus análisis evidenciaron que la diversidad política de las redes sociales efectivamente se asocia a una menor participación, pero que la frecuencia de las conversaciones en las que se enfrenta conflicto (controlando por la diversidad estructural), no tiene una relación significativa. Ello podría sugerir que no es tanto la dificultad cognitiva ni la evasión del conflicto con otros, sino la presión social y normativa del grupo lo que se pone en juego, ya que las normas sociales pueden expresarse a través de mecanismos no comunicacionales.

4. Aspectos metodológicos del estudio del desacuerdo y sus implicancias.

Dada la revisión de estudios empíricos descritos, queda claro que los resultados en torno a cómo y cuándo la heterogeneidad de una red se asocia al nivel de involucramiento de los individuos en política, es poco consistente. Sin embargo, ya se ha hecho evidente que lo que podría parecer una encrucijada no es tal, debido a las precisiones metodológicas que evidencian cómo pueden alterar los resultados empíricos las diversas formas de conceptualizar el desacuerdo, medirlo e incorporarlo dentro de modelos estadísticos.

Tal como evidencia el análisis de Bello (2012) al analizar la misma base de datos utilizada por Mutz (2002a), buena parte de la disparidad de resultados desde que comenzaron las controversias en torno al desacuerdo tienen que ver con espacios negros en la

visualización de qué significa en la vida real la experiencia del desacuerdo en diferentes niveles, pero claramente no es el único aspecto que requiere mayor precisión.

Si sólo contemplamos la forma de llamar o darle nombre a la existencia de puntos de vista divergentes dentro de una red de conversación, ya encontramos una amplia gama de opciones: en sus diversas publicaciones Mutz habla de exposición transversal o presiones cruzadas (cross-cutting pressures/exposure), Huckfeldt en general se refiere a la existencia de desacuerdo (disagreement), Eveland utiliza frecuentemente la palabra heterogeneidad, pero también utiliza la expresión “conversación peligrosa” (que presenta desacuerdos) versus “conversación segura” (en acuerdo), mientras Bello y Nir se refieren a las redes mixtas y opositoras.

Pero no se trata sólo de conceptos diferentes, la discrepancia sustantiva está en lo que observan los estudios al medir la existencia de visiones políticas diferentes en la CPI. La exposición transversal a la que alude Mutz (e.g. 2002a, 2002b) se refiere a la existencia de confidentes con una preferencia electoral/partidista diferente a la del ego que los reporta, en el contexto de un sistema político bipartidista. Es relevante precisar que, dado que quienes se declaran “independientes” no tienen una contraparte evidente (al igual que los áteres reportados en esta categoría política), este tipo de casos quedan fuera del análisis. La medición incorpora a los 4 áteres con los que el entrevistado discute más frecuentemente, dado lo cual se alcanza el nivel máximo de presiones cruzadas cuando un ego reporta la totalidad de áteres posibles e informa que todos ellos adscriben a un partido diferente del reportado para sí mismo. El conteo de visiones diferentes es visualizado como una medida numérica que se relaciona linealmente con la participación, ya sea electoral como no electoral (asistir a un mitin, por ejemplo).

Huckfeldt y sus colegas (2004), tienen una aproximación metodológica muy diferente, ya que el nivel de análisis no es la red completa sino las díadas que forman los egos con cada miembro de su red, de modo que cada confidente es un dato que se compara independientemente con los del ego para ingresar al análisis como una serie de variables dummies o dicotómicas que registran si existe o no existe desacuerdo. Nuevamente, los egos y confidentes políticamente “independientes” no permiten capturar la existencia de desacuerdos en sus discusiones. Para concluir que la situación modal es la existencia de desacuerdo político en la vida de las personas, se considera que hay exposición al desacuerdo si solo uno de los álteres tiene una preferencia electoral distinta del ego, independiente de la intensidad de la interacción. La distribución de las preferencias se ingresa a partir de una variable diferente.

Eveland y Hively (2009), hablan de discusión *segura* y *peligrosa* porque ingresan a partir de variables diferentes la cantidad de confidentes que tienen una preferencia electoral igual o diferente del ego. El número de confidentes que ofrecen conversaciones seguras y peligrosas es integrado de forma separada a partir de variables de conteo. El nivel de heterogeneidad política es ingresado como una variable adicional, cuya medición no está centrada en la posición del ego, sino en la distribución de las preferencias dentro de la red social completa, incluyendo al ego. Esto lo hacen a partir del valor D de Simpson (Simpson, 1949), que describen como una de las medidas de diversidad grupal más antiguas y con mejor desempeño, la cual reporta el máximo nivel de heterogeneidad cuando dos posiciones están uniformemente divididas dentro de una red ($D = 1 - \sum p_i^2$, siendo p_i la proporción en una categoría dada), adquiriendo valores entre 0 (red completa con igual categoría) y 1 (50% prefiere A y 50% prefiere B). Incorporando estas tres medidas distintas, estos autores

encuentran que la diversidad política de la red, no la cantidad de desacuerdo, registra una relación negativa y significativa con la participación electoral.

Finalmente, Nir (2011), Bello (2012) y Klofstad et al. (2013), observan igualmente medidas de desacuerdo que observan la existencia de preferencias electorales diferentes entre un ego y sus álteres, pero incorporan una consideración relevante: que la relación entre el desacuerdo y la participación política no es lineal, ya que no puede considerarse una experiencia igualmente significativa que un ego enfrente desacuerdos con una parte de sus confidentes, a que lo haga con la totalidad de su red de contactos más cercanos.

Los autores operacionalizan este supuesto a través de una medida ordinal de tres niveles para el desacuerdo, pero mientras Nir incorpora en el nivel de mayor desacuerdo a quienes reportan que la mayor parte de su red tiene una posición diferente, Bello deja en esta categoría únicamente a quienes enfrentan oposición total, es decir, a quienes reportan que absolutamente todos sus álteres tienen una preferencia diferente a la propia. Igualmente, en ambos estudios se reporta que las redes mixtas impulsan la participación (encuentran una relación significativa y positiva entre las variables), mientras las de oposición la deprimen (encuentran la relación negativa y estadísticamente significativa). A partir de esta distinción, por lo tanto, estos autores permitieron conciliar gran parte de la literatura asociada a un debate de larga data, observando que una misma variable, el desacuerdo político, a diferentes niveles puede asociarse positiva o negativamente con la participación.

En cualquier caso, las consideraciones de estos autores no se hacen cargo de todas las discrepancias metodológicas que existen esta línea de estudios. Aunque todos ellos coinciden en el uso de encuestas de redes egocéntricas para sus estudios, en las cuales los egos informan sobre quiénes son las personas con las que usualmente conversa de política o

de campañas presidenciales específicas, la forma en la que se captura la variable puede ser directamente a partir de la percepción del encuestado (ego) en torno al nivel de desacuerdo encontrado con cada confidente, pero también del candidato o partido político que cada confidente apoya, de acuerdo con la percepción del ego. En esta segunda opción, utilizada mayoritariamente por los académicos mencionados, el desacuerdo es calculado ex post, como la existencia de coincidencia o discrepancia en la preferencia ideológica o electoral entre egos y álteres.

Sin embargo, es un hecho que apoyar a candidatos distintos no garantiza que las conversaciones entre dos personas incorporen o manifiesten sus diferencias, de modo que pueda asegurarse que experimentaron desacuerdos en la interacción (Eliasoph, 1998; Gerber et al., 2012; Hayes, 2005; Hayes et al., 2006). Como afirma Sinclair (2012), entre personas con preferencias políticas distintas es posible evadir el desacuerdo, ya sea evitando hablar de política, como centrando la conversación en los temas o aspectos en los que saben que podrán encontrar más coincidencias. A su vez, entre dos personas que coinciden en términos de la decisión del voto, podría generarse una discusión acalorada en torno a temas políticos más particulares en los que existen diferencias.

Cuando los estudios en torno al desacuerdo interpretan sus resultados, suponen que la experiencia del desacuerdo activa determinados mecanismos teóricos que explican la influencia de esta variable sobre los diversos outputs analizados (algo que se analiza en el siguiente capítulo). Pero sin evidencia de que las diferencias se hagan explícitas en las interacción social de los encuestados, es más difícil inferir si son válidos estos supuestos.

Por otra parte, las medidas que capturan el desacuerdo como la discrepancia en las preferencias electorales –en vez de la percepción de desacuerdo en la conversación–, se han

realizado en el contexto de sistemas políticos bipartidistas, es decir, donde es posible observar el desacuerdo desde la comparación entre dos opciones políticas posibles (e.g. republicano versus demócrata). Pero ¿qué sucede cuando los partidos y candidatos en competencia son tres o más? Particularmente, ¿cómo se incorpora que existe una distancia ideológica diferente entre las diversas opciones políticas que la elección presenta? Por eso, son quizá las medidas que preguntan directamente por la percepción del nivel de desacuerdo que caracterizaron las conversaciones una opción que permite “viajar” la evidencia empírica a través de contextos políticos diferentes.

Finalmente, es importante reparar en una limitación metodológica adicional de los estudios mencionados, muy pocas veces abordada en décadas de estudio en torno al desacuerdo. Está claro que las conversaciones informales sobre política pueden desarrollarse entre individuos con diferentes grados de vinculación, cercanía e intimidad (Kenny, 1994). Sin embargo, desde que Granovetter (1973) demostró que las relaciones menos cercanas dan acceso a información y recursos que las personas no encuentran en sus redes primarias de parientes y amigos cercanos, resulta evidente la potencial relevancia de considerar la fuerza de los lazos en las redes de conversación. Siguiendo la conceptualización de Granovetter, la naturaleza o fuerza de los vínculos entre quienes componen un círculo social refiere a la frecuencia, duración, intensidad emocional y grado de intimidad que caracterizan una relación social (Granovetter, 1973, p.1361), siendo las redes primarias aquellas de *lazos fuertes*, mientras las relaciones menos estrechas corresponden a los *lazos débiles*.

Numerosos académicos han destacado consistentemente el poder de los lazos fuertes como motores de influencia social y política (e.g. Huckfeldt et al., 2004; Lazarsfeld et al., 1944; Mutz, 2006). Sin embargo, sus trabajos han evaluado fundamentalmente el peso de las

relaciones interpersonales más cercanas respecto de otras fuentes no interpersonales de influencia, como los medios de comunicación masiva y las campañas persuasivas generadas por candidatos y partidos políticos. La comparación rara vez se realiza tomando en cuenta otro tipo de vínculos sociales horizontales, las relaciones menos íntimas y en las que existe menor nivel de apego emocional. De hecho, Granovetter (1973) afirmaba que la mayor parte de los estudios sobre estructuras de redes de conversación se refiere implícitamente a los vínculos fuertes, aunque ampliar la mirada hacia los vínculos débiles podría contribuir a una mejor explicación de las discusiones intergrupales (Granovetter, 1973).

La incorporación de atributos asociados a los vínculos débiles en la investigación de redes interpersonales se ha visto obstaculizada por la escasez de herramientas empíricas que permitan enumerar las redes sociales completas de las personas (para un análisis más detallado ver Bernard et al., 1990; Hampton, 2011, p. 517). Buscando fortalecer la representatividad y fiabilidad de los datos, los estudios de redes han usado fundamentalmente generadores de nombres a través de encuestas (Marin y Hampton, 2007), un procedimiento por el cual se pide a los entrevistados que identifiquen a las personas con las que más frecuentemente conversan sobre política o asuntos importantes (normalmente, entre tres y cinco personas), para luego pedirles que informen atributos asociados a cada una de ellas, tales como el género, edad, nivel educativo, posición política, opción electoral y otras características políticas relevantes (Marsden, 1990). Esta es la información a partir de la cual se construyen los atributos de las redes políticas, como la frecuencia de la conversación o el nivel de acuerdo/desacuerdo político, que pueden ser calculados para cada “díada” ego-confidente, o para la totalidad de la red social.

Evidentemente, la principal limitación de los generadores de nombre es la restricción en la cantidad de confidentes que permiten integrar al análisis. Sólo permiten capturar un subconjunto limitado de compañeros de discusión, que normalmente son los lazos más fuertes o las relaciones más íntimas de las personas, de modo que se subestima el verdadero alcance de las conversaciones informales en las que se tocan temas políticos, particularmente aquellas que ocurren con relaciones menos cercanas, los lazos débiles.

De acuerdo con la literatura previa (aún estando centrada en las redes cercanas), la exclusión de los lazos débiles es particularmente relevante cuando se estima la presencia de desacuerdo como característica central del análisis, dado que el número de confidentes o tamaño de las redes de conversación se encuentra estrechamente ligado a la existencia de heterogeneidad política y desacuerdo: “las personas ubicadas dentro de redes más grandes enfrentan una mayor probabilidad de desacuerdo debido a la matemática combinatoria de la teoría de probabilidad: las probabilidades aumentan exponencialmente de que encuentren regularmente preferencias divergentes” (Huckfeldt, Johnson, et al., 2004, p. 208).

Además, las redes más grandes tienen menos probabilidades de estar completamente interconectadas (es decir, son más probablemente de baja densidad), de modo que es más probable que incluyan fuentes independientes de información y experiencia, aumentando la probabilidad de elevar la diversidad de la información transmitida en ellas (Baybeck & Huckfeldt, 2002; M. S. Granovetter, 1973). Según Verba y colegas (1995), incluso si un individuo manifiesta poco interés y conocimiento político y se relaciona mayoritariamente con personas similares a él, un mayor número de contactos aumenta la probabilidad de que se exponga a información y opiniones políticas diversas y desarrolle habilidades que faciliten su involucramiento político.

Las mediciones sociocéntricas, en las que se recogen datos de todos los miembros de una red social (e.g.Fowler, 2005), logran analizar fácilmente las relaciones entre actores unidos a partir de diversos grados de fuerza, alcanzando los *lazos débiles*, pero se trata de estudios que elevan sustantivamente la complejidad, duración y costos de la recolección de datos. Por eso, gran parte de los estudios que han analizado redes sociocéntricas han examinado las redes existentes dentro de campus universitarios, lo que de alguna forma significa aceptar otro tipo de limitante, la capacidad de extrapolar los datos a la población general, debido a que sólo incorpora a jóvenes que cursan estudios superiores, y por lo tanto tienen una serie de características sociodemográficas en común que difícilmente son representativas del resto de la sociedad.

Una tercera opción, que no soluciona todas las limitantes de cada tipo de medición, pero que ofrece un enfoque diferente, en un nivel intermedio, consiste en preguntar a una muestra representativa de ciudadanos, a partir de encuestas (al igual que en las mediciones egocéntricas tradicionales), por sus interacciones en espacios sociales más amplios y no sólo con un número determinado de confidentes. Preguntar por la conversación informal que se ha sostenido con familiares, amistades, vecinos y compañeros de trabajo o estudios, permite conocer aspectos de la interacción que se produce en espacios más amplios, que incluyen pero no se limitan a los lazos más fuertes de los encuestados.

Esta es la opción que ofrece la encuesta postelectoral del Comparative National Elections Project (CNEP), cuyo cuestionario está enfocado en los procesos de intermediación a través de los cuales las personas normalmente reciben información política durante las campañas presidenciales, e incluye una batería de preguntas que caracterizan las discusiones interpersonales en los cuatro espacios sociales mencionados (familia, amistades,

vecindario y trabajo). A partir de ellos, es posible testear la relación entre el desacuerdo y la participación desde una perspectiva más general, potencialmente menos restrictiva que aquella que únicamente captura lo que sucede en la conversación con los confidentes más cercanos, permitiendo una diferenciación entre la discusión que se desarrolla en redes fuertes y débiles. Las implicancias de esta distinción se desarrollan con mayor profundidad en el siguiente capítulo.

5. Mecanismos teóricos de influencia del desacuerdo a la luz de la fuerza de los lazos.

Los clásicos estudios de la influencia interpersonal describieron el desacuerdo como una situación tensionante e incómoda, que deprime el interés y la participación política a partir de la *presión social* y la *ambivalencia* (Lazarsfeld et al., 1944/1968; Mutz, 2002). Desde entonces, ha aumentado la evidencia empírica que permite comprender los espacios de influencia de las redes sociales sobre el comportamiento de los individuos, pero no ha evolucionado de igual forma la comprensión de los mecanismos teóricos que permiten explicar esta influencia. Los niveles de acceso a información y de presión entre pares son hasta la actualidad los dos mecanismos teóricos que permiten a los académicos interpretar la relación entre los atributos de las redes y los comportamientos políticos de quienes las integran.

El mecanismo asociado al acceso a información observa que la participación política requiere como mínimo que los ciudadanos conozcan las diversas formas en las que pueden manifestar sus necesidades, opiniones y preferencias, y aún antes de ello, que tengan el conocimiento necesario para formar individualmente sus propias opiniones y preferencias.

En este sentido, las redes sociales son un canal relevante para la circulación de la información (Granovetter, 1973) que pueden facilitar tanto como dificultar el acceso de las personas a la información política que requieren, así como a su análisis y comprensión. Para un ciudadano común, buscar individualmente información de calidad en torno a temas políticos, como la que requieren para evaluar el desempeño de sus autoridades o elegir entre candidatos, demanda un esfuerzo claramente superior que simplemente preguntar a amigos y conocidos sobre lo que saben y opinan al respecto, particularmente si es posible identificar

entre las relaciones sociales a quienes parecen más informados. Dado que la política es un tema por el que la ciudadanía manifiesta poco interés, las personas estarían especialmente dispuestas a utilizar este “atajo” al acceso de información, que no sólo toma menos tiempo y resulta más amigable, sino que pone como fuente de información a personas de carne y hueso, relaciones personales que son percibidas como actores más confiables y desinteresados que los medios periodísticos o los mensajes que elaboran los políticos en el contexto de sus campañas (Huckfeldt et al., 2004).

De acuerdo con algunos académicos, cuando las personas se exponen en sus redes sociales a perspectivas que difieren de las propias, acceden a información política y argumentos a los que sería poco probable que se expongan voluntariamente (Stroud, 2011), de modo que las redes sociales en las que existen desacuerdos políticos amplían el acceso a información y se asocian a mayor conocimiento político (Eveland & Hively, 2009; Scheufele et al., 2004). Además, la discusión entre personas con puntos de vista diferentes demanda que cada uno elabore sus argumentos y los exprese con mayor reflexividad (Mutz, 2002), de modo que se profundiza no sólo el conocimiento sino la templanza o tolerancia, expresado en la capacidad de ofrecer al mismo tiempo las razones por las que se podría apoyar como estar en oposición a un candidato político dado (Huckfeldt et al., 2004), o los argumentos que sustentan las preferencias políticas diferentes de las propias (D. C. Mutz, 2002a).

Por otra parte, las discusiones en las que se exponen desacuerdos evidencian que existen posiciones diferentes en torno a un tema público y que hay suficiente competencia por imponerlas públicamente, de modo que no es posible esperar que la visión propia prevalezca a menos que sea respaldada por cuantas personas sea posible, lo que incentiva la valorización del voto y otras formas de participación política (Campbell, 2006).

Adicionalmente, algunos estudios proponen que la expectativa de enfrentar nuevas conversaciones en desacuerdo produce además una suerte de círculo virtuoso de incremento informacional, al alentar a las personas a buscar más y mejores argumentos para defender sus posturas en próximos encuentros, aumentando el consumo de noticias políticas o "duras" (McLeod, Sotirovic y Holbert, 1998; Nisbet, Moy y Scheufele, 2003; Scheufele et al. , 2004, 2006), y las conversaciones de política con individuos diferentes (Bello, 2012), lo que potencia el acceso a mayores recursos. Esto explicaría que se observe mayor sentido de autoeficacia política (Valenzuela et al., 2018) e interés en torno a la política (Torcal & Maldonado, 2014) a medida que aumenta el desacuerdo.

Pero como sugiere una segunda interpretación de este mecanismo teórico, la empleada en los estudios de Columbia (Lazarsfeld et al., 1944), más y mejor información no garantiza mayor capacidad e interés por participar en política. La explicación teórica de la *ambivalencia* (Bello, 2012; Katz & Lazarsfeld, 1966; D. C. Mutz, 2002b), propone que experimentar desacuerdos implica acceder a información y argumentos provenientes de perspectivas, posiciones contradictorias, que se sustentan en argumentos que pueden ser incompatibles o inconsistentes entre sí. Más elementos a evaluar y más competitividad entre ellos, implican también mayor nivel de complejidad, un aumento en la dificultad que implica analizarlos para definir una postura propia.

Por eso, particularmente entre personas con poca sofisticación política, podría generarse mayor dificultad para decidir o llegar a una conclusión personal a partir de información inconsistente, lo que explicaría que quienes experimentan desacuerdos tiendan a tardar más en definir su voto, muestren actitudes y preferencias políticas más débiles, se sientan desmotivados para participar, e incluso se abstengan de hacerlo (Lazarsfeld et al.,

1944; Lazer et al., 2010; Levitan & Visser, 2009; D. Mutz, 2006; D. C. Mutz, 2002b). En este sentido, el concepto de ambivalencia no alude a una forma de medida como la señalada por Huckfeldt y colegas (2004), sino a la ambigüedad o indecisión que genera la coexistencia de argumentos que respaldan dos posiciones opuestas con similar intensidad o certeza.

Un segundo mecanismo teórico plantea una conexión entre el desacuerdo y la participación que no contempla ningún aspecto cognitivo o asociado al acceso a información y recursos. La teoría de la *presión social*, mencionada por numerosos estudios en torno al desacuerdo (entre ellos destacan Mutz, 2002b, 2006; Sinclair, 2012; Nir, 2011) enfatiza la esencia social del ser humano y pone atención al sistema de recompensas y castigos que regula la interacción dentro de los grupos sociales para comunicar las normas prevalentes y definir la pertenencia de grupo. Tomando elementos del modelo de interdependencia y conformidad social de Asch (1956), se argumenta que el riesgo de quebrantar la armonía en las relaciones explica que los individuos experimenten la *incomodidad psíquica del desacuerdo* al enfrentar desacuerdos como los que genera la discusión entre posiciones políticas contrarias. La respuesta intuitiva sería evadir el conflicto, ya sea cambiando de posición hacia la visión mayoritaria (cuando existe), evitando las discusiones políticas dentro del grupo o, en el extremo, evitando dar cualquier tipo de señal disruptiva o evidencia de la posición en conflicto, al abstenerse de ejercer el voto y participar de actividades asociadas a la política.

En los famosos experimentos de Asch, los sujetos retados a identificar la línea más corta dentro de un conjunto de líneas sucumben a la presión de un grupo de personas desconocidas que coinciden en una misma respuesta errónea. Aún cuando para estas personas era evidente la equivocación que todos cometían, fueron capaces de cambiar su forma de

responder para coincidir con sus pares, dado lo difícil que es enfrentar una posición minoritaria en dinámicas grupales. Para Asch, esto demostró la tendencia humana a la “conformidad”, la necesidad de mantener la armonía en las relaciones, lo que lleva a las personas a ajustar su comportamiento para encajar, no necesariamente a ser persuadidos. Es decir, aún si no ha cambiado la forma de pensar o de evaluar los objetos en torno a los que se discute, las personas buscan la manera de no ser disruptivos y evitar el conflicto.

Publicaciones posteriores han mostrado que las personas no sólo tienden a cambiar sus preferencias o comportamientos para buscar la *conformidad* con el grupo social (Ash, 1955, 1956, 1963; Ross, Bierbauer y Hoffman, 1976), sino que tienden a aplicar “castigos altruistas” para hacer cumplir las normas sociales al resto del grupo en presencia de transgresiones (Fowler, Johnson y Smirnov, 2005; Fowler, 2005).

Algunos estudios en torno a la influencia grupal en temas no políticos, como la salud, demuestran que la información disponible puede ser menos relevante que las características y normas sociales visibles en los grupos sociales de pertenencia. Por ejemplo, Christakis y Fowler (2009) observaron que para las personas con obesidad no es significativo el nivel de información al que puedan acceder en torno a la alimentación saludable, los riesgos del sobrepeso, ni siquiera recibir los numerosos mensajes que difunden la imagen del cuerpo ideal a través de los medios de comunicación masiva. Ante entornos sociales en los que prima la obesidad, la probabilidad de que el acceso a información produzca un cambio en las conductas alimentarias es baja. Los autores afirman que la importancia de la información es superada con creces por la norma social, la apariencia y peso de las personas que forman sus redes sociales en la vida diaria, asegurando que la imitación dentro de los grupos sociales está “profundamente arraigada en nuestra capacidad biológica de empatía e

incluso moralidad, y está conectada a nuestros orígenes como especie social” (Christakis & Fowler, 2009, p. 112).

También existe evidencia del poder de la presión social sobre comportamientos políticos, probablemente debido a que "la política probablemente incorpora más un sentido de moralidad que muchos otros temas de conversación" (MacKuen, 1990, p. 94). Como afirma Sinclair (2012, p. 1) “cuando los amigos y la familia hablan de política, se refieren a normas estrictamente personales de comportamiento cívico, y en las relaciones personales cercanas es difícil estar en desacuerdo sobre tales creencias”, de modo que discusiones de sobremesa sobre temas públicos socializan elementos más significativos y duraderos que la información u opiniones que se comparten.

En un trabajo que recopila diversas estrategias analíticas y fuentes de datos, Sinclair (2012) ofrece uno de los escasos estudios enfocados en reconocer los mecanismos de influencia que explican la difusión del comportamiento político a través de las redes de conversación. Sus resultados informan que ni la disponibilidad de información política en las redes, ni la elaboración de los argumentos que se genera en ellas son la respuesta, sino la presión social que ejercen las relaciones interpersonales, anclada en la necesidad de pertenencia e identidad grupal de los seres humanos. A partir de datos de encuestas y diversos estímulos experimentales, no sólo descarta la influencia del nivel de información disponible sobre la decisión de participar en elecciones y las elecciones tomadas en ellas. Observa que el nivel de la influencia de las redes aumenta conforme las relaciones son más estrechas o se interactúa con mayor frecuencia, así como cuando los comportamientos son más visibles públicamente y, por lo tanto, el nivel de supervisión de los miembros de la red son más altos.

Aunque el foco de Sinclair no es el desacuerdo, otros estudios defienden igualmente a la *incomodidad psíquica del desacuerdo* que apunta a la presión social como la explicación sustantiva a relación negativa entre la participación política y el desacuerdo, que además resulta significativa únicamente cuando se enfrentan los mayores niveles de desacuerdo en las redes (Bello, 2012; Nir, 2011) . Tomar una posición implica el riesgo de ofender a quienes sostienen posiciones diferentes, poner en riesgo la armonía en las relaciones. La búsqueda de la armonía social impulsa a las personas a reducir el conflicto a través de diversas fórmulas, ya sea adoptando a la postura dominante en la red, censurando sus propias opiniones, evadiendo las conversaciones políticas o absteniéndose de tomar una posición, en línea con la teoría de la disonancia cognitiva (Festinger, 1962). Esto explicaría que quienes experimentan presiones políticas cruzadas tiendan a discutir con menor frecuencia y presenten menos probabilidades de ejercer el voto (Mutz, 2002, 2006).

Pero los diferentes mecanismos teóricos que plantean cómo el desacuerdo puede asociarse a la participación y otros indicadores de involucramiento político no son necesariamente incompatibles. Es decir, aún si la presión social es el puente teórico que vincula el desacuerdo político de las redes de conversación con determinados comportamientos políticos, es posible que el acceso a información sea el componente clave para explicar la relación de este atributo con otros indicadores de involucramiento político, y es difícil prever qué dirección podría tomar la relación entre las variables.

Que la incomodidad psíquica del desacuerdo se active cuando gran parte de una red mantiene una posición política diferente de la propia (Bello, 2012; Nir, 2011), así como la observación de mayor influencia social cuando se trata de comportamientos más visibles o públicos, o de vínculos sociales más íntimos (Sinclair, 2012, pp. 18-19, 152), permiten inferir

que este mecanismo teórico es activado primordialmente en el contexto de relaciones que implican un gran nivel de intimidad, los lazos fuertes, e indicadores más visibles como el voto. En cambio, podría suceder que en círculos de conversación menos cercanos, la ausencia de lazos emocionales abra a la activación mecanismos informacionales de influencia, particularmente si no observan aspectos del involucramiento visibles, como la eficacia o el interés por la política.

Aspectos cognitivos del involucramiento político han sido abordados desde la perspectiva de la fuerza de los vínculos, demostrando que “la discusión sobre asuntos de interés público con «vínculos fuertes» o con «vínculos débiles» tiene efectos diferentes”, tanto para la elaboración cognitiva como el razonamiento de la discusión que impulsan ambos espacios comunicativos (Gil de Zúñiga, 2017, p. 67). Sin embargo, los aspectos afectivos o emocionales han sido escasamente explorados, a pesar de que se teoriza sobre la carga emocional que podría desencadenar el desacuerdo político como explicación de la presión social como mecanismo de influencia.

El presente estudio no pretende resolver cuáles mecanismos teóricos explican la relación entre el desacuerdo y los indicadores de involucramiento político que se analizan. Sin embargo, comprenderlos y evaluar sus matices permite inferir de qué forma la fuerza de los lazos sociales pueden considerarse un antecedente relevante en la relación entre la variable clave de este estudio y el compromiso político de los individuos. Al considerar los mecanismos subyacentes a la influencia del desacuerdo, se espera dilucidar si son elementos emocionales o cognitivos, con consecuencias positivas o negativas, los que resultan significativos si se distingue la CPI de acuerdo a la fuerza de los lazos que se relacionan. Esta literatura empírica, asociada a la fuerza de los lazos, se analiza en el siguiente capítulo.

6. El desacuerdo político a la luz de la fuerza de los lazos.

La fuerza de los lazos entre las personas que integran una red social ha demostrado ser una propiedad crucial al evaluar la forma en que las personas se ven influenciadas por sus entornos (Bello y Rolfe, 2014; Erisen y Erisen, 2012; Huckfeldt y Sprague, 1995).

La dicotomía conceptual entre lazos fuertes y débiles tiene su origen en la publicación de Mark Granovetter sobre “*la fuerza de los lazos débiles*”(1973), en la cual desarrolla la idea del tejido social como una trama compuesta por micro sistemas de individuos vinculados a través de lazos con diversos grados de fortaleza. La *fuerza* de un vínculo es definida en este contexto como la intensidad emocional y el grado de intimidad que caracterizan la relación entre dos nodos o individuos, así como a la frecuencia y duración con la que se produce la interacción entre ellos (M. S. Granovetter, 1973, p. 1361).

Granovetter evidencia que el nivel de cercanía o familiaridad entre un ego y un alter cualquiera se asocia positivamente con el nivel de densidad o cohesión de la red social que estos individuos integran. Como este autor explica, si se analiza para un ego cualquiera el conjunto de sus relaciones más cercanas (sus lazos fuertes), es altamente probable que gran parte de ellos tengan vínculos cruzados entre sí, formando una estructura o red densamente unida. En cambio, al analizar para el mismo ego su red social extensa que incorpora las relaciones poco íntimas, como los conocidos, amigos de amigos, etc., se encontrará que pocos de los miembros de esta red se conocen o relacionan entre sí, pero que cada uno de ellos tiene una red primaria propia, fuertemente cohesionada en su interior. Así, se describe un mapa social compuesto por una infinidad de pequeñas redes densas con márgenes relativamente definidos, que integran a los lazos fuertes, sobre las cuales se superponen otras

redes mucho más amplias y difusas, los lazos débiles, que se extienden sobre las redes fuertes y las conectan entre sí. Por eso, describe a los vínculos débiles como verdaderos puentes a través de los cuales se produce la comunicación entre redes primarias muy diversos que de otra forma estarían inconexas, permitiendo fluir información y otros recursos entre los diversos grupos que constituyen una sociedad.

Tras comprobar *la fuerza de los lazos débiles* en el contexto de la movilidad laboral (M. S. Granovetter, 1973), la evidencia de Granovetter inspiró numerosos estudios sobre la difusión de información a la luz de la fuerza de los lazos, en ámbitos tan diversos como el control de enfermedades (Christakis & Fowler, 2009; Terry, 2009), la obesidad (Christakis & Fowler, 2009; Fowler & Christakis, 2008; Terry, 2009), los flujos migratorios (Giulietti et al., 2018; Wilson, 1998), y comportamientos cívicos y políticos (Gil de Zúñiga & Valenzuela, 2011; Hampton, 2011a; Kavanaugh & Patterson, 2002; Kotler-Berkowitz, 2005; Valenzuela et al., 2018).

Aunque resulta evidente que la CPI se desarrolla entre individuos relacionados por diversos grados de cercanía e intimidad, la perspectiva de los lazos ha sido aún escasamente incorporada en el estudio de las redes de comunicación política, particularmente la presencia de desacuerdos en ellas y sus potenciales implicancias para el involucramiento político. Los pocos estudios en el área evidencian que la frecuencia de las conversaciones aumenta en línea con la fuerza de los vínculos (Schmitt-Beck, 2004), pero que los lazos débiles son fundamentales porque abren paso a conocimiento, información y opiniones que las personas normalmente no podrían encontrar en sus grupos primarios (de Zúñiga, 2017; Hampton, 2011b; Min & Wohn, 2020; Valenzuela et al., 2012, 2018; Wojcieszak & Mutz, 2009). Sin embargo, gran parte de esta línea de investigación se ha centrado en interacciones que ocurren

a través de comunicación mediada, a través de las llamadas “redes sociales online” como Facebook o Twitter, que permiten el intercambio informativo e interacción de modo virtual, y no necesariamente entre personas que se conocen e interactúan en la vida real.

Debido a la escasa fuente de antecedentes empíricos que conecten la experiencia del desacuerdo político y la fuerza de los lazos (Hampton, 2011a; Ladini et al., 2020), y la disparidad de evidencia reportada, es difícil establecer cuáles son las implicancias de este atributo en la relación entre el desacuerdo y las diversas dimensiones del involucramiento democrático de los individuos.

Lazos fuertes y débiles tienen fortalezas en dimensiones diferentes. Mientras algunos académicos aseguran que el compromiso democrático es moldeado principalmente por las características de los entornos más íntimos, el pequeño número de confidentes con los que se desarrolla la interacción social más frecuente (Lazarsfeld et al. 1968; Huckfeldt, 2007; Mutz, 2006), otros sostienen que los lazos periféricos o débiles son más relevantes para la movilización política al dar acceso a información y opciones de reclutamiento (Bekkers et al., 2008; de Zúñiga, 2017; Gil de Zúñiga & Valenzuela, 2011; Hampton, 2011b; Min & Wohn, 2020; Tindall & Cormier, 2008; Valenzuela et al., 2018). La fuerza de los lazos puede asociarse a la probabilidad de encontrar en ellos determinado tipo de insumos políticos, pero adicionalmente, de prever que en ellos predominan aspectos cognitivos o psico-emocionales.

6.1. El aporte de las relaciones periféricas en la conversación política informal.

Siguiendo el argumento de Granovetter (1973), en torno a los lazos débiles como piezas centrales del engranaje social, Huckfeldt y colegas (2003) destacan el rol las redes de conversación política caracterizadas por la baja densidad, dentro de las cuales los lazos menos íntimos conectan a las personas con grupos que mantienen opiniones y actitudes políticas inexistentes en sus círculos primarios. A nivel macro, consideran las conversaciones políticas entre conocidos como puentes o elementos mediadores entre la esfera pública y el ámbito privado de las personas.

Pero los lazos débiles no sólo conectan a grupos sociales diversos. Les “dan acceso a los individuos a información y recursos que no se encuentran disponibles en sus propios círculos sociales” (Granovetter, 1982, p.114), una premisa relevante para comprender el aporte diferencial de las conversaciones sobre política en espacios poco íntimos, como los lugares de trabajo y el vecindario, en comparación con los entornos inmediatos como la familia y las amistades más cercanas (Baybeck & Huckfeldt, 2002; Huckfeldt, Johnson, et al., 2004; D. C. Mutz & Mondak, 2006).

Numerosos académicos coinciden al reportar una asociación positiva entre los niveles de participación cívica y política de las personas el tamaño de sus redes de conversación, considerando el tamaño como el número total de confidentes con quienes los entrevistados informan una interacción frecuente, y que a mayor tamaño aumenta la inclusión de lazos menos íntimos en las redes (Leighley, 1990; Wuthnow, 1994; La Due Lake & Huckfeldt, 1998; McLeod et al., 1999; Wyatt, Katz & Kim, 2000; Mutz, 2002, 2006; McClurg, 2003; Huckfeldt et al., 2004; Nir, 2005; Scheufele, Nisbet, Brossard & Nisbet,

2004; Kwak et al., 2005; Kim & Ball-Rokeach, 2006; Moy & Gastil, 2006; Sheufele et al, 2006).

Estudios más recientes han evidenciado que redes más grandes fomentan el compromiso cívico fundamentalmente cuando brindan acceso a mayor cantidad de vínculos débiles (Son y Lin, 2008). Es decir, el número de lazos débiles muestra una asociación significativamente mayor, respecto del número de lazos fuertes. De forma similar, se ha observado que el número de lazos débiles media los efectos del tamaño de la red sobre la participación cívica (Ardèvol, Diehl, y Gil de Zúñiga, 2018) y que “las redes de vínculos débiles pueden tener una relación más fuerte con la acción cívica porque están mejor preparadas para producir los recursos informativos que necesitan los individuos para participar con éxito en asuntos comunitarios y no políticos”(Gil de Zúñiga & Valenzuela, 2011).

Desde la literatura de capital social (Putnam, Coleman), Hampton (2011) encuentra que la diversidad general de la red es un predictor más consistente y sustantivo de los comportamientos cívicos y civiles que el tamaño o la heterogeneidad del pequeño número de vínculos que conforman la red central de la mayoría de las personas

Otros estudios indican que el acceso a información no redundante estimula el aprendizaje y amplía las oportunidades de ser reclutado por todo tipo de organizaciones civiles, líderes y causas (Lake & Huckfeldt, 1998; Wellman, 1997; Kavanaugh, Carroll, et al., 2005; Son & Lin, 2008; Gil de Zúñiga y Valenzuela, 2017; Somma, 2009), lo que se acentúa si los lazos débiles no sólo amplían el espacio de conversación, sino que exponen a mayor diversidad en términos de raza, etnia, clase, religión, orientación sexual u otro marcador demográfico (Kotler-Berkowitz, 2005).

Algo similar sucede con la participación política. Los estudios afirman que la conversación con relaciones secundarias permite la difusión de información política (Baybeck y Huckfeldt, 2002) que abre oportunidades y opciones para participar, reclutar y ser reclutados, así como para que se genere contacto con otros que mantienen preferencias y visiones similares dispuestos a movilizarse (La Due Lake y Huckfeldt, 1998; Huckfeldt, Méndez y Osborne, 2004; Gil de Zúñiga y Valenzuela, 2011).

El nivel de cercanía y familiaridad entre quienes interactúan genera además dinámicas comunicacionales diferentes, con relevantes implicancias para la relación entre el contenido de las conversaciones y el nivel de esfuerzo intelectual que requiere integrar la información que es novedosa al conocimiento previo sobre un tema y la consideración de los diversos argumentos, lo que describe el concepto de elaboración cognitiva (Perse, 1990, en Gil de Zúñiga, 2017, p. 69), una variable que a su vez se asocia positivamente con el aprendizaje y la participación política (Eveland Jr, 2001; Jung et al., 2011).

Se observa que con los vínculos débiles se producen conversaciones con mayor nivel de razonamiento, que a su vez aumentan la elaboración del conocimiento político, entendido como la capacidad de integrar la información novedosa a la ya adquirida, lo que podría explicarse por dos razones: por una parte, en espacios poco familiares las personas tienden a ser más formales y corteses, ofreciendo más argumentos para explicar sus opiniones y preferencias. Por otra parte, es probable que la interacción en círculos primarios unos y otros ya conozcan las preferencias y argumentos de los miembros del grupo, por lo que la conversación no exige mayor esfuerzo intelectual (Gil de Zúñiga, 2017, p. 77).

Este hallazgo también puede leerse a la luz del análisis de Granovetter (M. Granovetter, 1983, pp. 203-203) en torno a los códigos de comunicación que se ponen en

movimiento en grupos con diferentes niveles de cohesión. Citando el trabajo de Rose Coser (1975) en torno a los códigos de comunicación entre individuos, afirma que en los espacios más íntimos y cotidianos de las personas prima la comunicación que utiliza códigos restringidos, en los que hay más significados implícitos y muchas explicaciones se dan por sentadas. En cambio, en la comunicación con lazos débiles priman los códigos elaborados, que son más universales pero también más complejos, de modo que la interacción demanda mayor reflexión para organizar la información, los argumentos que se expresan y los que se reciben, lo que aumenta la flexibilidad cognitiva de las personas.

Pero por sobre la cantidad de información que provean las redes secundarias, el acceso a información divergente parece ser más probable que en los grupos de pertenencia. Diana Mutz (2002, 2003) observa que el grado de intimidad y la probabilidad de conocer posiciones políticas diferentes a las propias sigue “un patrón altamente predecible: la proximidad está inversamente relacionada con la exposición a opiniones políticas contradictorias” (Mutz, 2003, p.100), de modo que es más probable que surja con los conocidos, seguidos por amigos lejanos, amigos cercanos y finalmente parientes y cónyuges. De hecho, afirma que dentro de las redes sociales cercanas es improbable que existan posiciones políticas muy diferentes.

Un punto similar es apoyado por Huckfeldt y colegas (2003), en su argumento de las redes de baja densidad como espacios que permiten la sobrevivencia del desacuerdo en la vida de gran parte de los ciudadanos. En sus estudios encuentra que el tamaño de la red es un atributo directamente asociado a la densidad y la diversidad política. La densidad corresponde al nivel de interconexión de quienes conforman una red, es decir, las relaciones cruzadas entre sus miembros. La densidad de las redes se asocia negativamente con su

tamaño, debido a que al incluir a mayor cantidad de miembros disminuye tanto la probabilidad de incluir a las relaciones más íntimas, así como de que estas estén interconectadas unas a otras. En las redes de baja densidad, por lo tanto, es más factible acceder a fuentes diversas e independientes de información y experiencias políticas (Baybeck & Huckfeldt, 2002; Huckfeldt et al., 2003; Huckfeldt, Mendez, et al., 2004).

No sólo la posibilidad de encontrar más desacuerdos aumenta al incluirse a las relaciones más lejanas. Con lazos débiles, desprovistos de la intensidad emocional que caracteriza las relaciones más íntimas, es posible experimentar interacciones más despreñadas, casuales e incidentales emocionalmente, lo que permite que sean espacios en los que se tolera mejor el desacuerdo (Min & Wohn, 2018), de modo que la evasión de las discrepancias es menos probable. Como afirman Ladini y colegas (2020), las redes secundarias ofrecen un espacio único para que la competencia de opiniones impulse el círculo virtuoso de interés y participación política, debido a que generan menor temor de generar un daño en las relaciones y poseen menores niveles de coerción o capacidad de ejercer presión social.

En resumen, la literatura informa que las redes secundarias abren el acceso a más y mejor información, al tiempo que aumentan la probabilidad de conocer opiniones y puntos de vista diferentes a los propios. Además, una interacción que involucra menor intensidad emocional pone menos barreras emocionales y normativas a la discusión sobre diferencias, pero exige mayor reflexión, de modo que podría resultar más enriquecedora que aquella que se vive en espacios íntimos, potenciando elementos movilizados de la conversación política informal, como la autoeficacia y el interés político.

Sin embargo, es necesario recordar que no se han revisado los argumentos que defienden el rol de los lazos fuertes como fuente de desacuerdos capaces de impactar en los niveles de compromiso democrático de los individuos, de modo que las hipótesis que relacionan las variables de interés deben esperar.

6.2. La fuerza de la intimidad en la conversación política informal

Desde la publicación de *The people's choice* (Lazarsfeld et al., 1968), la comunicación política es considerada implícitamente como un asunto de lazos fuertes. Sin aludir al concepto de la fuerza de los vínculos, se afirmó que las personas conversan sobre política fundamentalmente dentro de sus pequeños grupos primarios. Y aunque publicaciones posteriores han relativizado diversos aspectos de esta investigación pionera, no se ha cuestionado que la mayor parte de la discusión política se desarrolla entre cónyuges, parientes y amigos, siendo bastante menos frecuente entre compañeros de trabajo, vecinos y miembros de asociaciones religiosas (Eveland & Hutchens, 2009; Klofstad, 2011; Nickerson, 2008; Bennett et al., 1995; Schmitt-Beck 2000: 166-167; Johnston y Pattie 2006: 120-121; Klofstad, McClurg y Rolfe, 2009; Morey et al. 2012).

Como afirma Schudson (1997), las discusiones sobre política pueden ser estresantes cuando se interactúa con extraños, lo que explica la baja disposición de los ciudadanos a tocar estos temas en entornos semipúblicos, como el lugar de trabajo o los centros de culto. En cambio, las discusiones con la pareja, los amigos o la familia tienen un mayor grado de intimidad (Kavanaugh & Patterson, 2002), y la información es recibida con mayor grado de confianza (Kotler-Berkowitz, 2005), lo que permite entender que sea donde las personas se sienten más libres para hablar de política (Wyatt et al. 1996).

Diversos estudios observan que la cercanía y confianza se asocia a conversaciones más frecuentes (Wyatt et al., 1996; Eveland et al, 2009), y el consenso es que la frecuencia de las interacciones sociales es un potente motor de influencia grupal: a mayor interacción aumenta la relación que existe entre las características de las redes de conversación y las actitudes, opiniones y comportamientos de quienes las reportan (e.g. Kenny 1992; Eveland y Hively, 2009; Klofstad 2011, Searing et al., 2007; Rojas 2008).

Pero la relevancia de los lazos fuertes no radica únicamente en la cantidad de interacción que las caracteriza. El nivel de cohesión o densidad estructural de un grupo está ligado a su poder coercitivo, la capacidad de ejercer presión social sobre sus miembros (Ladini et al., 2020). Las redes primarias, particularmente la familia, son grupos cohesionados, intensamente integrados por los cruces emocionales entre sus miembros y donde los integrantes esperan dar y recibir mayor apoyo emocional y material (Granovetter, 1973) y la evidencia demuestra que quienes discuten principalmente dentro de grupos cohesivos experimentan mayor presión coercitiva que quienes interactúan mayoritariamente dentro de grupos no cohesivos (Faas & Schmitt-Beck, 2010; Fieldhouse & Cutts, 2018; Mutz & Mondak, 2006).

Esto explica que los círculos cercanos sean “fuertes” no sólo por su peso emocional, sino por cómo esto redundará en mayor capacidad para influir sobre sus miembros. Como notan Valenzuela, Arriagada y Scherman (2014, p. 2050), la capacidad de influir en la decisión de las personas de participar o abstenerse no depende simplemente de acceder a información. El impulso fundamental es el refuerzo y presión social que proporcionan los lazos fuertes, algo que comprueban para el caso de la participación en protestas.

Otros estudios han mostrado que, controlando por la frecuencia de la conversación, la fuerza de las relaciones magnifica la relación entre las características de las redes comunicacionales y las de los individuos que las integran, lo que se ha testeado en torno a una serie de outputs diferentes, como la la identificación partidaria y decisión en torno al voto (Kenny 1994; Schmitt-Beck 2000; Johnston & Pattie, 2006; Zuckerman et al., 2007; Nickerson, 2008), el nivel de participación política electoral y no electoral (Klofstad, 2011), el interés en política (Torcal & Maldonado, 2015), el nivel de elaboración cognitiva en torno a la política (Gil de Zúñiga, 2017) y, en general, en la formación y refuerzo de actitudes, valores y creencias políticas (Barnett, 2011; Klofstad, 2011).

Respecto de la probabilidad de encontrar visiones políticas diversas, si bien Granovetter (1973) evidenció que la distancia social amplía la probabilidad de encontrar heterogeneidad política, algunos académicos han llamado a mirar con cautela los estudios que destacan el poder de los lazos débiles si se trata de estudiar desacuerdos políticos (Min y Wohn, 2020, p.33), ya que una parte sustantiva de estos trabajos observa flujos de información poco conflictiva (como la asociada a empleo, salud e innovación, entre otros), mientras las opiniones y preferencias políticas son un tipo de contenido especialmente sensible, que muchos prefieren evitar fuera de sus relaciones de mayor confianza.

Algunos autores han observado que el nivel de heterogeneidad política de una red no equivale al nivel de exposición a conversaciones en las que se experimenta el desacuerdo. Morey y colegas (2012), encuentran que a mayor discusión con lazos fuertes aumenta la probabilidad de tener discusiones en acuerdo, pero también en desacuerdo. Más importante, comprueban que en las relaciones débiles se encuentra mayor heterogeneidad política, pero no aumenta la probabilidad de que el desacuerdo se exprese comunicativamente. De modo

similar, Sinclair (2012) encuentra que el desacuerdo político es relativamente poco frecuente dentro de redes sociales, aún si existe heterogeneidad política, ya que raramente se expresa debido a la necesidad de los individuos a evadir el conflicto en las relaciones interpersonales. Como proponía Festinger (1957), hay numerosas formas de evadir la disonancia, de modo que redes diversas no garantizan que las diferencias se manifiesten.

Pero más que la cantidad de desacuerdos, una vez más, puede ser relevante cuán distinta es la forma en que se experimentan las divergencias dentro de los grupos más íntimos y cohesionados. De acuerdo con Gil de Zúñiga (2017), la cantidad de confidentes se asocia positivamente con el nivel de heterogeneidad y la exposición al desacuerdo, sean estos fuertes o débiles. Y aunque los lazos débiles destacan en su asociación con el nivel de razonamiento de las discusiones (lógica y exposición de argumentos sobre lo que se discute), el nivel de desacuerdo con lazos fuertes es el predictor más importante de la elaboración cognitiva, que refiere a la capacidad de los individuos para integrar la información nueva a sus conocimientos previos en torno a un tema, un proceso que implica la (re) consideración de los argumentos (propios y ajenos) y redundante en una mayor tasa de recuerdo y comprensión de lo discutido (de Zúñiga, 2017, pp. 68-69). Para el autor, sus resultados podrían evidenciar que las conexiones de naturaleza fuerte (que en su trabajo refieren a las que se producen con la pareja, familia y amigos), ofrecen un nivel de intimidad y confianza en la información que se presenta, que potencia mayor reflexión posterior sobre lo que se discute.

Sin embargo, un reciente estudio reporta que el desacuerdo político con los lazos más íntimos no sólo aporta beneficios democráticos, ciudadanos con conocimientos más elaborados. Ladini, Mancosu y Vezzoni (2020) encuentran que el desacuerdo en la red social más cohesiva de las personas, la familia, se asocia linealmente con mayor abstencionismo,

algo que no sucede con las demás discusiones, en las que la relación desacuerdo-participación adopta una forma de “u” invertida: niveles bajos e intermedios de desacuerdo activan la participación, pero cuando se alcanzan los máximos niveles la pendiente cambia y el desacuerdo desmoviliza, tal como reportaba Bello (2012) para la conversación que no distinguía el nivel de cercanía de las relaciones. Los autores interpretan sus hallazgos como un efecto del poder de coerción que existe en los grupos primarios, que hace especialmente difícil para las personas sentirse interesadas en temas que impulsan el conflicto.

En definitiva, la literatura que defiende la relevancia de los lazos fuertes muestra que son espacios en los cuales la conversación se caracteriza por ser más cercana, confiable y frecuente. Al considerar su potencial influencia social, la importancia relativa de los grupos primarios (respecto de los lazos débiles) es la presión normativa que son capaces de movilizar, debido a los costos personales que implica para sus integrantes romper la armonía de las relaciones grupales. Si es así, la relación entre el involucramiento político de las personas y el nivel de desacuerdo que se experimenta con lazos fuertes debería explicarse a través de mecanismos emocionales más que cognitivos, lo que implica que ambas variables se relacionarían negativamente.

5.4. Presentación de hipótesis:

Resulta evidente que los argumentos que presenta la literatura, recién analizados, respaldan posiciones contradictorias, no sólo en términos de la real significancia del desacuerdo político, que podría ser una dimensión clave de la interacción entre ciudadanos, o bien una que no se asocia realmente a la participación, interés u otro indicador de apego político. Además, los resultados y argumentos son mixtos respecto de cuál es el espacio social en el que las personas encuentran mayores niveles de exposición al desacuerdo, así como en cuál de ellos esta experiencia es potencialmente más influyente o significativa.

En términos de los niveles de exposición al desacuerdo político que es probable encontrar en ambos tipos de redes, un segmento de la investigación previa indica que la mayor heterogeneidad política normalmente se observa en redes débiles. Sin embargo, es necesario recordar que la interacción entre personas con posturas políticas divergentes no equivale a exposición al desacuerdo. La experiencia del desacuerdo requiere que estas posturas se expliciten a través de la comunicación, y la literatura en torno a la autocensura (Etchegaray et al., 2019; Hayes, 2005) evidencia que la discusión de temas conflictivos a menudo puede evadirse en una interacción, algo especialmente posible si se trata de política, un tema del que gran parte de la población, particularmente la chilena, dice sentirse lejano.

Sin embargo, reconociendo que un segmento mayoritario de la literatura en torno al desacuerdo informa que el nivel de intimidad está inversamente asociado a la heterogeneidad de todo tipo, resulta más probable que las personas accedan a visiones políticas diferentes en sus redes secundarias. En consecuencia, se presenta la siguiente hipótesis, que de alguna

manera podría considerarse confirmatoria, dado el nivel de estudios empíricos previos en torno a ella:

HIPÓTESIS 1: El nivel de desacuerdo percibido será mayor en la conversación política informal (CPI) con lazos débiles, respecto a la que se experimenta con lazos fuertes.

Las hipótesis originales del estudio surgen a continuación, asociadas al rol mediador de la fuerza de los lazos en la asociación entre la experiencia del desacuerdo y los indicadores de involucramiento político. Pero dada la falta de antecedentes empíricos directos previos y dado que la discusión académica presenta argumentos mixtos respecto de cuál es el tipo de red más significativa para la experiencia del desacuerdo, así como de los mecanismos que impulsan esta relación, resulta imposible prever con suficiente sustento con qué tipo de lazos sociales será más relevante. Por eso, se han formulado duplas de hipótesis competitivas asociadas a la importancia relativa del desacuerdo—apego político al distinguir entre redes de lazos fuertes y débiles, que se formalizan a continuación.

Respecto del espacio en el que se desarrolla mayor influencia social, de acuerdo con los antecedentes, surgen las siguientes hipótesis:

HIPÓTESIS 3a: La relación estadística entre el nivel de desacuerdo percibido en la CPI y los indicadores de involucramiento político será mayor cuando se trata de redes de lazos débiles, respecto de las que incluyen lazos fuertes.

HIPÓTESIS 3b: La relación estadística entre el nivel de desacuerdo percibido en la CPI y los indicadores de involucramiento político será mayor cuando considera a las redes centrales (o de lazos fuertes), respecto las que incluyen a lazos débiles.

Adicionalmente, un supuesto básico del presente estudio es que la perspectiva de los lazos, aplicada al estudio del desacuerdo, generará un aporte en términos metodológicos, mejorando el ajuste de los datos al distinguir un aspecto relevante de la interacción social, que permite observar el rol mediador de la fuerza de los lazos en la relación entre el desacuerdo y el apego político. Esto se formaliza en la siguiente hipótesis.

HIPÓTESIS 2: La distinción de los lazos sociales con los que se experimenta el desacuerdo mejorarán la bondad de ajuste de los modelos estadísticos, al compararse con iguales modelos que incorporan medidas generales de exposición al desacuerdo.

En cuanto a la dirección que puede esperarse en esta relación entre variables, el análisis de los mecanismos teóricos del desacuerdo permite prever que la presión social entre pares se despliega con mayor fuerza dentro de los círculos de relaciones más relevantes y cercanas de los individuos, lo que explicaría que, al encontrarse desacuerdos, este sea una experiencia particularmente significativa y se asocie de manera negativa con variables como la participación y el interés en política, lo que eventualmente podría extenderse a la relación con otros indicadores de apego político.

Sin embargo, la literatura que respalda al *mecanismo informativo* o de *movilización* política como consecuencia del desacuerdo (e.g. Scheufele et al., 2004) destaca el rol de los lazos débiles en el acceso a recursos sociales no redundantes, positivos para la activación y reclutamiento políticos. Estos antecedentes permiten inferir que, si los lazos débiles son un espacio relevante para la experiencia del desacuerdo, deberían relacionarse positivamente con el nivel de involucramiento político de los individuos.

En definitiva, no es posible hipotetizar una relación equivalente en la relación desacuerdo–apego político al distinguir el tipo de lazos con el que las diferencias políticas emergen. Esto es lo que se formaliza en las dos hipótesis siguientes.

HIPÓTESIS 4: El nivel de desacuerdo percibido en la CPI con lazos fuertes se relacionará negativamente con los indicadores de involucramiento político.

HIPÓTESIS 5: El nivel de desacuerdo percibido en la CPI con lazos débiles se relacionará positivamente con los indicadores de involucramiento político.

Finalmente, gran parte de la literatura que analiza los mecanismos de movilización-desmovilización del desacuerdo político se basa fundamentalmente en estudios empíricos que testean su influencia sobre la participación y la decisión del voto (e.g. Lazarsfeld et al., 1944; D. C. Mutz, 2002b) y, al encontrar una asociación negativa, ofrecen una explicación fundamentalmente basada en la *presión social* y la *ambivalencia*. Pero los escasos estudios que han observado la relación del desacuerdo sobre una gama mayor de variables (e.g. Sinclair, 2012) informan que de la influencia de la *presión social* es más evidente y significativa sobre indicadores públicamente visibles de apego a las normas grupales,

comportamientos o actitudes que resulta posible fiscalizar para el resto de los integrantes. Si esto es así, resulta posible imaginar que el nivel de desacuerdo que los encuestados experimentan se relacionará con mayor fuerza sobre comportamientos políticos, en comparación con actitudes políticas menos visibles. Esta última inferencia se expresa en la hipótesis siguiente:

HIPÓTESIS 6: La relación entre el nivel de desacuerdo percibido evidenciará una relación más intensa respecto de la participación política y la decisión del voto, en comparación con las actitudes asociadas al involucramiento político.

7. Chile como caso de estudio.

Las sociedades en las que tradicionalmente se ha desarrollado el estudio empírico de la comunicación política informal y del desacuerdo son las naciones con mayor desarrollo socioeconómico del planeta, con sistemas políticos democráticos estables y de larga data, que además son mayoritariamente bipartidistas, como el caso de Estados Unidos e Inglaterra.

Chile, en cambio, es una nación en vías de desarrollo, y aunque su sistema político actualmente es democrático, presidencialista y multipartidista, vivió una dictadura de 17 años en su historia reciente y ha sufrido importantes transformaciones políticas en los últimos 50 años.

En el contexto internacional de la Guerra Fría, en un escenario local de gran polarización política, en 1970 llegó a la presidencia chilena el socialista Salvador Allende como representante de la coalición de izquierda, decidido a implementar un ambicioso programa de reformas sociales. Conforme comenzó a implementar su programa de gobierno, la batalla ideológica entre los partidos de izquierda y derecha fue creciendo sostenidamente hasta septiembre de 1973, cuando el nivel de polarización social y política fue la excusa para un golpe militar afín a la derecha, que dejó el gobierno en manos de una junta militar encabezada por el Comandante en Jefe del Ejército, Augusto Pinochet.

Disueltos los partidos, el Congreso y toda autoridad democrática, con los principales representantes de la izquierda política exiliados, presos o ejecutados en medio de una sangrienta persecución ideológica, los militares ejercieron total control sobre el aparato administrativo del Estado, dando paso a una rápida privatización de la economía. El nivel y extensión de la censura y la violencia de estado tuvo variaciones, el gobierno de Pinochet

mantuvo siempre un fuerte nivel de represión, documentados en los registros oficiales de la Comisión de Verdad y Reconciliación (o Comisión *Rettig*) y la Comisión de Encarcelamiento y Tortura Política (o Comisión *Valech*), que registraron las sistemáticas violaciones a los derechos humanos, entre las que destaca el asesinato de más de tres mil personas y la desaparición de los cuerpos de un segmento relevante de estos.

En 1982, una profunda crisis económica provocó manifestaciones callejeras masivas contra la dictadura, que se mantuvieron con menor intensidad algunos años. Hacia mitad de la década, los movimientos de protesta y el trabajo de la oposición política finalmente presionaron a los militares a suavizar las restricciones impuestas a la actividad política, legalizando los partidos pre-dictadura, con excepción del Partido Comunista. La actividad política resurgió definitivamente en 1988, cuando Pinochet organizó un plebiscito para decidir entre su permanencia o la celebración de elecciones presidenciales democráticas. Tras la derrota del dictador en las urnas, las primeras elecciones presidenciales dieron el triunfo al representante de la coalición de centroizquierda (Concertación), Patricio Aylwin, quien asumió en 1990.

Sin embargo, el regreso a la democracia no generó un cambio drástico, sino muy paulatino. Comenzó una compleja era política hacia la “transición” a la democracia, ya que Pinochet mantuvo una importante cuota de poder como comandante en jefe del ejército y senador vitalicio, que ejerció para detener cualquier intento brusco de reforma política o social. Durante la década de 1990, cada vez que el nuevo gobierno democrático intentó tomar medidas contrarias a sus intereses, las Fuerzas Armadas llevaron a cabo "ejercicios militares" en señal de amenaza. Sintiendo la fragilidad de la recién ganada democracia, tanto Aylwin como su sucesor, Eduardo Frei, buscaron evitar transformaciones profundas, confrontaciones

o desacuerdo, promoviendo un sistema consensuado de formulación de políticas entre la coalición gobernante y la oposición de centro derecha, afín al ex gobierno militar

Aunque existen diversas opiniones en torno al momento en que Chile volvió a tener una democracia plena, un hito relevante fue la muerte del dictador, el año 2006. Pero incluso tras la muerte de Pinochet en 2006, algunos de sus legados culturales permanecen, entre ellos, los altos niveles de autocensura entre la ciudadanía. De acuerdo con Hayes y colegas (2005^a, 2005b) la *disposición a la autocensura* puede considerarse como un rasgo de personalidad asociado a la inhibición de las personas a expresar las propias opiniones frente a quienes que podrían no estar de acuerdo con ellas.

Entre los antecedentes de la autocensura están una serie de variables individuales, como la timidez, la ansiedad frente a la interacción social, la menor capacidad de argumentación, la baja autoestima, el nivel de importancia dado al tema en cuestión y haber experimentado un entorno de comunicación autoritario en el hogar o en la escuela (Hayes, 2005; Rojas & Hopke, 2010; Valenzuela et al., 2011). Pero no sólo rasgos individuales, sino contextuales, pueden explicar tendencia a evadir el desacuerdo, particularmente cuando es político. Un estudio realizado en Chile (Etchegaray et al., 2019) evidenció que una gran parte de la población adulta exhibe altos niveles de disposición a la autocensura, particularmente los que vivieron su etapa de socialización política en la fase más represiva de la dictadura, así como quienes lo hicieron en el contexto del período más frágil de la transición a la democracia.

Esta tendencia a la autocensura se une a la existencia patrones de asociación interpersonal fuertemente homofílicos en la sociedad chilena, que mantienen a los individuos fundamentalmente rodeados de personas con ideas afines. Como evidencian Bargsted y

colegas (Bargsted et al., 2019; Bargsted Valdés et al., 2020), las redes sociales de los chilenos están marcadas por la homogeneidad en términos de nivel socioeconómico, religioso y político. Y dado que la sobre la mitad de los chilenos se declara políticamente “independiente” con escaso interés en la política, las redes de conversación política sólo contribuyen a la difusión de la apatía política.

De hecho, uno de los fenómenos políticos que ha recibido mayor atención académica desde el regreso a la democracia es el rápido descenso de los indicadores de involucramiento político de los ciudadanos, siendo el elemento más evidente la sostenida caída en las tasas de participación electoral.

El plebiscito que definió el término de la dictadura y la primera elección presidencial impulsaron una fuerte activación política de la ciudadanía. En 1990 la elección convocó al 86,9%¹ de los chilenos mayores de edad. Sin embargo, desde entonces la participación electoral ha caído sistemáticamente. En la elección de 2001 votó el 58,2%; en 2017 (existiendo inscripción automática), participó menos de la mitad de los ciudadanos con derecho a voto: el 46,8%. Todo esto, de la mano con el descenso igualmente sostenido en la confianza hacia las instituciones y autoridades democráticas.

Las primeras descripciones de este fenómeno tendieron a quitarle dramatismo, señalando que tras dos eventos electorales épicos para el regreso a la democracia (el Plebiscito de 1988 y la primera elección presidencial post-dictadura en 1989), era esperable un paulatino descenso del interés político por parte de la ciudadanía. Pero cuando el descenso en la participación electoral se sostuvo en el tiempo, más acentuadamente entre los jóvenes,

¹ Dato de Bargsted, Somma y Muñoz (2018, p.1). Según Navia (2004), en 1989 votó (votos válidos) el 84,6% de la población en edad de hacerlo, estando inscrita el 92,3% de la población, aludiendo a datos del INE, 1999

comenzaron a encenderse las alarmas y a buscarse explicaciones, siendo el abstencionismo electoral considerado como un síntoma de desafección por algunos autores (e.g. Sola & Hernández, 2017; Morales, 2008)

Algunas explicaciones giraron en torno a la edad, en cuanto se evidenciaba una relación negativa entre esta variable y la propensión a votar (e.g. Navia, 2004; Toro, 2007). La explicación teórica refiere simplemente a que una persona con mayor edad aumenta sistemáticamente la probabilidad de haber participado en alguna elección, así como de haber desarrollado intereses personales asociados a la discusión de asuntos públicos.

Otros estudios plantearon que se trataba de un recambio generacional (Contreras y Navia, 2013; Corvalán y Cox, 2013; Madrid, 2005; Toro, 2008), en cuanto se observaban generaciones cada vez menos politizadas. Algunos análisis agregaron al efecto cohorte la influencia de experiencias históricas, constatando que las generaciones más politizadas habían vivido el momento “épico” del Plebiscito de 1988 (Madrid, 2005). En esta línea, Bargsted, Somma y Muñoz (2018), demuestran el poderoso rol del contexto histórico como elemento de socialización política, al evidenciar que las generaciones que vivieron el Plebiscito de 1988 durante sus “años impresionables” (juventud y adultez temprana) registran la tasa de participación más alta, pero que adicionalmente son determinantes la edad y el paso del tiempo, ambas asociadas negativamente a la probabilidad de votar (aunque el paso del tiempo tiene un efecto mayor en las generaciones más jóvenes).

Numerosas publicaciones han destacado también el rol institucional en el paulatino alejamiento de la ciudadanía de diversas formas de participación política, particularmente al sistema de elección de representantes políticos que heredó la dictadura, que hasta pocos años

atrás se caracterizaba por ser binominal, con inscripción voluntaria, y tras la inscripción, con voto obligatorio (Aleuy, 2007; Altman, 2006; Navia, 2004).

Otros autores también apelan a la experiencia dictatorial, desde otros ámbitos. En esta línea, Huneus (1998, 2014), propone que la caída en la participación electoral refleja el impacto de socialización política del régimen autoritario, reforzado por una transición a la democracia temerosa, todo lo cual alejó a la ciudadanía de la política cotidiana, dejando a cargo a “los técnicos”. Además, jugaría un importante rol el desprecio hacia los partidos como instituciones de representación, reforzado por la cobertura de los medios de comunicación (Huneus, 2000). Garretón (2016) afirma que el origen del distanciamiento ciudadano de la política está en las profundas transformaciones socioeconómicas que experimentó el país en las últimas décadas, que desarticularon a los grandes conglomerados sociales, particularmente a las instituciones políticas que tradicionalmente fueron los canales de agregación de intereses y expresión de proyectos comunes, segmentando y atomizando a los ciudadanos en el contexto de una cultura que exagera el individualismo. En definitiva, la desafección desde este punto de vista es la manifestación de una ruptura estructural y cultural de las relaciones entre política y sociedad civil. La expresión no es sólo el abstencionismo, sino la falta general de interés, un indicador especialmente preocupante en Chile, que según la Corporación Latinobarómetro (2013-2017), es el país en el que la población manifiesta menor nivel de interés político en toda América Latina (sólo 17% de la población declara tener ‘algo’ o ‘mucho’ interés en los asuntos políticos).

El rol de los partidos en el distanciamiento ciudadano de la política también ha sido estudiado. Delamaza (2016) considera que el sistema sociopolítico chileno en el siglo XX se caracterizó por el rol de los partidos políticos institucionalizados como mediadores entre el

Estado y la ciudadanía, representando con cierto nivel de éxito los intereses de grupos sociales amplios, algo que se perdió en el actual sistema de partidos, post-transición. En esta línea, Luna y Altman (2011, p.3) afirman que el sistema de partidos chileno presenta muy bajos niveles de arraigo y legitimidad en la sociedad, de modo que su fuerza disminuye mientras emergen estilos de liderazgo cada vez más personalizados y localizados.

Desde la perspectiva de la cultura política, Zarzuri (2016) plantea que se está llegando al fracaso de una forma de democracia representativa en nuestro país, algo que ocurre en otros países, dada la absoluta desconexión de la política clásica y sus actores con la vida cotidiana de las personas. La reciente ola de participación de la juventud en política, a través de movimientos sociales, representaría la respuesta a este fenómeno de pérdida de legitimidad del actual sistema. Considera que se trata de actores que no están interesados en ejercer o administrar el poder, sino en propiciar otras formas de acción y presión social.

Otra explicación al desapego ciudadano respecto de la política apela a los niveles de confianza en las instituciones y autoridades democráticas, que en Chile no sólo es muy bajo, sino que desciende, como la participación, sostenidamente. En esta línea, Nye et al. (1999) afirma que los casos de corrupción y redes clientelísticas difundidas por los medios, así como la dificultad de las élites políticas para renovarse, son algunos factores que explican la baja confianza en los partidos y los políticos. De acuerdo a Morales (2008), la falta de confianza institucional surge como reacción a la evaluación ciudadana respecto de la capacidad del gobierno de sintonizar y responder a las demandas ciudadanas. Específicamente, considera que la falta de participación y desafección se originan en el escaso apego actitudinal hacia el sistema político, medido a partir del grado de satisfacción con la democracia y de evaluación de desempeño.

Finalmente, en Chile es particularmente elevada la cantidad de individuos cuyo nivel de desconexión de la política es tan alto que no logran auto-posicionarse en ninguna categoría o posición ideológica. Según un reciente estudio de opinión pública del Centro de Investigación Pew aplicado en 35 países (Pew Research Center, 2018), Chile es el país con la mayor proporción de su población que no se siente cercano a ningún partido político (78%), algo que Luna y Altman (2011) ya habían constatado algunos años antes dentro del contexto latinoamericano. En la misma línea, Bargsted y Maldonado (2018) reportan que entre 1994 y 2014 la identificación partidaria se redujo en más de 40 puntos porcentuales.

Un reciente estudio de Bargsted y colegas (2018) concluye que una de las explicaciones a la apatía política entre los chilenos está en las redes de conversación interpersonal de los individuos. Se encuentra una asociación negativa entre los niveles de involucramiento político de los chilenos y la cantidad de pares despolitizados que contienen sus redes más cercanas, lo que se interpreta como un proceso de difusión de la apatía política como norma social a través de las redes sociales de los individuos. En concreto, se observa que a mayor cantidad de “confidentes” o compañeros de conversación *políticamente independientes* (que no se identifican en ningún espacio de la tradicional escala política izquierda-derecha) se asocia a una mayor probabilidad de reportar diversos indicadores de desafección política, tales como desinterés, baja eficacia externa y desconfianza en los partidos políticos. Este dato es especialmente preocupante en el contexto de la sociedad chilena, caracterizada tanto por altos índices de homofilia (Bargsted, Espinoza & Plaza, 2017), como por los escasos niveles de identificación política entre los ciudadanos (Luna y Altman, 2011; Bargsted y Maldonado, 2018).

La homofilia, que refiere a la tendencia a que las relaciones sociales cercanas se estructuren en base a personas socialmente similares, de acuerdo con Bargsted et al., (2017), en Chile sigue una marcada pauta de correlación en términos de nivel educativo, edad y sexo. Aunque la homofilia política es comparativamente un poco más baja, no sucede lo mismo si se distingue a las personas que no se identifican con ninguna posición política. Entre estos “independientes” se registra un nivel de lazos intra-grupales excepcionalmente homofílicos.

Todos estos estudios respaldan la idea de que en Chile el fenómeno global de la desafección política se manifiesta con fuerza, aunque los estudios que indagan en este espacio se centran mayoritariamente en los determinantes de la participación, que si bien es un fenómeno estrechamente asociado al desapego, no constituye un sinónimo de éste. Los estudios que abordan indicadores de desafección suelen referirse a sólo uno de los múltiples indicadores descritos anteriormente, de modo que parece pertinente ejecutar un estudio que aborde desde una perspectiva más completa, conjuntamente, los antecedentes que pueden asociarse al conjunto de actitudes, opiniones y creencias que configuran este problemático fenómeno.

IV. METODOLOGÍA

1. Datos

El presente estudio utiliza los datos obtenidos para Chile por el Comparative National Elections Project (CNEP), en colaboración con la Facultad de Comunicación y Letras de la Universidad Diego Portales. Se trata de un proyecto que implementa encuestas post-electorales en 21 países a partir de un cuestionario estandarizado que incluye baterías de preguntas sobre actitudes y opiniones políticas, uso de medios de comunicación masiva (televisión, prensa, radio e Internet), atención a las campañas, participación política, adscripción a organizaciones secundarias (especialmente sindicatos, organizaciones religiosas y partidos políticos) y discusión interpersonal.

Los datos fueron obtenidos a través de entrevistas cara a cara en hogares y el trabajo de campo se desarrolló entre los días 20 de noviembre y 15 de diciembre de 2017 (entre la primera y segunda vuelta de las elecciones presidenciales), sobre una muestra de 1.625 casos, siendo la unidad de observación los hombres y mujeres mayores de 18 años de edad, residentes permanentes del hogar. El diseño muestral fue probabilístico, estratificado con distribución no proporcional de los casos a nivel de región y representa a $\pm 62\%$ del universo a nivel nacional, con un error asociado de $\pm 3,5\%$ bajo los supuestos de muestreo aleatorio simple, varianza máxima y 95% de confianza. Debido a la sobre-representación del segmento poblacional joven (18 a 30 años), se elaboró un ponderador muestral de acuerdo a los datos censales más recientes.

Debido a la necesidad teórica de abordar la influencia de un atributo central de la discusión política, el nivel de desacuerdo político experimentado en las conversaciones sobre la campaña presidencial entre los ciudadanos, fue necesario distinguir entre quienes no

experimentaron desacuerdos y aquellos que no experimentaron ningún tipo de discusión política y sólo como consecuencia de ello tampoco reportaron haberse expuesto a desacuerdos políticos. Como consecuencia, la base fue filtrada para perder aquellos casos que reportaron ausencia total de conversación interpersonal. Finalmente, la muestra quedó con un total de 1285 casos.

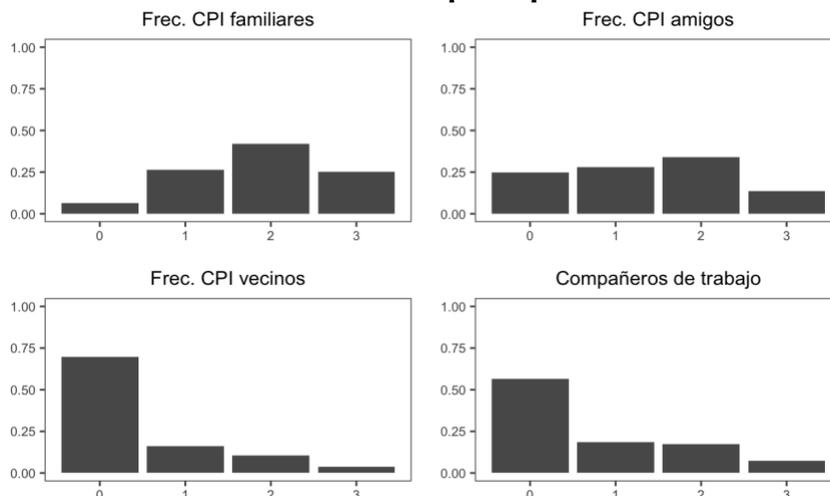
2. Variables principales

Las variables independientes de interés teórico refieren al nivel de desacuerdo político presente en la conversación sobre la campaña presidencial de los entrevistados, así como la frecuencia de esta interacción, en cuatro espacios sociales: familia, amigos, vecindario y espacio laboral. Siguiendo la literatura empírica que ha evaluado la naturaleza de los lazos dentro de las redes de CPI (Lup, 2015, p. 500; Min & Wohn, 2020, p. 30; Schmitt-Beck & Lup, 2013, p. 528), se consideró como redes de conversación con lazos fuertes a la familia y los amigos, mientras la conversación con vecinos y en el lugar de trabajo se etiquetó como redes de lazos débiles.

La **frecuencia de la interacción en espacios sociales** se mide a partir de una pregunta sobre la frecuencia con la que el entrevistado conversó sobre la campaña electoral en cada uno de los espacios sociales, considerando como opciones de respuesta 0=Nunca, 1=Rara vez, 2=Algunas veces, 3=Frecuentemente. A partir de esta pregunta se construyeron 3 variables: la Frecuencia General de la Conversación Política Informal, que promedia las respuestas de los cuatro espacios sociales (Alpha Cronbach=0.742, Media: 4.4, sd= 2.6, min=1, med=4, max=12), la frecuencia de la interacción con lazos fuertes (sólo familia y amigos; Mean=1.6, sd =0.8, min=0, med=1.5, max=3), y la Frecuencia de la interacción con lazos débiles (sólo vecindario y trabajo; Mean=0.6, sd=0.7, min=0, med=0, max=3).

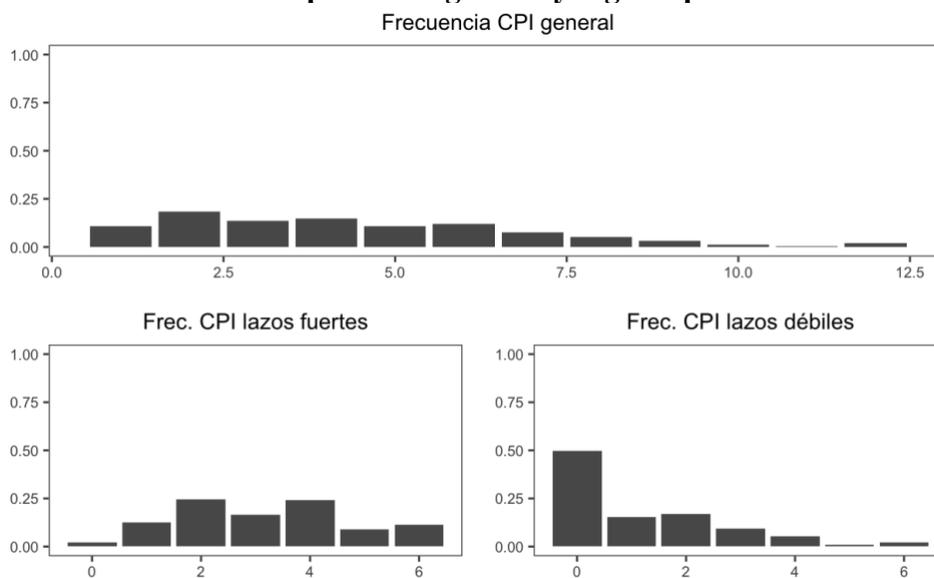
Descriptivos N°1: Frecuencia de la Conversación Política Informal

Frecuencia de la CPI por espacio social



| | Familiares | | Amigos | | Comp. Trabajo | | Vecinos | |
|------------------|------------|------|--------|------|---------------|------|---------|------|
| | N | % | N | % | N | % | N | % |
| 0 Nunca | 90 | 7 | 322 | 25,1 | 916 | 71,3 | 776 | 60,4 |
| 1 Rara vez | 354 | 27,5 | 358 | 27,9 | 204 | 15,9 | 218 | 17 |
| 2 A veces | 527 | 41 | 423 | 32,9 | 118 | 9,2 | 199 | 15,5 |
| 3 Frecuentemente | 314 | 24,4 | 182 | 14,2 | 47 | 3,7 | 92 | 7,2 |
| Total | 1285 | 100 | 1285 | 100 | 1285 | 100 | 1285 | 100 |

Frecuencia de la CPI: promedio general y según tipo de lazos sociales



| | NA | mean | sd | p0 | p25 | p50 | p75 | p100 |
|------------------------------|----|-------|-------|----|-----|-----|-----|------|
| Frecuencia CPI General | 0 | 4.34 | 2.55 | 1 | 2 | 4 | 6 | 12 |
| Frecuencia CPI Lazos Fuertes | 0 | 1.60 | 0.796 | 0 | 1 | 1.5 | 2 | 3 |
| Frecuencia CPI Lazos Débiles | 0 | 0.573 | 0.738 | 0 | 0 | 0 | 1 | 3 |

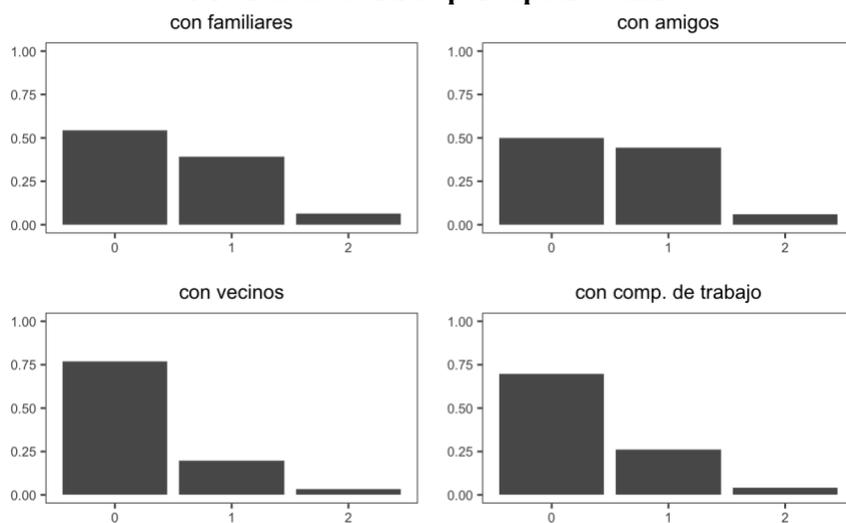
La **exposición al desacuerdo en los espacios sociales de interacción** se midió a partir de cuatro preguntas en las que se solicitó a los entrevistados evaluar el nivel de acuerdo que caracterizó las conversaciones sobre la campaña electoral en los cuatro espacios sociales ya mencionados, considerando la siguiente escala: 1= Apoyaban otro partido, 2= Estaban divididos entre varios partidos, 3=Apoyaban el mismo partido. La escala fue invertida para que un número mayor indique mayor nivel de exposición a conversaciones con confidentes que apoyan a partidos diferentes.

A partir de estas cuatro observaciones se calculó la variable ***Desacuerdo General en la CPI***, que suma el desacuerdo encontrado en los cuatro espacios sociales (Alpha Cronbach=0.68; Mean=1.65, sd=1.53, min=0, med=1, max=8). Luego, se calcularon variables que capturan el nivel de desacuerdo distinguiendo la naturaleza de los lazos: la variable de ***Desacuerdo con Lazos Fuertes*** suma el desacuerdo reportado en la conversación informal con familiares y amigos (Mean=1.071, sd=0.97, min=0, med=1, max=4), y la variable ***Desacuerdo con Lazos Débiles*** suma el encontrado con vecinos y compañeros de trabajo (Mean=0.58, sd=0.87, min=0, med=0, max=4).

Una vez más, los datos evidencian que la está asociada al nivel de cercanía de las relaciones. Es claro que en la interacción con familiares y amigos las personas experimentan más discusiones en las que encuentran puntos de vista diferentes y se expresan los desacuerdos políticos. Si bien es cierto que un segmento relevante no encuentra desacuerdos en ninguno de los espacios sociales, lo cierto es que las probabilidades de conocer opiniones diferentes no parecen aumentar a partir de las relaciones menos íntimas, aquellas que simplemente por compartir redes menos densas abren acceso a mayor diversidad de todo tipo (Granovetter, 1973; Huckfeldt, 2004).

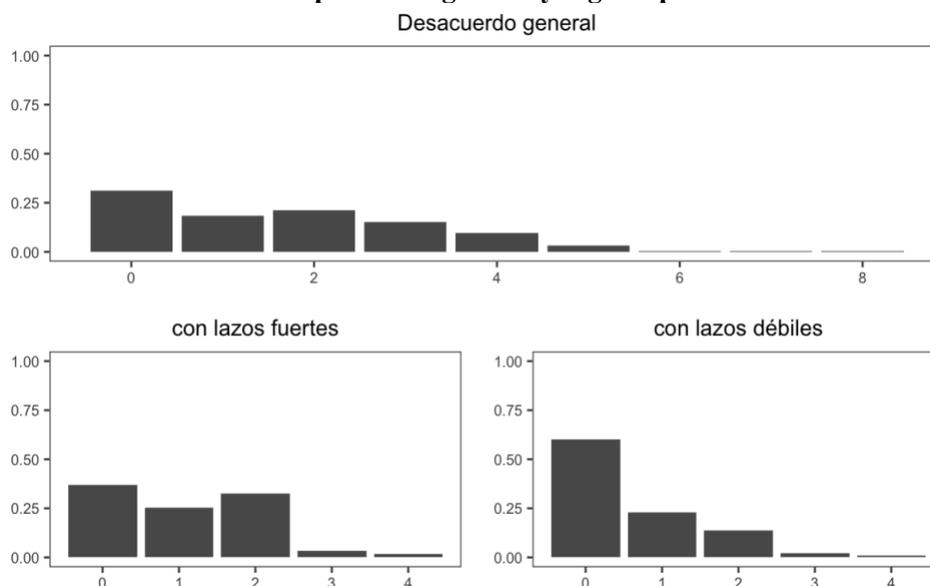
Descriptivos N°2: Exposición al desacuerdo en la CPI, según espacios sociales

Nivel de desacuerdo por espacio social



| | Familia | | Amigos | | Trabajo | | Vecinos | |
|--------------------|---------|------|--------|------|---------|------|---------|------|
| | N | % | N | % | N | % | N | % |
| 0 Sin desacuerdo | 699 | 54,4 | 655 | 51 | 908 | 70,7 | 1009 | 78,5 |
| 1 Algún desacuerdo | 498 | 38,8 | 558 | 43,4 | 324 | 25,2 | 228 | 17,7 |
| 2 Alto desacuerdo | 88 | 6,8 | 72 | 5,6 | 53 | 4,1 | 48 | 3,7 |
| Total | 1285 | 100 | 1285 | 100 | 1285 | 100 | 1285 | 100 |

Nivel de desacuerdo: promedio general y según tipo de lazos sociales



| | Media | DS | Mediana | Min | Max |
|------------------------------|-------|-------|---------|-----|-----|
| Desacuerdo en la CPI General | 1.658 | 1.531 | 1 | 0 | 8 |
| Desacuerdo con Lazos Fuertes | 1.071 | 0.977 | 1 | 0 | 4 |
| Desacuerdo con Lazos Débiles | 0.586 | 0.873 | 0 | 0 | 4 |

3. Variables dependientes

La literatura empírica en torno al desacuerdo se ha centrado mayoritariamente en su relación con la participación política, que constituye la variable dependiente más veces mencionada en esta línea de estudios. De hecho, la participación en elecciones y el momento de decisión del voto fueron los primeros indicadores a través de los cuales Lazarsfeld y colegas (1944) reportaron la influencia desmovilizadora del desacuerdo, variables que posteriormente testeó Mutz (2002) y han incorporado numerosos de los estudios que, desde entonces, han aportado a una mejor comprensión del fenómeno (e.g. Bello, 2012; Nir, 2011). Por esta razón, ambas variables son incorporadas en el presente estudio.

Sin embargo, una serie de variables se suma a las mencionadas, para ampliar la mirada hacia otro tipo de indicadores de compromiso democrático, que la literatura considera estrechamente ligadas a la participación política, pero no equivalentes (Carpini, 2004; Hampton, 2011a; Huckfeldt, Mendez, et al., 2004; Kloffstad et al., 2013; Sinclair, 2012). En particular, se incorpora un conjunto de indicadores que Torcal y colegas han señalado como actitudes capaces de dar cuenta del nivel de involucramiento político de los ciudadanos, o de la desafección, en su cara opuesta (J. Montero et al., 1999; J. R. Montero et al., 1997; Teorell et al., 2007; Torcal & Montero, 2006a).

Los estudios de estos autores² evidencian que numerosos indicadores asociados a comportamientos, opiniones y actitudes políticas han sido incorporados

² A partir de estudios de tendencia longitudinal, análisis factorial y de período/cohorte, Gunther, Torcal & Montero (1998; Torcal, 2003) han comprobado que el interés político, la confianza política y eficacia política interna y externa constituyen actitudes relevantes del involucramiento político, consistentemente asociadas en

indiscriminadamente en la literatura enfocada en la crisis de legitimidad democrática que viven las democracias modernas. Sin embargo, sólo un conjunto específico de actitudes políticas –orientaciones más estables que las opiniones y evaluaciones contingentes, pero también más volátiles que las predisposiciones hacia la democracia como régimen– conforman clusters de variables con una tendencia coherente a lo largo del tiempo y permiten observar las distintas dimensiones de la disposición de las personas por ser actores interesados y comprometidos con sus sistemas políticos.

En el estudio de estas actitudes políticas, Torcal (2002; 2003) identifica la existencia de dos dimensiones parcialmente independientes entre los indicadores de desafección: por un lado, en una faceta interna que incluyen la percepción de escasa capacidad personal para participar y ejercer influencia en los asuntos públicos (eficacia interna) y falta de compromiso e interés respecto del proceso político y la política en general, lo que el autor llama “desafección política”. En un segundo nivel, incorpora la falta de confianza en las instituciones democráticas y sus representantes, junto a la percepción de falta de receptividad de las autoridades e instituciones políticas (eficacia política externa), lo que Torcal denomina “desafección institucional”.

En esta línea, se incorporan en el estudio variables que permiten caracterizar la dimensión interna del involucramiento político (asociados al interés por la política y la percepción de los ciudadanos sobre sus propias capacidades para participar y para ejercer influencia en los asuntos públicos), así como su dimensión externa (que aborda las creencias

su evolución histórica y considerablemente más estables en el tiempo que la evaluación de los ciudadanos en torno a la gestión o rendimiento de autoridades e instituciones respecto de su gestión o rendimiento

y percepciones de los individuos en torno a sus autoridades representativas e instituciones democráticas).

En consideración de estos lineamientos, así como de la disponibilidad de datos que ofrece la Encuesta para Chile de CNEP 2017, se incorporan las variables que se describen a continuación.

Las primeras dos variables dependientes son aquellas que incorpora más frecuentemente la literatura en torno al desacuerdo político en las redes de CPI: participación política y momento de decisión del voto.

La **participación política** de los individuos surge de una batería de preguntas en las que los encuestados informaron si habían participado en alguna de las siguientes actividades: ejercer el voto en la elección presidencial de 2017, en la segunda vuelta de la misma elección y la elección presidencial anterior de 2013, apoyo a la campaña de un partido o candidato político, intento de persuadir a otras personas en torno al voto, participación en marchas, adhesión a protestas online, y publicación o difusión de información política en redes sociales online (KR20 =0.613; min=0, máx=7; media=2.485; ds=1.514) .

El **momento de decisión del voto** es la variable que captura el nivel de dificultad que experimentaron los ciudadanos en la decisión de su preferencia para las elecciones presidenciales, lo que Mutz (2001b) reportó como *ambivalencia* cuando se reportan los menores niveles de la variable, ya que indica que la decisión se tomó muy poco antes del día de la elección. Esta proviene de una pregunta sobre cuánto tiempo antes de la primera vuelta presidencial los encuestados decidieron su voto, con opciones de respuesta 1=el mismo día, 2= la última semana antes de la elección, 3= Algunas semanas antes de la elección, 4= Un mes antes de la elección y 5=Desde antes de la campaña/Siempre quise votar por este

candidato. Las categorías originales fueron recodificadas en tres niveles que se distribuyen de la siguiente forma: 1= Decidió la semana previa a la elección (N=93; válidos=11.3%), 2= Decidió semanas antes N=334, válidos=40.4%), y 3= Siempre supo su voto (N=361, válidos=48.3% - * 35% de casos perdidos).

La *dimensión interna del involucramiento político* (J. Montero et al., 1999; Torcal & Maldonado, 2014; Torcal & Montero, 2006b) se incorporan a partir de dos variables: el interés que los encuestados por manifiestan la política, así como una dimensión de la eficacia política interna, comprendida como la percepción de las personas sobre sus propias competencias o habilidades para comprender y participar de manera efectiva en la política (Balch, 1974; Craig & Maggionto, 1982; Halpern et al., 2017)

El **interés político** proviene de la pregunta: “*En general, ¿me podría decir si le interesa mucho, algo, poco o nada la política?*”. Los niveles de la variable son 4, desde 0= Nada interesado, a 3= Muy interesado. La codificación final resultó con la siguiente estructura y distribución: 1= Sin interés (N= 310, válidos= 24.5%), 2=Poco interés (N= 416, válidos = 32,.8%), 3=Algún interés (N= 371, válidos = 29.3%) y 4=Mucho interés (N=170, válidos=13.4%).

La variable de **eficacia política interna** apunta al nivel de dificultad que los encuestados otorgan a la política, que se incorpora a partir del nivel de acuerdo reportado en torno a la siguiente afirmación: "Por lo general, la política parece tan complicada que la gente como yo no entiende lo que sucede". Las categorías de respuesta eran: 1= Totalmente de acuerdo, 2= De acuerdo, 3= Ni de acuerdo ni en desacuerdo, 4= En desacuerdo y, 5=Totalmente en desacuerdo. La variable fue recodificada colapsando los niveles 1:2 y 4:5,

quedando las siguientes categorías: 1= De acuerdo (N= 564, válidos = 44.5%), 2= Neutral (N= 309, válidos = 24.4%), 3= En desacuerdo (N= 393, válidos = 31.0%).

Finalmente, la dimensión externa del involucramiento político, que apunta a las actitudes de los individuos hacia las autoridades y las instituciones democráticas, se incorporan a partir de las siguientes dos variables. Ambas pueden considerarse como aspectos de la *eficacia política externa* (Carpini, 2004; Halpern et al., 2017, p. 322), que tradicionalmente busca capturar la percepción los ciudadanos en torno a la capacidad y el interés de las autoridades y las instituciones democráticas por responder a las demandas y las necesidades de las personas comunes (Craig & Maggiotto, 1982; Halpern Jelin et al., 2017)

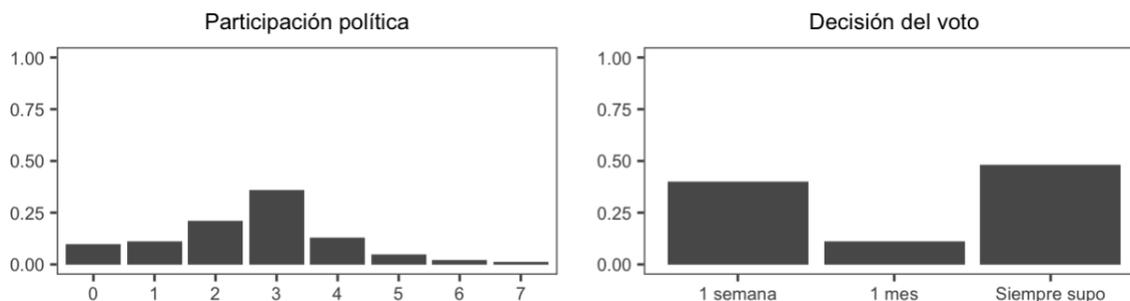
La percepción de los encuestados sobre la **receptividad de las autoridades** democráticamente electas respecto de los ciudadanos comunes aborda un primer aspecto de la eficacia política, que se mide a partir del nivel de acuerdo del encuestado con la siguiente afirmación: "*A los políticos no les importa mucho lo que piensa gente como yo*". Las categorías originales de la escala eran una escala de 5 puntos (nivel de acuerdo, desde 1= Totalmente de acuerdo, a 5 = Totalmente en desacuerdo). La variable fue recodificada colapsando los niveles 1:2 y 4:5 para dejar tres categorías: 1=De acuerdo (N= 564, válidos= 44.5%), 2= Neutral (N= 309, válidos= 24.4%), 3= En desacuerdo (N= 393, válidos= 31.0%).

Una segunda aproximación a la eficacia externa incorpora la percepción de **elitismo de la clase política**, para capturar si consideran que los políticos trabajan para el bienestar de la ciudadanía en general o únicamente para la elite de sus sociedades. Esto se captura a partir del grado de acuerdo de los encuestados con la afirmación: "Nuestras autoridades electas sólo están interesadas en defender los intereses de la clase política, los ricos y los

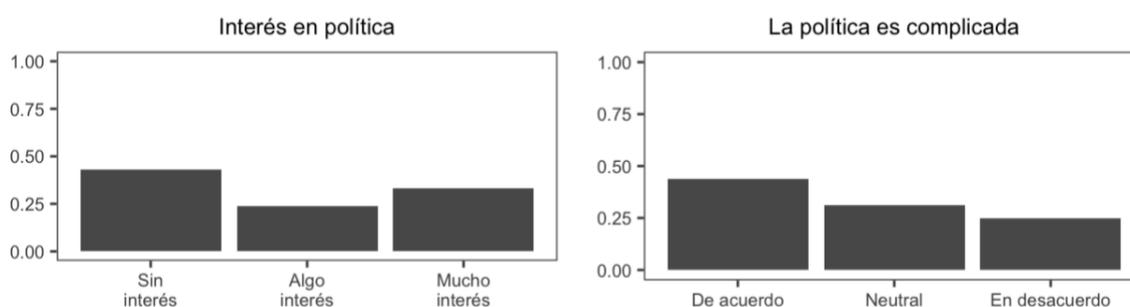
poderosos". Las categorías originales de la escala eran: igual a las anteriores (Desde 1= Totalmente de acuerdo, a 5= Totalmente en desacuerdo) y fue recodificada en tres niveles, colapsando los niveles 1:2 y 4:5. Las categorías de la variable en los análisis son: 1= De acuerdo (N = 885, válidos = 70.0%), 2 = Neutral (N = 229, válidos = 18.1%), 3= En desacuerdo (N = 151, válidos = 11.9%).

Descriptivos N°3: Variables Dependientes, dimensiones del involucramiento político

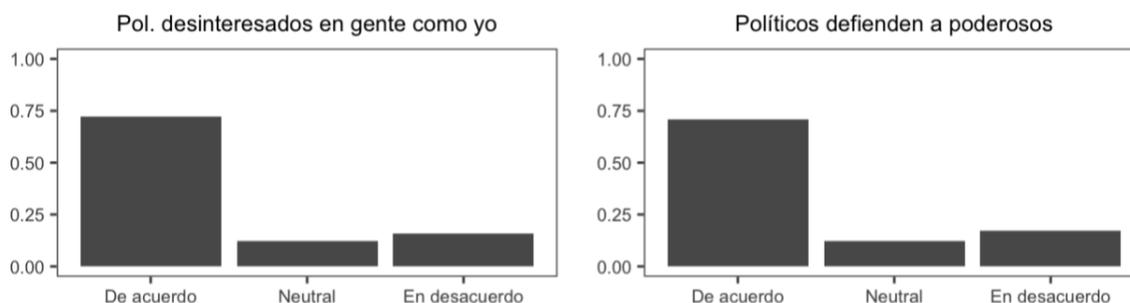
Variables tradicionales



Dimensiones internas del involucramiento político



Dimensiones externas del involucramiento político



Distribución de las variables dependientes

| | Decisión del voto | | Interés político | | Política Complicada | | Políticos desinteresados | | Políticos defienden a los poderosos | |
|--------------|-------------------|------|------------------|------|---------------------|------|--------------------------|------|-------------------------------------|------|
| | N | % | N | % | N | % | N | % | N | % |
| 1 | 93 | 7.3 | 310 | 24.4 | 549 | 43,7 | 902 | 71,8 | 890 | 70,8 |
| 2 | 334 | 26.2 | 416 | 32.7 | 316 | 25,2 | 202 | 16,1 | 217 | 17,2 |
| 3 | 339 | 31.4 | 540 | 42.5 | 391 | 31,1 | 152 | 12,1 | 150 | 11,9 |
| Total | 803 | 100 | 1267 | 99.5 | 1273 | 100 | 1256 | 98,7 | 1256 | 98,7 |

| | mean | sd | Min | p25 | p50 | p75 | Max | N Total |
|------------------------|-------|-------|-----|-----|------|-----|-----|---------|
| Participación política | 2.486 | 1.514 | 0 | 0 | 0.25 | 3 | 7 | 1285 |

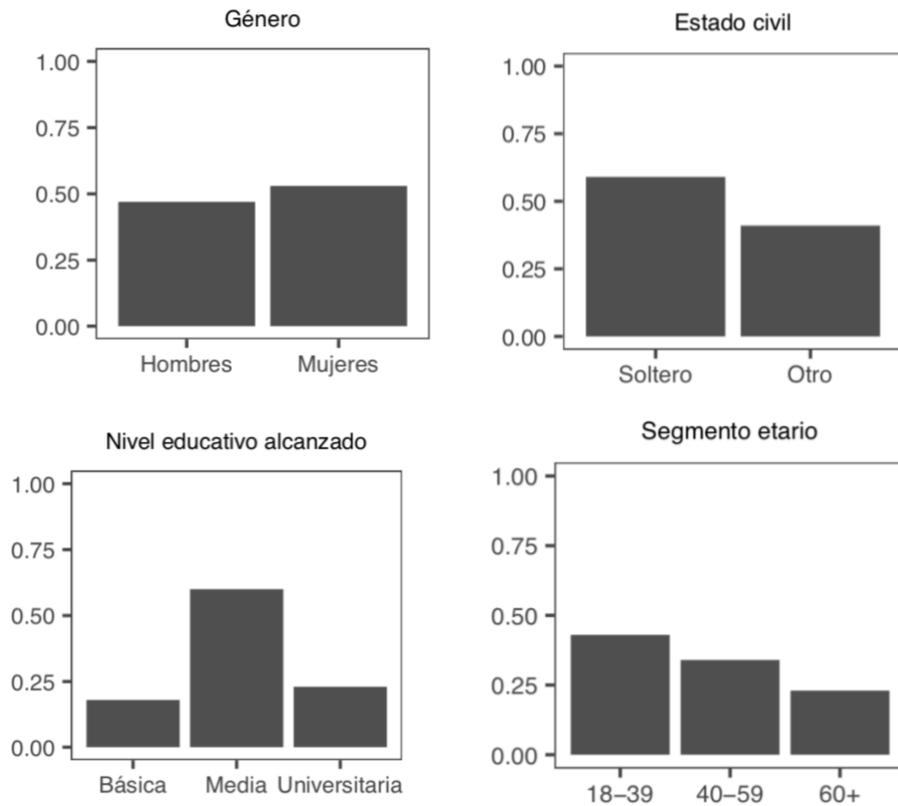
4. Variables sociodemográficas

Además, los modelos incorporan características sociodemográficas de los encuestados que la literatura apunta como variables de nivel individual asociadas al involucramiento de los ciudadanos en política.

La edad, educación, el género y el status civil son cuatro características individuales que han demostrado estar fuertemente asociadas con la participación y otros indicadores de involucramiento político. En general, los hombres, las personas casadas y aquellos ciudadanos más educados tienen mayores probabilidades de participar y sentirse interesados tanto como preparados para participar en la vida política (Verba et al., 1995; Zukin, Keeter, Andolina, Jenkins y Delli Carpini, 2006).

En primer término, el *género* de los individuos sólo distinguió entre hombres y mujeres (48% de la muestra correspondió a hombres; mujer categoría de referencia). La *edad* se incorpora en una variable ordinal de tres niveles, que se distribuye de la siguiente forma: 18 a 39 años (43%), 40 a 59 años (34%), 60 años o más (23%). El nivel de educación formal de los encuestados identifica el mayor logro educativo alcanzado en una variable ordinal de tres categorías, que en su primer nivel incluye a quienes alcanzaron a completar educación primaria completa o menos (19.3%), en segundo nivel a quienes completaron la educación escolar completa (58.6%) y finalmente a quienes superaron este nivel y cursaron estudios superiores (20.5%). Finalmente, para el *estado civil* se identificó a través de una variable *dummie* a las personas casadas o que viven en pareja (40,5%) respecto del resto de las categorías posibles (soltero/viudo/separado como categoría de referencia).

Descriptivos N°4: Variables sociodemográficas



| | Género | | Estado Civil | | Nivel Educativo | | Segmento etario | | | | |
|--------|--------|------|--------------|------|-----------------|---------------|-----------------|-------|-------------|-----|------|
| | N | % | N | % | N | % | N | % | | | |
| Mujer | 679 | 53.3 | No casado | 723 | 57.2 | Básica | 226 | 17.8 | 18-39 años | 552 | 43,4 |
| Hombre | 594 | 46.7 | Casado | 542 | 42.8 | Media | 756 | 59.6 | 40-59 años | 431 | 33,9 |
| Total | 1273 | 100 | Total | 1265 | 100 | Universitaria | 286 | 22.5 | 60 o + años | 290 | 22,8 |
| | | | | | Total | 1268 | 100 | Total | 1273 | 100 | |

5. Estrategia de análisis

Para testear las hipótesis propuestas en torno a la relación entre el desacuerdo y el involucramiento político de los individuos, y testear particularmente si la distinción entre los tipos de lazos sociales aporta a una mejor descripción de la relación entre el desacuerdo que experimentan las personas y las distintas dimensiones del apego político descritas, se seguirá el siguiente plan de análisis:

En primer término, se busca evaluar si la incorporación de variables que incorporan por separado el desacuerdo percibido en redes de lazos fuertes y débiles constituye un aporte al estudio de la relación entre el desacuerdo y el involucramiento político (hipótesis 2), para lo cual se calculan modelos de regresión que tienen como variables dependientes los indicadores de involucramiento político en función de dos aproximaciones diferentes de evaluación del nivel de desacuerdo percibido, primero el desacuerdo promedio reportado por los encuestados al informar sobre todos los espacios en los que registraron CPI, y luego dos medidas diferentes que distinguen entre el promedio de desacuerdo con lazos fuertes y el promedio para los lazos débiles (controlando, en ambos casos, por la frecuencia de la CPI y el conjunto de características sociodemográficas reportada en la sección de metodología). Para evaluar qué aproximación resulta más adecuada al modelar los datos que relacionan el desacuerdo con el nivel de apego político de los individuos, se observan los indicadores de bondad de ajuste de ambas formas de incorporar los datos, tales como el AIC (Akaike Information Criterion) y el BIC (Bayesian Information Criterion), ya que ambos modelos coinciden en la especificación de todos los demás atributos o covariables y sólo se diferencian por la forma en que incorporan la frecuencia de la conversación y el nivel de desacuerdo.

En segundo término, se busca testear las hipótesis competitivas que buscan evaluar cuáles son las redes sociales en las que el desacuerdo percibido resulta más significativo en su relación con el involucramiento político de los ciudadanos (hipótesis 3a y 3b), además de la dirección de esta relación al distinguir entre lazos fuertes y débiles (hipótesis 4 y 5) y al evaluar los diversos indicadores de desacuerdo (hipótesis 6). Todo esto requiere el análisis de los coeficientes que reportan los modelos de regresión descritos previamente, de modo que resulta necesario analizar las diferencias que surgen de las diferentes aproximaciones para estimar cada una de las variables dependientes de involucramiento político antes de poder responder a ellas.

Es importante destacar que, como describe la sección de variables dependientes, todos los modelos incorporan entre los predictores la frecuencia de la conversación reportada por los entrevistados, ya sea para la conversación general (suma de todos los espacios sociales) como para la conversación con lazos fuertes (familia y amigos) o lazos débiles (vecinos y compañeros de trabajo o estudio). La importancia de considerar esta variable es que permite aislar efectivamente la relación del desacuerdo encontrado en la interacción, respecto de la intensidad o frecuencia con la que esta interacción se registra, haciendo más riguroso o conservador el análisis.

El modelamiento de las regresiones se adecua a las medidas propias de las variables dependientes utilizadas. Para la primera variable dependiente, que cuantifica la cantidad de actividades políticas realizadas durante el último año (participación política), se estiman regresiones logísticas que especifican su distribución Quasi-Poisson. Las restantes variables tienen un nivel de medida ordinal, por lo que se estimaron modelos logísticos ordinales.

Todos estos modelos generan coeficientes que representan razones de probabilidad y no, como sucede con los modelos lineales de mínimos cuadrados, la magnitud del cambio en la variable dependiente cuando se modifica una unidad de cada variable independiente. Para los modelos ordinales, aún más, el cálculo representa la probabilidad diferencial, acumulada, de que el conjunto de predictores se asocie a cada categoría de respuesta de la variable cualitativa dependiente.

Debido a esta condición para la lectura de los coeficientes, para simplificar la interpretación de los resultados se calculó el efecto marginal de las variables de desacuerdo sobre cada una de las variables dependientes (para todos los modelos), considerando un *sujeto promedio* que para Chile se ha descrito como una persona que es hombre, está casado (o tiene cónyuge), se encuentra en el tercer tramo de edad (entre 40 y 59 años), cuyo máximo nivel educativo es la enseñanza escolar completa, y que discute de política con una frecuencia promedio de acuerdo con los datos de la muestra. Cuando se trata de la evaluación del efecto marginal según tipo de lazos (fuertes o débiles, en vez de en la CPI general), se mantiene en el promedio el nivel de desacuerdo de la red no evaluada. Manteniendo todas estas condiciones “fijas”, los modelos se calcularon para los diferentes niveles de desacuerdo posibles, lo que permite adjudicar las variaciones en el resultado de la ecuación (si se produce), únicamente a la modificación de la variable de interés.

El análisis estadístico se realizó en el ambiente R, con las herramientas adecuadas para el análisis de las variables dependientes de acuerdo con su nivel de medida. Para las regresiones de recuento para participación se utilizó la función `glm` (especificación de datos = `quasipoisson`), y para las regresiones logísticas ordinales se utilizó el paquete `Ordinal`

(Christensen, 2019). Todos los modelos fueron ponderados considerando el diseño muestral complejo que caracterizó la recolección de los datos que se utilizan.

V. RESULTADOS

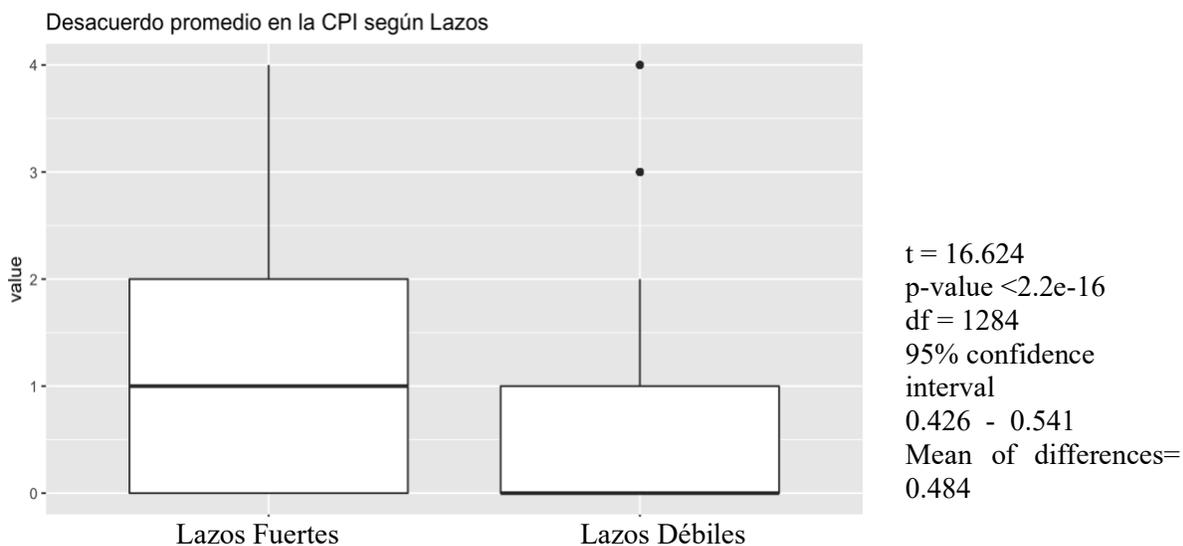
Siguiendo el plan de análisis descrito en la sección metodológica, la primera hipótesis de investigación, que predecía que los individuos encontrarían un mayor nivel de desacuerdos en la conversación política informal (CPI) que involucra a los lazos débiles (respecto de la que experimentan con lazos más cercanos o fuertes), un test de medias para el nivel de desacuerdo entre lazos fuertes y débiles –detallado en las gráficas N°1– confirma lo que ya se podía observar en la descripción de la distribución de ambas variables. En el caso chileno, al menos, la evidencia contradice completamente la hipótesis, ya que los individuos perciben un nivel significativamente mayor de desacuerdos en sus redes de lazos fuertes, las que incluyen a familiares y amigos ($t=16.624$; Mean of differences= 0.484; $p<0.001$).

Si incorporamos al análisis de las diferencias entre tipos de lazos sociales no sólo el nivel de desacuerdo encontrado, sino la intensidad de la interacción reportada, creando una variable de interacción entre ambos aspectos, es posible evidenciar que la distancia entre ambas redes se intensifica. En promedio, los encuestados no sólo perciben que se exponen a más discusiones desafiantes al interior de sus redes primarias, en comparación con relaciones sociales menos familiares, sino que además esta interacción es más frecuente. Esto es lo que se observa claramente en la segunda gráfica de la tabla N°1, que incorpora los resultados del test de medias que comprueba la significancia estadística de la diferencia ($p<0.001$).

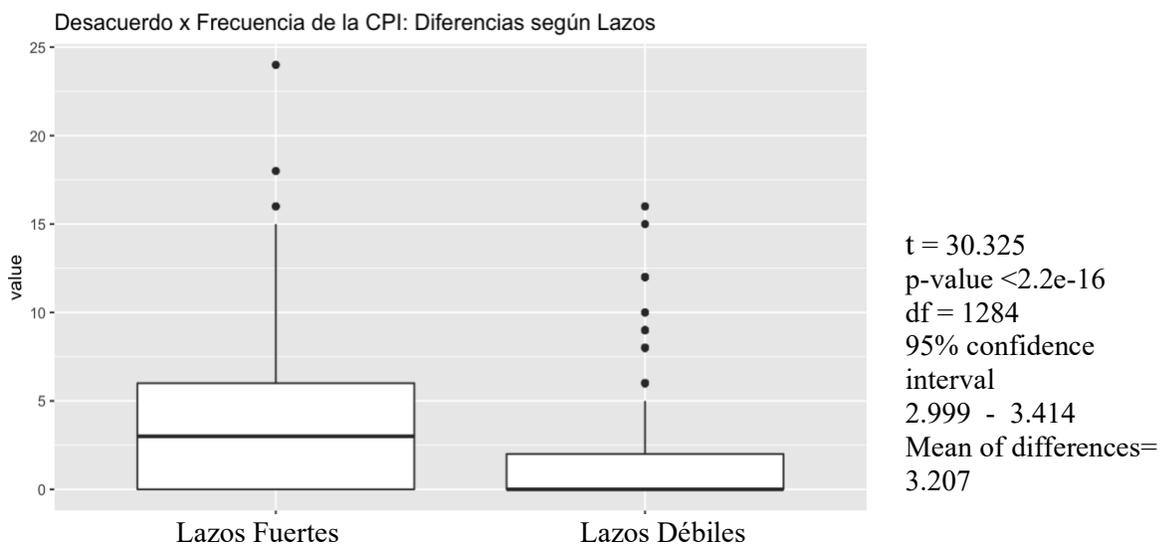
Las restantes hipótesis apuntan a la relación entre las variables de desacuerdo político y los indicadores de apego, al incorporar la fuerza de los lazos que caracterizan a las redes de conversación política informal (CPI).

Gráficas N°1: Test de medias para muestras relacionadas para nivel de desacuerdo según tipo de redes sociales

A. Diferencias en la exposición al desacuerdo en la CPI según la fuerza de los lazos



B. Diferencias por lazos en interacción: exposición al desacuerdo * Frecuencia de la CPI



Tras estimar los análisis de regresión descritos en la Metodología (tablas de resultados en sección de Anexos), se analiza si la incorporación de variables para los tipos de redes ofrece a un mejor ajuste de los datos. Posteriormente, la comparación del tamaño y signo de los coeficientes de estas variables, así como su nivel de significancia estadística, permite observar si existen diferencias entre ambos tipos de lazos. Tras realizar esta secuencia de análisis para cada indicador de apego político, se puede comprobar si las hipótesis planteadas se ajustan a los datos.

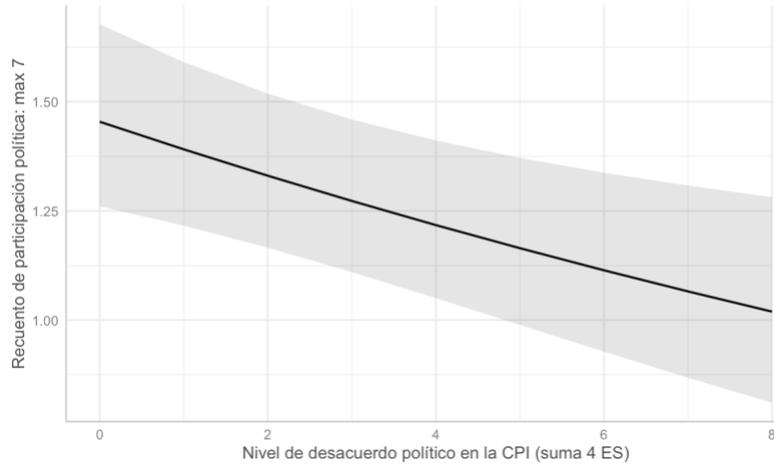
Las primeras variables que se analizan corresponden a dos indicadores centrales en la literatura asociada al *lado oscuro del desacuerdo* (Bello, 2012; Eveland & Hively, 2009; Lazarsfeld et al., 1944; D. C. Mutz, 2002b; Pattie & Johnston, 2009), participación política y la decisión del voto. Para la variable de **participación**, los dos modelos (que incorporan la CPI general o distinguiendo por tipos de lazos) presentan un ajuste similar a los datos, pero aún cuando incorpora dos parámetros adicionales al modelo, es discretamente superior el segundo (datos del AIC y Log Likelihood de Modelos 1A y 1B en tabla N°1, Anexos). La relación entre variables se presente en las Gráficas N°2, que evidencian una relación negativa y estadísticamente significativa entre el desacuerdo experimentado en la totalidad de la CPI y el nivel de participación política ($\beta = -0.067$, $p < 0.001$), que al distinguir por lazos sólo se mantiene significativa con las relaciones primarias, en igual dirección ($\beta = -0.129$, $p < 0.01$), lo que no sucede con los lazos débiles³. Mayor desacuerdo predice menor participación.

³ La frecuencia de la CPI, igualmente, sólo se asocia con la participación cuando se produce con relaciones cercanas, aunque muestra una relación positiva: a más discusión, mayor participación ($\beta = -0.102$, $p < 0.001$).

Gráficas N°2:

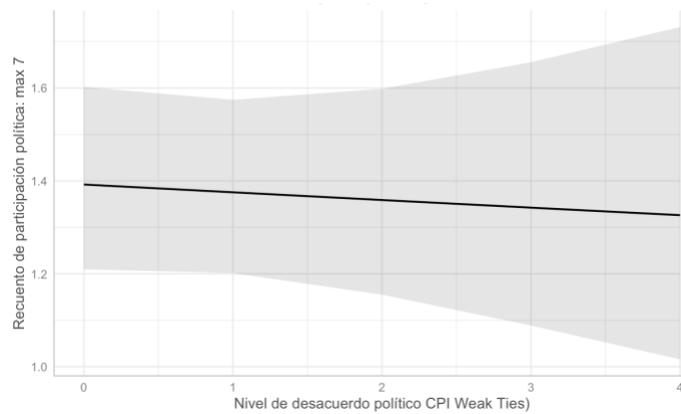
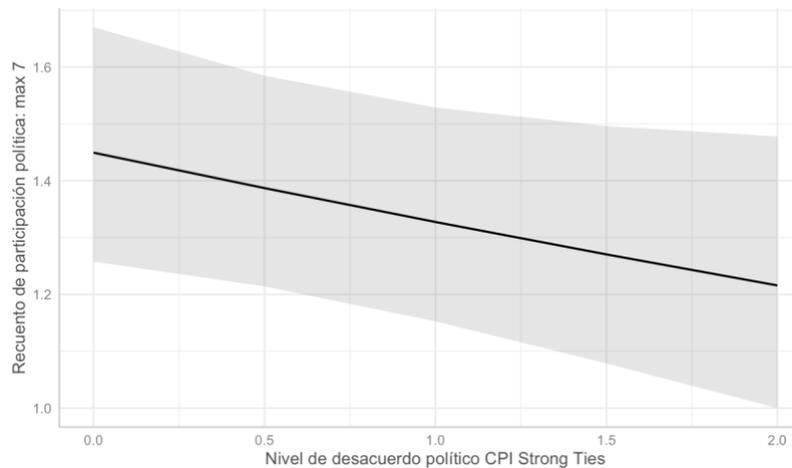
Valores predichos: participación política según nivel de exposición al desacuerdo

A. Modelo Desacuerdo General



B. Modelo Desacuerdo según Lazos

Arriba:
L. Fuertes
Bajo: L.
Débiles



*La relación entre el Desacuerdo con Lazos Débiles,
y la participación no es significativa*

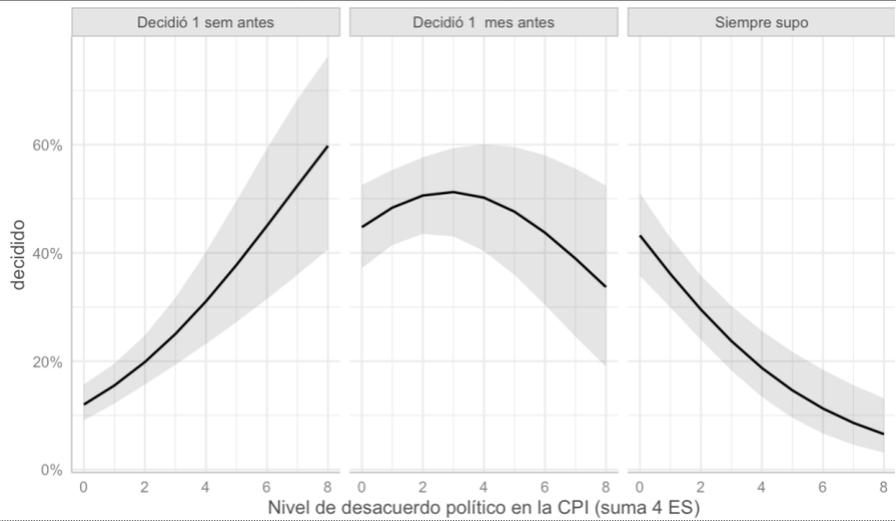
Respecto del **momento de decisión del voto**, que evalúa el nivel de dificultad o ambivalencia que enfrentaron los encuestados al elegir su candidato presidencial, contabilizando cuánto tiempo antes de la elección definieron su candidato (vs certeza en los valores más altos), los datos de ajuste son mixtos o no concluyentes. Mientras el modelo que observa la CPI general (Modelo 2A en Tabla de resultados en Anexos) registra un mejor ajuste según el criterio BIC, los restantes: el criterio AIC, Deviance y Log Likelihood, favorecen al modelo que distingue entre lazos (modelo 2B en la tabla). A la luz de estos datos, podría considerarse que el modelo que distingue lazos fuertes y débiles resulta superior, ya que permite añadir precisión para comprender qué tipo de relaciones sociales exponen a un tipo de desacuerdo político capaz de relacionarse con este indicador, y lo hace sin aumentar residuos o comprometer el nivel de ajuste entre los datos.

En cuanto a el comportamiento diferencial de las medidas de desacuerdo, las Gráficas N°3 muestran que nuevamente que el desacuerdo en general se asocia a mayor dificultad en la decisión del voto (más cercano al día de la elección) y que las diferencias políticas expresadas con los lazos débiles no tienen una asociación significativa, pero sí lo hacen los lazos fuertes. El desacuerdo general se asocia negativa y significativamente con la variable dependiente ($\beta = -0.199$, $p < 0.001$, modelo 3), pero su coeficiente es menor al que se reporta para el desacuerdo con lazos fuertes ($\beta = -0.332$, $p < 0.001$, en modelo 2B), manteniéndose el nivel de significancia, lo que confirma que efectivamente sólo en este espacio social, con las relaciones más estrechas, se concentra el tipo de experiencia que es relevante para este aspecto del involucramiento en política.

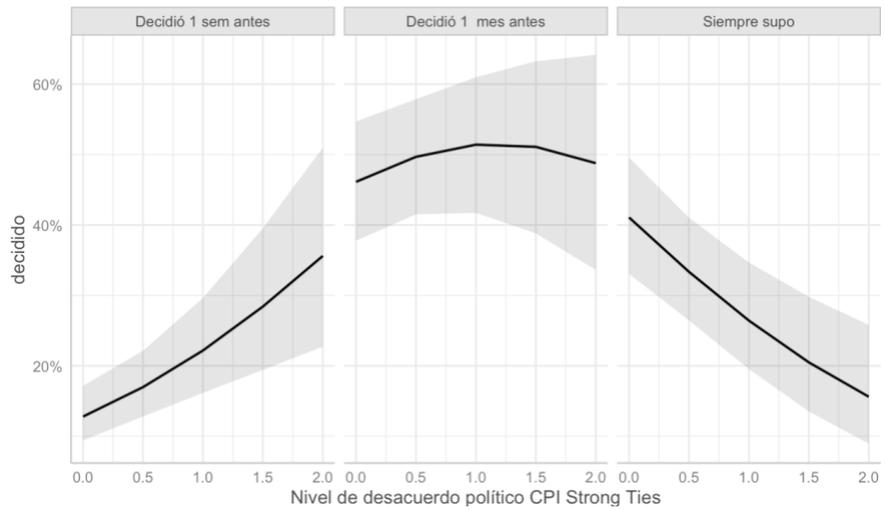
Gráficas N°3:

Valores predichos: decisión del voto según nivel de exposición al desacuerdo

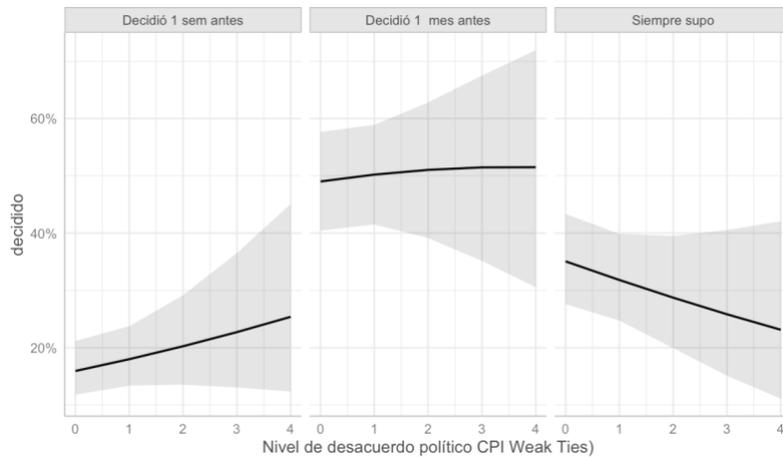
A. Modelo Desacuerdo General



B. Modelo Desacuerdo según Lazos



Arriba:
L.Fuertes
Abajo: L.
Débiles



Observación: la relación descrita en esta gráfica NO es significativa, $p > 0.05$

La primera curva que de las gráficas N°3 evidencia que al aumentar el nivel de desacuerdo percibido, aumenta la probabilidad de que en encuestado haya decidido por quien votar sólo una semana antes de la elección (algo que es menos marcado en la gráfica de desacuerdo en las redes débiles, lo que de hecho, es avalado por la falta de significancia del coeficiente para esta red). En el extremo opuesto, las curvas de la derecha muestran que cuando aumenta el desacuerdo disminuye la probabilidad de que el encuestado haya respondido que “siempre” supo por quien votar. Así, las gráficas de valores predichos muestran con mayor claridad cómo se materializa el coeficiente negativo del nivel de desacuerdo general y con lazos fuertes.

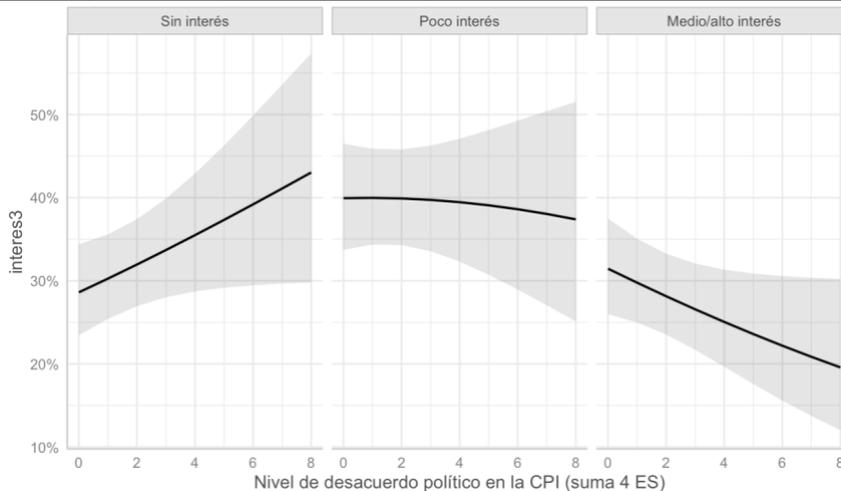
Respecto del **interés en política**, las gráficas N°4 describen que sólo cuando la variable de desacuerdo percibido incorpora la totalidad de la CPI reportada (suma de todos los espacios sociales) el desacuerdo se relaciona negativa y significativamente con este indicador ($\beta = -0.103$, $p < 0.01$, Modelo 3A). Mayor desacuerdo baja la probabilidad de que el encuestado reporte “mucho interés”, pero sucede lo contrario con la respuesta “Sin interés”. Pero si el desacuerdo se separa al distinguir la fuerza de los lazos (Modelo 3B), la relación entre las variables se diluye y sin importar el tipo de redes, ya sean fuertes o débiles, ninguna por sí sola alcanza una relación significativa con el interés político de los encuestados, a un nivel de confianza del 95%.

Lo interesante es que a pesar de no ser significativas las variables de desacuerdo en el Modelo 3B, que distingue por la fuerza de los lazos, los coeficientes de ajuste respaldan que es un mejor modelo que el que incorpora en conjunto el total del desacuerdo y frecuencia de la CPI.

Gráficas N°4:

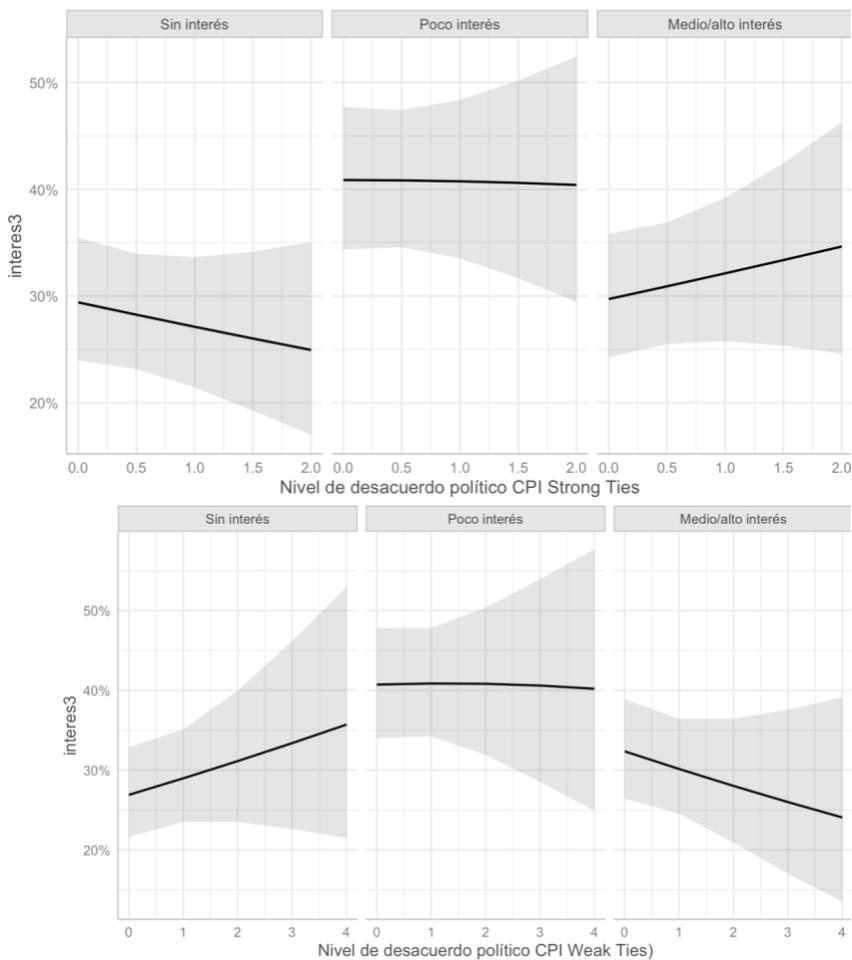
Valores predichos: interés político según nivel de exposición al desacuerdo

A. Modelo Desacuerdo General



B. Modelo Desacuerdo según Lazos

Arriba:
L.Fuertes
Abajo: L.
Débiles



Observación: la relación descrita en la gráfica que describe lazos débiles NO es significativa, $p > 0.05$

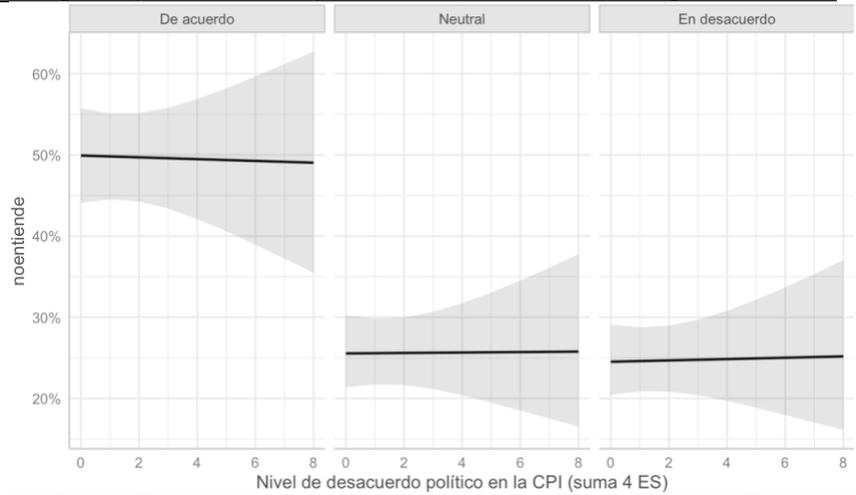
Como se observa en las Gráficas N°5, la variable de **eficacia interna** no se asocia al nivel de desacuerdo experimentado, no sólo al distinguir entre lazos, sino incluso respecto del registrado para la CPI total (tabla N°3, modelos 4A y 4B). Además, los estadísticos de bondad de ajuste de los modelos muestran la irrelevancia de distinguir entre tipos de lazos sociales, ya que se mantienen prácticamente intactos a pesar de la modificación en las mediciones incorporadas. La falta de significación estadística se evidencia en las gráficas N° 7, en las que se observan curvas prácticamente planas (horizontales), donde al aumentar el nivel de desacuerdo percibido (ejes X), no se modifica el nivel de autoeficacia política previsto por los modelos (ejes Y).

A pesar de no ser significativos los coeficientes de desacuerdo según lazos para ninguna de las variables de involucramiento político interno, es interesante analizarlas al reparar en que los coeficientes de las dos variables tienen signos diferentes. Sólo con las variables de apego político interno sucede que el desacuerdo con lazos fuertes tiene signo positivo, es decir predice que a mayor desacuerdo se observa más interés político (no significativamente, $\beta = 0.020$, $p > 0.05$, modelo 6) y eficacia política interna (no significativamente, $\beta = 0.052$, $p > 0.05$, modelo 8), mientras mayor desacuerdo en las redes débiles se asocia con un menos interés (no significativamente, $\beta = -0.109$, $p > 0.05$, modelo 6) y autoeficacia política (no significativamente, $\beta = -0.038$, $p > 0.05$, modelo 8). En definitiva, los datos informan que aún si el desacuerdo no es relevante para comprender el nivel de interés político y la autoeficacia política de los ciudadanos, discutir sobre diferencias políticas puede ser muy distinto si se viven con relaciones cercanas o más distantes.

Gráficas N°5:

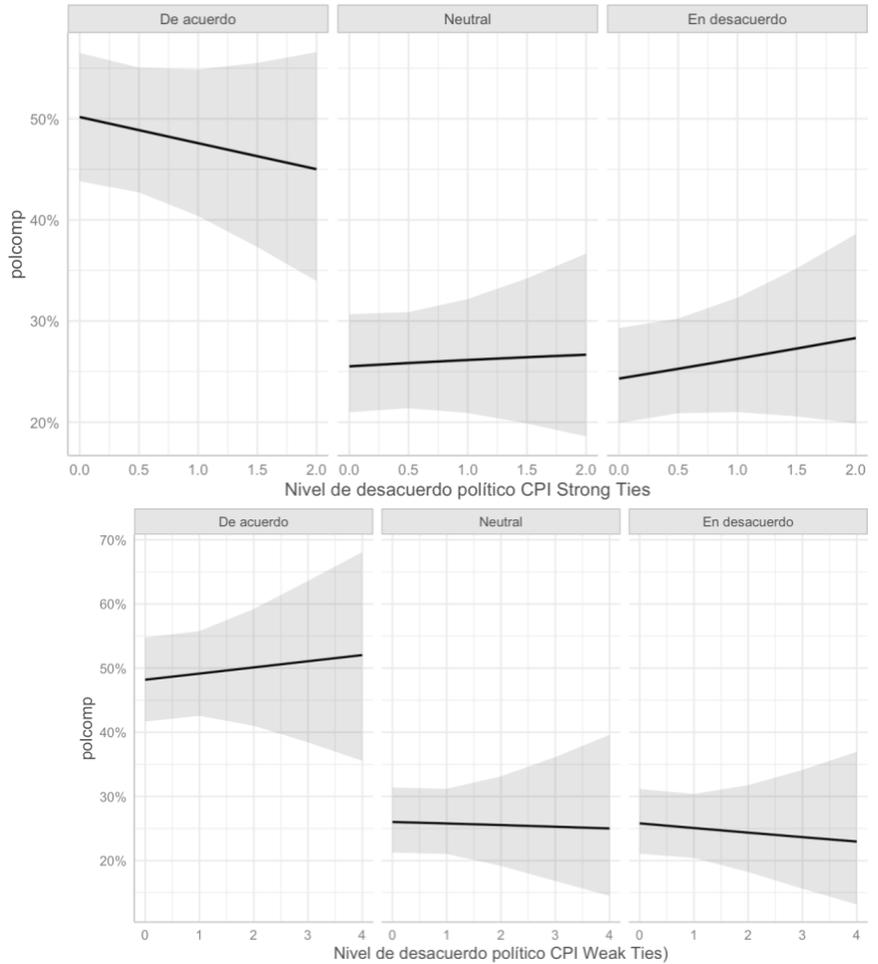
Valores predichos: eficacia política interna según nivel de exposición al desacuerdo
 “La política parece tan complicada que la gente como yo gente como yo no entiende lo que sucede”

A. Modelo Desacuerdo General



B. Modelo Desacuerdo según Lazos

Arriba:
L.Fuertes
Abajo: L.
Débiles



Observación: la relación descrita en la gráfica que describe lazos débiles NO es significativa, $p > 0.05$

Finalmente, la relación entre el desacuerdo y la dimensión externa del apego político se observa con las siguientes dos variables, asociadas a la dimensión externa del apego político y a la eficacia política externa. Para la percepción de que a los políticos no les importa lo que piensa la gente común, así como respecto del elitismo político, asociado a la percepción de que los políticos sólo defienden los intereses de la clase política, los ricos y poderosos, el ajuste entre modelos para CPI general o distinguiendo por lazos no es relevante (Modelos 5^a, 5B y 6^a, 6B).

En los modelos asociados a la percepción de receptividad de las autoridades, el criterio AIC apoya el aporte de la distinción entre tipo de red (modelo 5A), pero el criterio de BIC informa lo contrario (respaldo a modelo 5B). Respecto de los modelos de percepción de elitismo, el AIC no permite distinguir diferencias, mientras el BIC respalda el mejor ajuste, aunque muy marginal, del modelo que incorpora los atributos de red de CPI en general (modelo 6A). En cualquier caso, se podría defender que en el análisis del apego político externo, los modelos que distinguen entre tipos de lazos no ofrecen peor ajuste que aquellos, aún cuando incluyen parámetros adicionales para observar iguales atributos.

Como sucedía con el primer bloque de variables, la percepción de receptividad de los políticos, nuevamente el son las discrepancias políticas que se viven con las relaciones más cercanas las más relevantes ($\beta = 0.258$, $p < 0.001$, modelo 10), siendo también significativa la percepción general de desacuerdos en la CPI ($\beta = 0.222$, $p < 0.001$, modelo 5B). De hecho, observamos que el coeficiente es mayor para la variable que excluye la interacción con las relaciones secundarias.

Pero a diferencia de las primeras variables, en este caso la relación es significativamente positiva, de modo que mayor desacuerdo aumenta la probabilidad de

expresar niveles más altos en la variable dependiente, es decir, de tener una percepción más positiva respecto de la clase política.

Las gráficas N°6 muestran que a mayor nivel de desacuerdo percibido crece la probabilidad de que un individuo se manifieste “en desacuerdo” respecto de que los políticos no están interesados en lo que piensa un ciudadano común, mientras disminuye la probabilidad de estar “de acuerdo” con esta afirmación. Pero esto sucede únicamente cuando se observa la percepción general de desacuerdo en la CPI (modelo 5A), o únicamente con lazos fuertes (modelo 5B).

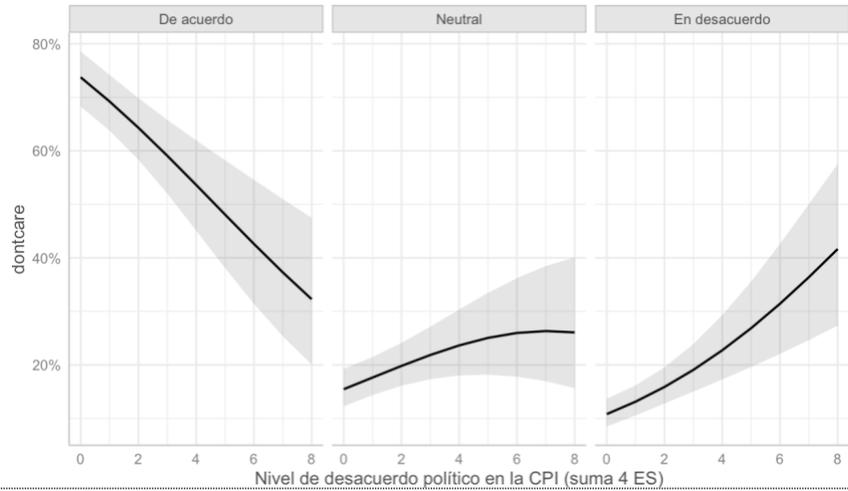
Una situación similar se observa en los modelos asociados a la percepción de elitismo político, observado como el nivel de acuerdo con una frase que afirma que los políticos buscan proteger únicamente los intereses de ricos y poderosos. Sólo cuando se vive con los lazos fuertes el desacuerdo se asocia a la variable, pero al comparar los coeficientes del desacuerdo general ($\beta = 0.179$, $p < 0.001$, modelo 6A) y con lazos fuertes ($\beta = 0.144$, $p < 0.05$, modelo 6B), se observa que no sólo baja la magnitud de la relación, sino que ésta pierde parte de su significación estadística.

La relación entre las variables se presenta en las gráficas N°7, donde se observa que las pendientes de las curvas de desacuerdo general (modelo 6A) y de acuerdo al tipo de lazos (modelo 6B) son realmente muy similares, mostrando a nivel general que a mayor exposición al desacuerdo aumenta la probabilidad de manifestar desacuerdo respecto de la afirmación, mientras sucede lo contrario con la probabilidad de responder “de acuerdo”, de modo que las personas con mayor desacuerdo tienen mayor probabilidad de considerar que los políticos no sólo defienden intereses que protegen a la elite económica y política del país.

Gráficas N°6:

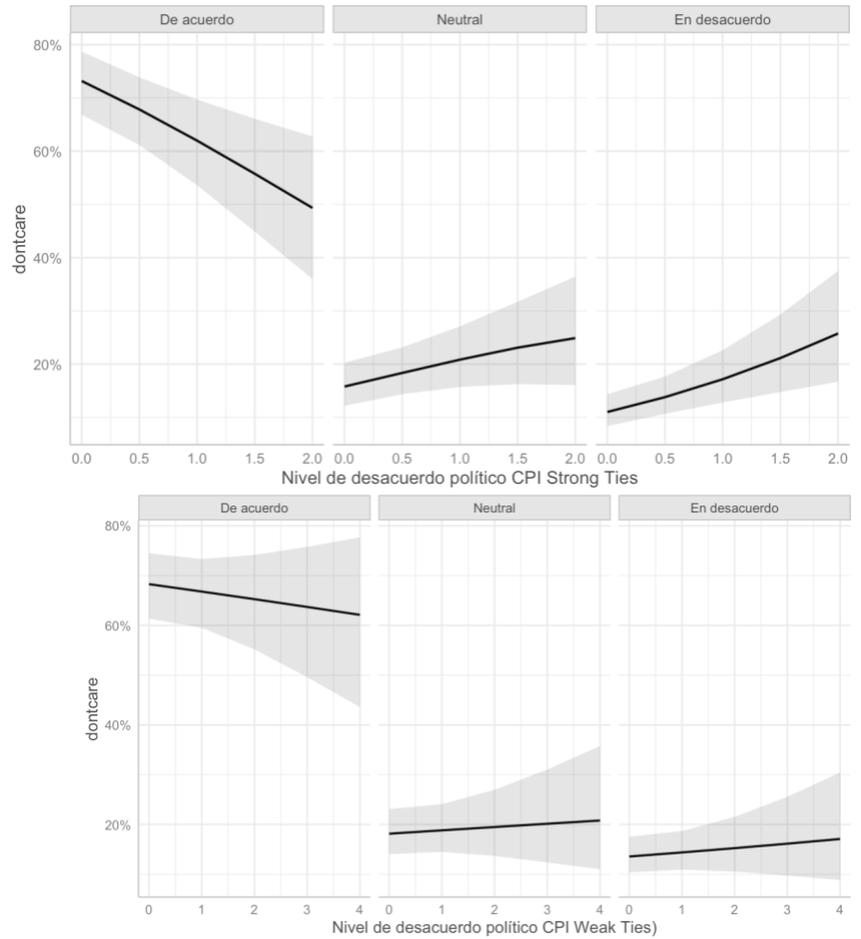
Valores predichos: eficacia pol. externa (políticos no receptivos) según exposición al desacuerdo: “A los políticos no les importa lo que piensa gente como yo”

A. Modelo Desacuerdo General



B. Modelo Desacuerdo según Lazos

Arriba: L.Fuertes
Abajo: L. Débiles

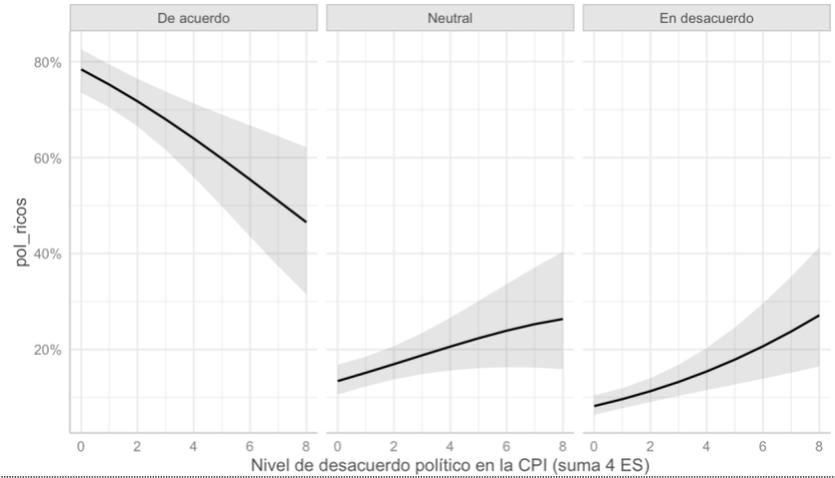


Observación: la relación descrita en la gráfica que describe lazos débiles NO es significativa, $p > 0.05$

Gráficas N°7:

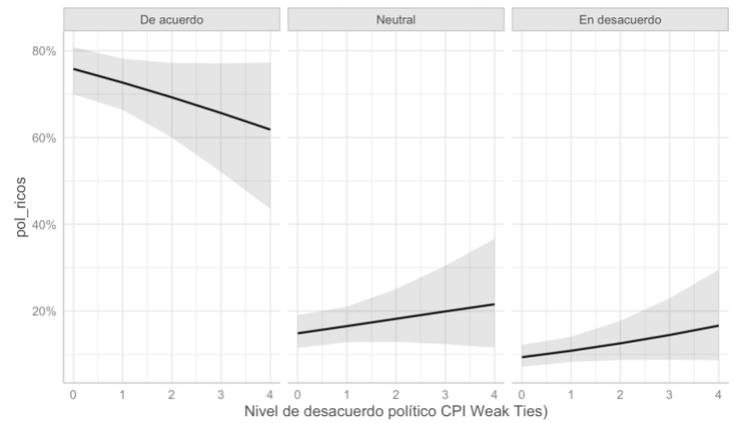
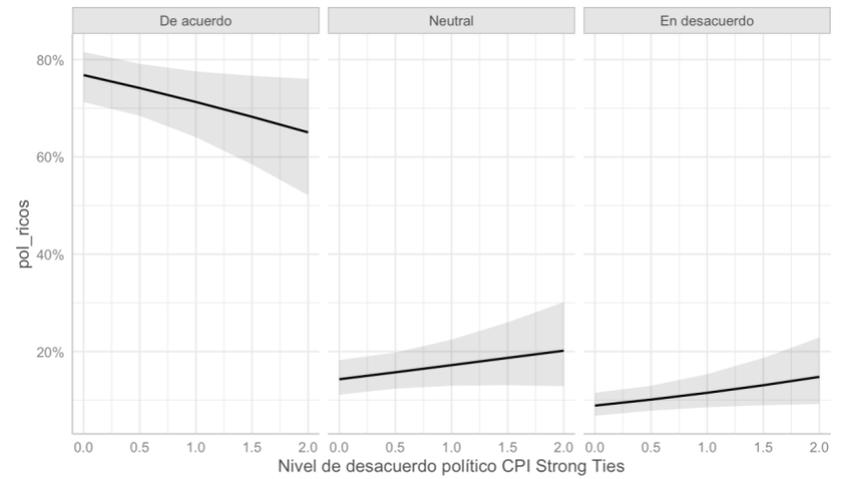
Valores predichos: eficacia pol. externa (elitismo político) según exposición al desacuerdo
“Los políticos sólo defienden a la clase política, los ricos y los poderosos”

A. Modelo Desacuerdo General



B. Modelo Desacuerdo según Lazos

Arriba:
L.Fuertes
Abajo: L.
Débiles



Observación: la relación descrita en la gráfica que describe lazos débiles NO es significativa, $p > 0.05$

Tras revisar los resultados que ofrece el análisis para la totalidad de los indicadores de involucramiento político incorporados, finalmente es posible comenzar a despejar la información asociada a las hipótesis planteadas.

La segunda hipótesis planteaba que la incorporación de la perspectiva de los lazos al estudio del desacuerdo realizaría una contribución al modelamiento de los datos, particularmente en torno a indicadores de involucramiento político. La revisión de los diversos criterios de bondad de ajuste ha permitido comparar los modelos que incorporan el desacuerdo general o diferenciando entre tipos de lazos, ofreciendo un apoyo moderado a la hipótesis nº2. Las diferencias, en realidad, son muy modestas. Sin embargo, el criterio de BIC, y únicamente respecto un segmento de las variables dependientes, informa que los datos están mejor modelados sin distinguir entre tipo de redes sociales, mientras los criterios de Deviance, Log Likelihood y AIC respaldan consistentemente que el ajuste de los modelos que diferencian entre lazos fuertes y débiles es superior.

Por otra parte, contar con variables diferentes para el desacuerdo según la fuerza de los lazos ha permitido observar que no basta con capturar el nivel de desacuerdo que experimentan los ciudadanos. Con quién, o con qué tipo de relaciones sociales se genera el desacuerdo, es una dimensión clave, con consecuencias empíricas demostradas por los análisis previamente descritos. Esto permite poner a prueba las hipótesis competitivas planteadas (versión a y b de la hipótesis 2), a partir de las cuales se buscaban identificar en qué tipo de redes sociales, fuertes o débiles, el desacuerdo evidencia una asociación más significativa y relevante. Los datos muestran con claridad que el desacuerdo es significativo únicamente cuando se produce con las relaciones más estrechas, a nivel transversal entre

todas las variables dependientes incorporadas en el análisis. En definitiva, la hipótesis 3b se rechaza, a favor de la hipótesis 3a.

En cualquier caso, vale la pena destacar que esta hipótesis planteaba que la relación y nivel de significancia estadística de las variables asociadas a los lazos fuertes sería mayor que respecto de las relaciones más distantes. Y los datos ofrecen una visión más extrema, al informar que los lazos débiles son sistemáticamente irrelevantes en términos del fenómeno que se analiza. La frecuencia de la conversación con lazos débiles muestra una relación significativa con algunos de los indicadores (interés, eficacia política interna y percepción de receptividad de los políticos), pero el desacuerdo percibido en ellas no se asocia significativamente con ninguna de las variables dependientes analizadas. En cambio, la frecuencia de la CPI con la red primaria es relevante para todas las variables analizadas, salvo la eficacia interna, y el desacuerdo en ellas es relevante para el análisis de cuatro de las seis variables analizadas. Sólo resulta irrelevante para la dimensión más interna del involucramiento político (interés político y eficacia interna),

Respecto de las hipótesis 4 y 5, que predecían el tipo de asociación entre las variables, los datos en realidad no permiten confirmarlas ni rechazarlas completamente. La discusión asociada a los mecanismos de movilización/desmovilización del desacuerdo, auguraba que la relación sería potencialmente positiva cuando el desacuerdo se experimenta con lazos débiles, y del signo opuesto al involucrar las relaciones más fuertes. Lo que vemos, en cambio, es que la dirección de la relación no depende del tipo de lazos (salvo para el caso único del interés político), sino del tipo de indicadores analizados.

Para las variables de participación y decisión del voto, la relación con el desacuerdo -general o con lazos fuertes- es negativa, pero sucede exactamente lo contrario con las

actitudes que capturan la dimensión externa del apego. Para la dimensión interna, finalmente, la dirección de la asociación estadística es irrelevante, porque no es significativa estadísticamente.

Este hallazgo permite, finalmente, responder a la hipótesis 6, que predecía que la asociación estadística entre desacuerdo y apego político sería mayor para los indicadores de apego político más visibles y externos, lo que claramente se comprueba en este caso.

VI. DISCUSIÓN

Si el sello distintivo de una democracia es el derecho de las personas para participar en ella, vale la pena explorar las múltiples dimensiones que permitan comprender la decisión de cada vez más los ciudadanos de abstenerse de ejercer sus derechos e involucrarse en las decisiones que dan forma a su sociedad. Una de ellas, de acuerdo con un robusto cuerpo de estudios, es la influencia que ejercen las redes de interacción social de los ciudadanos, siendo el nivel de exposición a visiones desafiantes una dimensión relevante (Eveland & Hutchens, 2009; Huckfeldt et al, 2003; Mutz, 2002, 2006; Sinclair, 2012).

De ahí el propósito de este estudio: aportar al conocimiento existente sobre la relación entre el desacuerdo y la participación política de los ciudadanos desde una perspectiva hasta ahora escasamente explorada, la fuerza de las relaciones con las cuales se experimentan, al tiempo de abrir el análisis del desacuerdo hacia indicadores más amplios del involucramiento político, incluyendo actitudes políticas que abarcan más ampliamente el apego político.

Los resultados de este estudio, en primer lugar, suman evidencia empírica a la observación de un vínculo significativo entre diversas dimensiones del involucramiento político y la exposición conversaciones que permiten acceder a puntos de vista diferentes de los propios. Controlando por la frecuencia con la que se registran estas interacciones, el nivel de desacuerdo exhibe una asociación significativa respecto de diversos indicadores de involucramiento político: participación, decisión del voto, interés político y aspectos diversos de la eficacia política.

Pero aporte más sustantivo que realiza este trabajo es demostrar el rol moderador de la fuerza de los lazos que conectan a los actores sociales en la relación existente entre el nivel de desacuerdo que encuentran y numerosas dimensiones de apego político. Aún cuando la

literatura ha mostrado una y otra vez que las redes secundarias son, respecto de las redes centrales, espacios más diversos, heterogéneos en múltiples dimensiones, no son las redes débiles la principal fuente de exposición a desacuerdos políticos, conversaciones en las que se explicitan las diferencias y se hace real la capacidad de conocer puntos de vista diferentes, argumentos antes desconocidos, que impulsan a la reflexión y la búsqueda de argumentos.

Tampoco son el espacio en el desacuerdo resulta más significativo. Son sistemáticamente los lazos más íntimos los que proveen más discusión y más desacuerdo, pero más importante, experiencias en las que este desacuerdo resulta significativo en su relación con los indicadores de apego político interno y externo. Para cuatro de las seis variables de apego político analizados, las asociadas a la participación y decisión del voto, como las dos actitudinales de apego externo, es el desacuerdo experimentado con los lazos fuertes el responsable de la relación con las variables dependientes. En todos estos casos la variable que captura el desacuerdo general evidencia una relación similar o algo menor que aquella que únicamente refiere a las redes más cercanas. Para las restantes variables, ninguna red social por sí sola resulta significativa.

¿Por qué son las redes cercanas sistemáticamente más relevantes cuando se analiza la exposición a desacuerdos políticos? En línea con la discusión sobre los mecanismos teóricos que podrían dar luces sobre el origen de esta asociación, la cualidad central de las redes cercanas es que contienen a las relaciones más significativas de cada individuo, las personas con las cuales existe el mayor grado de confianza y estima mutua (Granovetter, 1973), y al mismo tiempo son los espacios sociales con mayor nivel de cohesión interna, fruto de la interconectividad entre los actores que pertenecen a ella. El componente emocional es central

en estos espacios, lo que las hace especialmente potentes en términos de su capacidad para ejercer presión social.

Pero si sólo la presión social pudiera explicar la relación entre las variables, sistemáticamente habríamos encontrado asociaciones negativas, lo que no sucede con las variables de eficacia política externa. Si las personas tienden a participar menos en actividades políticas y manifiestan más dificultad para definir por quién votar en una elección en la medida en que aumenta el nivel de desacuerdo político que experimentan en sus entornos más cercanos, la incomodidad del desacuerdo o la aversión al conflicto parecen explicaciones muy razonables. Pero es difícil explicar que la percepción de las autoridades democráticas mejore a la par del desacuerdo con las relaciones cercanas.

Esto demuestra la utilidad de abordar diversos indicadores de apego político en el estudio del desacuerdo, ya que no es posible inferir que los resultados de estudios previos, enfocados mayoritariamente en la participación política, pueden extenderse a toda expresión del involucramiento de los ciudadanos en política. Aquí reside la segunda contribución relevante de este estudio, al mostrar que el desacuerdo no sólo es importante para la variable más abordada por esta literatura, la participación política. Tras el análisis de seis diferentes indicadores de apego político, se observa que no sólo varía la relación en términos del nivel de significación estadística, sino en la dirección de esta relación. Los resultados que han analizado la participación política no pueden simplemente extenderse a todas las dimensiones que tiene el involucramiento de los ciudadanos en sus sistemas políticos.

El análisis conjunto de diversas variables independientes permite comprobar que el desacuerdo, si bien se asocia a menos participación política y mayor ambivalencia en la decisión del voto, se asocia positivamente a dimensiones externas del apego político,

percepciones relacionadas con una la visión de la clase política como receptiva y preocupada de lo que demandan los ciudadanos comunes y corrientes. Y otras dimensiones, más internas, como el interés en política y la autoeficacia política, sólo parecen asociarse con el desacuerdo, y en menor medida, cuando se suma la totalidad de la conversación política experimentada en todo tipo de espacios sociales. Ningún espacio social se asocia de manera independiente al desacuerdo.

Una explicación potencial es que, como informaba Sinclair (2012), el nivel de intimidad o cercanía de las relaciones sociales potencia la capacidad de ser espacios de influencia, pero al mismo tiempo, los mecanismos de recompensas y castigos propios de la presión que ejercen los pares son especialmente eficaces en torno a comportamientos o aspectos visibles, que hacen más fácil el monitoreo de los miembros de una red al apego de todos a la norma. Para aspectos actitudes o aspectos menos visibles, podría suceder que la incomodidad propia del desacuerdo sea menos relevante, permitiendo que aspectos cognitivos asociados al intercambio de información y la necesidad de mayor reflexión personal puedan desencadenarse, permitiendo explicar una asociación positiva entre el desacuerdo y la eficacia política externa.

Es relevante, en cualquier caso, considerar que los datos provienen de un contexto en el que es escasa la disposición de los ciudadanos a relacionarse con individuos diferentes así mismos y en los que una parte relevante de la población exhibe altos niveles de autocensura (Bargsted et al, 2019; Etchegaray et al, 2018), lo que podría hacer de Chile un escenario particularmente potente en términos de la relevancia relativa de las redes primarias, así como de la presión social capaces de ejercer. Por eso, parece necesario mirar con cautela los

resultados, considerando que probablemente la situación de este país no describa una situación universalmente válida.

Adicionalmente, para los hallazgos en torno a la participación política y la decisión del voto vale la pena hacer una reflexión adicional, a dos décadas del controversial debate académico generado por los hallazgos de Diana Mutz (2002). Aunque vale la pena recalcar nuevamente que el caso de Chile presenta ciertas particularidades, este estudio presenta resultados sólidos de la asociación negativa y estadísticamente significativa de ambas variables respecto del desacuerdo, ya sea percibido en la conversación política en general, como en la centrada exclusivamente en las relaciones primarias.

Es importante abordar también las limitaciones de este estudio. La primera y más evidente refiere al uso de datos de encuesta, que descansan en el auto-reporte, que permite sólo medidas indirectas, con cierto grado de imprecisión, sujeto a la autopercepción de los encuestados.

Otra importante limitante es que, a pesar de las fortalezas y el aporte que constituyen los datos de CNEP, al abordar parte de las interacciones menos cercanas, estas medidas son aún mejorables. Mientras la familia y los amigos permiten capturar parte sustantiva de las relaciones más fuertes de los individuos, es claro que los vecinos y compañeros de trabajo o estudios no recogen la amplia gama de conocidos, amigos de amigos y relaciones poco íntimas que forman parte de la vida cotidiana de los ciudadanos.

Una limitación refiere a la naturaleza transversal de los datos. Aunque este trabajo ha utilizado con cautela el concepto de asociación o relación entre variables para reportar hipótesis, análisis y resultados, parte de la literatura previa alude a la influencia que el desacuerdo ejerce sobre la presencia o nivel de otras variables dependientes. Es cierto que

algunos estudios previos, usando datos de panel, han ofrecido respaldo a la idea de que es el desacuerdo el que impacta sobre la participación política, el interés y otros indicadores políticos, no al revés (Eveland et al., 2005a; Eveland y Thomson, 2006, Shah, Cho, Eveland y Kwak, 2005). Sin embargo, este estudio utiliza únicamente mediciones transversales, que de ningún modo permiten realizar inferencias causales, dado lo cual es fundamental interpretar los hallazgos simplemente como asociaciones en las que no es posible aislar causa y efecto.

En estudios posteriores será interesante explorar medidas más detalladas de comunicación política en una mayor gama de espacios sociales diversos, idealmente incorporando datos de panel, para incorporar medidas más completas para la interacción que se genera más allá de las relaciones más estrechas. Adicionalmente, será interesante ampliar el análisis hacia contextos sociales más diversos, para indagar desde una perspectiva comparada el peso de la cultura, los patrones de comunicación autoritaria y los contextos históricos en la conversación política entre los ciudadanos, permitiendo evaluar hasta qué punto la centralidad de las redes primarias se extiende más allá del contexto del presente estudio.

VII. ANEXOS

1. Modelos para variables de participación política y decisión del voto

| | Participación Política | | Decisión del voto | |
|-----------------------------|------------------------|---------------------|----------------------|----------------------|
| | M1A | M1B | M2A | M2B |
| (Intercept) | 0.093 (0.078) | 0.026 (0.081) | | |
| Edad 40-59 | 0.043 (0.050) | 0.057 (0.050) | 0.272* (0.163) | 0.321* (0.164) |
| Edad 60+ | 0.070 (0.056) | 0.058 (0.056) | 0.758*** (0.191) | 0.772*** (0.192) |
| Mujeres | -0.052 (0.042) | -0.058 (0.042) | -0.117 (0.139) | -0.136 (0.140) |
| Casados | -0.038 (0.044) | -0.042 (0.044) | 0.263* (0.144) | 0.252* (0.144) |
| Edu. Media | 0.274*** (0.063) | 0.239*** (0.064) | 0.554*** (0.203) | 0.488** (0.206) |
| Edu. Universitaria | 0.351*** (0.071) | 0.312*** (0.072) | 0.532** (0.233) | 0.456* (0.236) |
| Frecuencia CPI <u>gral.</u> | 0.084*** (0.009) | | 0.160*** (0.033) | |
| Desacuerdo General | -0.057*** (0.015) | | -0.299*** (0.055) | |
| <u>Frec. CPI L.Fuertes</u> | | 0.085*** (0.028) | | 0.285*** (0.100) |
| <u>Frec. CPI L.Débiles</u> | | 0.039** (0.019) | | -0.013 (0.069) |
| Desacuerdo L.Fuertes | | -0.081* (0.047) | | -0.663*** (0.166) |
| Desacuerdo L.Débiles | | -0.049 (0.034) | | -0.146 (0.119) |
| AIC | 3937.579 | 3929.421 | 1540.168 | 1535.984 |
| BIC | 3983.971 | 3986.121 | 1587.316 | 1592.561 |
| Log Likelihood | -1959.790 | -1953.710 | -760.084 | -755.992 |
| Deviance | 1106.498 | 1094.340 | 1520.168 | 1511.984 |
| Num. obs. | 1280 | 1280 | 825 | 825 |

* $p < .05$; ** $p < .01$; *** $p < .001$

2. Modelos para variables de apego político interno: Interés y Eficacia Interna

| | Interés político | | Eficacia interna | |
|-----------------------------|---------------------|---------------------|----------------------|----------------------|
| | M3A | M3B | M4A | M4B |
| Edad 40-59 | -0.003 (0.133) | 0.062 (0.134) | -0.261** (0.132) | -0.249* (0.132) |
| Edad 60+ | 0.639*** (0.152) | 0.609*** (0.153) | 0.294** (0.143) | 0.278* (0.143) |
| Mujeres | -0.137 (0.112) | -0.185 (0.113) | -0.327*** (0.110) | -0.332*** (0.110) |
| Casados | -0.214* (0.118) | -0.256** (0.119) | -0.063 (0.116) | -0.071 (0.116) |
| Edu. Media | 0.483*** (0.152) | 0.339** (0.154) | 0.409*** (0.149) | 0.366** (0.151) |
| Edu. Universitaria | 0.965*** (0.185) | 0.806*** (0.187) | 1.007*** (0.178) | 0.960*** (0.181) |
| Frecuencia CPI <u>gral.</u> | 0.381*** (0.030) | | 0.138*** (0.025) | |
| Desacuerdo General | -0.079* (0.041) | | 0.004 (0.039) | |
| <u>Frec.CPI L.Fuertes</u> | | 0.378*** (0.084) | | 0.064 (0.078) |
| <u>Frec.CPI L.Débiles</u> | | 0.162*** (0.061) | | 0.107** (0.055) |
| Desacuerdo L.Fuertes | | 0.113 (0.125) | | 0.103 (0.120) |
| Desacuerdo L.Débiles | | -0.103 (0.096) | | -0.038 (0.091) |
| AIC | 2441.810 | 2409.373 | 2596.059 | 2597.762 |
| BIC | 2493.219 | 2471.064 | 2647.380 | 2659.348 |
| Log Likelihood | -1210.905 | -1192.687 | -1288.029 | -1286.881 |
| Deviance | 2421.810 | 2385.373 | 2576.059 | 2573.762 |
| Num. obs. | 1263 | 1263 | 1252 | 1252 |

* $p < .05$; ** $p < .01$; *** $p < .001$

3. Modelos para variables de apego político externo: Eficacia Política Externa

| | Eficacia externa 1: Receptividad de políticos | | Eficacia externa 2: Elitismo de políticos | |
|------------------------------|--|----------------------|--|---------------------|
| | M5A | M5B | M6A | M6B |
| Edad 40-59 | -0.363** (0.156) | -0.381** (0.157) | -0.180 (0.151) | -0.209 (0.152) |
| Edad 60+ | 0.013 (0.168) | 0.037 (0.169) | 0.101 (0.165) | 0.120 (0.166) |
| Mujeres | -0.236* (0.129) | -0.225* (0.129) | -0.117 (0.126) | -0.108 (0.126) |
| Casados | -0.213 (0.137) | -0.206 (0.137) | 0.118 (0.132) | 0.133 (0.132) |
| Edu. Media | -0.152 (0.173) | -0.088 (0.176) | 0.118 (0.176) | 0.179 (0.179) |
| Edu. Universitaria | 0.032 (0.204) | 0.113 (0.207) | 0.459** (0.202) | 0.532*** (0.205) |
| Frecuencia CPI <u>gral.</u> | 0.016 (0.029) | | -0.026 (0.029) | |
| Desacuerdo General | 0.222*** (0.045) | | 0.179*** (0.045) | |
| <u>Frec. CPI L. Fuertes</u> | | -0.262*** (0.091) | | -0.153* (0.089) |
| <u>Frec. CPI L. Débiles</u> | | 0.171*** (0.060) | | 0.059 (0.061) |
| Desacuerdo L. Fuertes | | 0.515*** (0.142) | | 0.289** (0.140) |
| Desacuerdo L. Débiles | | 0.068 (0.099) | | 0.165* (0.100) |
| AIC | 1932.121 | 1927.769 | 1996.870 | 1996.758 |
| BIC | 1983.448 | 1989.362 | 2048.202 | 2058.357 |
| Log Likelihood | -956.060 | -951.885 | -988.435 | -986.379 |
| Deviance | 1912.121 | 1903.769 | 1976.870 | 1972.758 |
| Num. obs. | 1252 | 1252 | 1253 | 1253 |

* $p < .05$; ** $p < .01$; *** $p < .001$

VIII. REFERENCIAS

Ardèvol-Abreu, A., Diehl, T., & Gil de Zúñiga, H. (2019). Antecedents of internal political efficacy incidental news exposure online and the mediating role of political discussion. *Politics*, 39(1), 82-100.

Arendt, H. (s. f.). *Between Past and Future* (New York, 1968). *Arendt* 7 *Between Past and Future* 1968, 7.

Asch, S. E. (1956). Studies of independence and conformity: I. A minority of one against a unanimous majority. *Psychological monographs: General and applied*, 70(9), 1.

Balch, G. I. (1974). Multiple indicators in survey research: The concept "sense of political efficacy". *Political Methodology*, 1-43.

Bargsted, M., Somma, N. M., & Muñoz-Rojas, B. (2019). Participación electoral en Chile. Una aproximación de edad, período y cohorte. *Revista de ciencia política (Santiago)*, 39(1), 75-98.

Bargsted Valdés, M. A., Espinoza, V., & Plaza, A. (2020). Pautas de homofilia en Chile. *Papers: revista de sociologia*, 105(4), 0583-0612.

Baybeck, B., & Huckfeldt, R. (2002). Urban contexts, spatially dispersed networks, and the diffusion of political information. *Political Geography*, 21(2), 195-220.

Bekkers, R., Völker, B., Van der Gaag, M., & Flap, H. (2008). Social networks of participants in voluntary associations. *Social capital: An international research program*, 185-205.

Bello, J. (2012). The dark side of disagreement? Revisiting the effect of disagreement on political participation. *Electoral Studies*, 31(4), 782-795.

Bennett, S. E., Flickinger, R. S., & Rhine, S. L. (2000). Political talk over here, over there,

over time. *British Journal of Political Science*, 99-119.

Ben-Nun Bloom, P., & Levitan, L. C. (2011). We're Closer than I Thought: Social Network Heterogeneity, Morality, and Political Persuasion: Social Network Heterogeneity, Morality, and Persuasion. *Political Psychology*, 32(4), 643-665. <https://doi.org/10.1111/j.1467-9221.2011.00826.x>

Berelson, B. R., Lazarsfeld, P. F., & McPhee, W. N. (1986). *Voting: A study of opinion formation in a presidential campaign*. University of Chicago Press.

Bernard, H. R., Johnsen, E. C., Killworth, P. D., McCarty, C., Shelley, G. A., & Robinson, S. (1990). Comparing four different methods for measuring personal social networks. *Social networks*, 12(3), 179-215.

Campbell, S. W., & Kwak, N. (2010). Mobile Communication and Civic Life: Linking Patterns of Use to Civic and Political Engagement. *Journal of Communication*, 60(3), 536-555. <https://doi.org/10.1111/j.1460-2466.2010.01496.x>

Cappella, J. N., Price, V., & Nir, L. (2002). Argument repertoire as a reliable and valid measure of opinion quality: Electronic dialogue during campaign 2000. *Political Communication*, 19(1), 73-93.

Carpini, M. X. D. (2004). *Mediating democratic engagement: The impact of communications on citizens' involvement in political and civic life*.

Chae, Y., Lee, S., & Kim, Y. (2019). Meta-analysis of the relationship between Internet use and political participation: Examining main and moderating effects. *Asian Journal of Communication*, 29(1), 35-54. <https://doi.org/10.1080/01292986.2018.1499121>

Christakis, N. A., & Fowler, J. H. (2009). Social network visualization in epidemiology. *Norsk epidemiologi= Norwegian journal of epidemiology*, 19(1), 5.

Coleman, J. S. (1988). Social capital in the creation of human capital. *American journal of sociology*, 94, S95-S120.

Craig, S. C., & Maggiotto, M. A. (1982). Measuring political efficacy. *Political Methodology*, 85-109.

de Zúñiga, H. G. (2017). Attributes of interpersonal political discussion as antecedents of cognitive elaboration. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas (REIS)*, 157(157), 65-81.

De Zúñiga, H. G. (2017). Los atributos de la discusión política interpersonal como antecedentes de la elaboración cognitiva: Attributes of Interpersonal Political Discussion as Antecedents of Cognitive Elaboration. *Reis: Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 65-83.

Durkheim, E. (1974). *Sociology and philosophy*. Simon and Schuster.

Ekstrom, P. D., Smith, B. A., Williams, A. L., & Kim, H. (2020). Social Network Disagreement and Reasoned Candidate Preferences. *American Politics Research*, 48(1), 132-154. <https://doi.org/10.1177/1532673X19858343>

Eliasoph, N. (1998). *Avoiding politics: How Americans produce apathy in everyday life*. Cambridge University Press.

Etchegaray, N., Scherman, A., & Valenzuela, S. (2019). Testing the hypothesis of “impressionable years” with willingness to self-censor in Chile. *International Journal of Public Opinion Research*, 31(2), 331-348.

Eveland Jr, W. P. (2001). The cognitive mediation model of learning from the news: Evidence from nonelection, off-year election, and presidential election contexts. *Communication Research*, 28(5), 571-601.

Eveland Jr, W. P., Hayes, A. F., Shah, D. V., & Kwak, N. (2005). Understanding the relationship between communication and political knowledge: A model comparison approach using panel data. *Political Communication*, 22(4), 423-446.

Eveland Jr, W. P., & Thomson, T. (2006). Is it talking, thinking, or both? A lagged dependent variable model of discussion effects on political knowledge. *Journal of communication*, 56(3), 523-542.

EVELAND, W. P. (2004). The effect of political discussion in producing informed citizens: The roles of information, motivation, and elaboration. *Political Communication*, 21(2), 177-193.

Eveland, W. P., & Hively, M. H. (2009). Political Discussion Frequency, Network Size, and “Heterogeneity” of Discussion as Predictors of Political Knowledge and Participation. *Journal of Communication*, 59(2), 205-224. <https://doi.org/10.1111/j.1460-2466.2009.01412.x>

Eveland, W. P., Hutchens, M. J., & Morey, A. C. (2013). Political Network Size and Its Antecedents and Consequences. *Political Communication*, 30(3), 371-394. <https://doi.org/10.1080/10584609.2012.737433>

Eveland, W. P., Morey, A. C., & Hutchens, M. J. (2011). Beyond Deliberation: New Directions for the Study of Informal Political Conversation from a Communication Perspective. *Journal of Communication*, 61(6), 1082-1103. <https://doi.org/10.1111/j.1460-2466.2011.01598.x>

Eveland, W. P., Song, H., & Beck, P. A. (2015). Cultural Variations in the Relationships Among Network Political Agreement, Political Discussion Frequency, and Voting Turnout. *International Journal of Public Opinion Research*, edv007.

<https://doi.org/10.1093/ijpor/edv007>

Festinger, L. (1962). *A theory of cognitive dissonance* (Vol. 2). Stanford university press.

Fowler, J. H., & Christakis, N. A. (2008). Estimating peer effects on health in social networks: A response to Cohen-Cole and Fletcher; Trogdon, Nonnemaker, Pais. *Journal of health economics*, 27(5), 1400.

Gerber, A. S., Huber, G. A., Doherty, D., & Dowling, C. M. (2012). Disagreement and the Avoidance of Political Discussion: Aggregate Relationships and Differences across Personality Traits: *DISAGREEMENT AND THE AVOIDANCE OF POLITICAL DISCUSSION*. *American Journal of Political Science*, 56(4), 849-874.
<https://doi.org/10.1111/j.1540-5907.2011.00571.x>

Gil de Zúñiga, H., & Valenzuela, S. (2011). The Mediating Path to a Stronger Citizenship: Online and Offline Networks, Weak Ties, and Civic Engagement. *Communication Research*, 38(3), 397-421. <https://doi.org/10.1177/0093650210384984>

Gil de Zúñiga, H., Valenzuela, S., & Weeks, B. E. (2016). Motivations for Political Discussion: Antecedents and Consequences on Civic Engagement: Motivations for Political Discussion. *Human Communication Research*, 42(4), 533-552.
<https://doi.org/10.1111/hcre.12086>

Giulietti, C., Wahba, J., & Zenou, Y. (2018). Strong versus weak ties in migration. *European Economic Review*, 104, 111-137.

Granovetter, M. (1983). The Strength of Weak Ties: A Network Theory Revisited. *Sociological Theory*, 201.

Granovetter, M. S. (1973). The Strength of Weak Ties. *American Journal of Sociology*, 78(6), 1360-1380.

- Guidetti, M., Cavazza, N., & Graziani, A. R. (2016). Perceived Disagreement and Heterogeneity in Social Networks: Distinct Effects on Political Participation. *The Journal of Social Psychology, 156*(2), 222-242. <https://doi.org/10.1080/00224545.2015.1095707>
- Halpern, D., Valenzuela, S., & Katz, J. E. (2017). We Face, I Tweet: How Different Social Media Influence Political Participation through Collective and Internal Efficacy. *Journal of Computer-Mediated Communication, 22*(6), 320-336. <https://doi.org/10.1111/jcc4.12198>
- Halpern Jelin, D. M., Valenzuela, S., & Katz, J. E. (2017). *We Face, I Tweet: How Different Social Media Influence Political Participation through Collective and Internal Efficacy.*
- Hampton, K. N. (2011a). Comparing bonding and bridging ties for democratic engagement: Everyday use of communication technologies within social networks for civic and civil behaviors. *Information, Communication & Society, 14*(4), 510-528.
- Hampton, K. N. (2011b). Comparing Bonding and Bridging Ties for Democratic Engagement. *Information, Communication & Society, 14*(4), 510-528. <https://doi.org/10.1080/1369118X.2011.562219>
- Hayes, A. F. (2005). Validating the Willingness to Self-Censor Scale: Individual Differences in the Effect of the Climate of Opinion on Opinion Expression. *International Journal of Public Opinion Research, 17*(4), 443-455. <https://doi.org/10.1093/ijpor/edh072>
- Hayes, A. F., Scheufele, D. A., & Huye, M. E. (2006). Nonparticipation as Self-Censorship: Publicly Observable Political Activity in a Polarized Opinion Climate. *Political Behavior, 28*(3), 259-283. <https://doi.org/10.1007/s11109-006-9008-3>
- Hively, M. H., & Eveland, W. P. (2009). Contextual Antecedents and Political Consequences of Adolescent Political Discussion, Discussion Elaboration, and Network Diversity. *Political Communication, 26*(1), 30-47. <https://doi.org/10.1080/10584600802622837>

Holbert, R. L., Benoit, W., Hansen, G., & Wen, W.-C. (2002). The role of communication in the formation of an issue-based citizenry. *Communication Monographs*, 69(4), 296-310.

Huckfeldt, R. (2009). Interdependence, Density Dependence, and Networks in Politics. *American Politics Research*, 37(5), 921-950. <https://doi.org/10.1177/1532673X09337462>

Huckfeldt, R., Johnson, P. E., & Sprague, J. (2004). *Political Disagreement: The Survival of Diverse Opinions within Communication Networks* (1.^a ed.). Cambridge University Press. <https://doi.org/10.1017/CBO9780511617102>

Huckfeldt, R., Johnson, P., & Sprague, J. (2003). *Individuals, dyads, and networks: Autoregressive patterns of political influence*. 34.

Huckfeldt, R., Levine, J., Morgan, W., & Sprague, J. (1998). Election Campaigns, Social Communication, and the Accessibility of Perceived Discussant Preference. *Political Behavior*, 20(4), 263-294. <https://doi.org/10.1023/A:1024866630373>

Huckfeldt, R., Mendez, J. M., & Osborn, T. (2004). Disagreement, Ambivalence, and Engagement: The Political Consequences of Heterogeneous Networks. *Political Psychology*, 25(1), 65-95. <https://doi.org/10.1111/j.1467-9221.2004.00357.x>

Jung, N., Kim, Y., & De Zúniga, H. G. (2011). The mediating role of knowledge and efficacy in the effects of communication on political participation. *Mass Communication and Society*, 14(4), 407-430.

Katz, E., & Lazarsfeld, P. F. (1966). *Personal Influence, The part played by people in the flow of mass communications*. Transaction publishers.

Kavanaugh, A. L., & Patterson, S. J. (2002). The impact of community computer networks on social capital and community involvement in Blacksburg. *The Internet in everyday life*, 325-344.

- Kenny, C. B. (1994). The Microenvironment of Attitude Change. *The Journal of Politics*, 56(3), 715-728. <https://doi.org/10.2307/2132189>
- Klofstad, C. A. (2007). Talk leads to recruitment: How discussions about politics and current events increase civic participation. *Political Research Quarterly*, 60(2), 180-191.
- Klofstad, C. A., Sokhey, A. E., & McClurg, S. D. (2013). Disagreeing about Disagreement: How Conflict in Social Networks Affects Political Behavior: *HOW CONFLICT IN SOCIAL NETWORKS AFFECTS POLITICAL BEHAVIOR*. *American Journal of Political Science*, 57(1), 120-134. <https://doi.org/10.1111/j.1540-5907.2012.00620.x>
- Kotler-Berkowitz, L. (2005). Ethnicity and political behavior among American Jews: Findings from the national Jewish population survey 2000–01. *Contemporary Jewry*, 25(1), 132-157.
- Kwak, N., Williams, A. E., Wang, X., & Lee, H. (2005). Talking politics and engaging politics: An examination of the interactive relationships between structural features of political talk and discussion engagement. *Communication Research*, 32(1), 87-111.
- Ladini, R., Mancosu, M., & Vezzoni, C. (2020). Electoral participation, disagreement, and diversity in social networks: A matter of intimacy? *Communication Research*, 47(7), 1056-1078.
- Lazarsfeld, P. F., Berelson, B., & Gaudet, H. (1944). *The people's choice*.
- Lazer, D., Rubineau, B., Chetkovich, C., Katz, N., & Neblo, M. (2010). The Coevolution of Networks and Political Attitudes. *Political Communication*, 27(3), 248-274. <https://doi.org/10.1080/10584609.2010.500187>
- Leighley, J. E. (1990). Social interaction and contextual influences on political participation. *American Politics Quarterly*, 18(4), 459-475.

Levitan, L. C., & Visser, P. S. (2009). Social network composition and attitude strength: Exploring the dynamics within newly formed social networks. *Journal of Experimental Social Psychology, 45*(5), 1057-1067. <https://doi.org/10.1016/j.jesp.2009.06.001>

Lin, N. (1999). Building a network theory of social capital. *Connections, 22*(1), 28-51.

Lup, O. (2015). Informal Political Conversation in Old and New Democracies in a Comparative Perspective. *International Journal of Public Opinion Research, edv039*. <https://doi.org/10.1093/ijpor/edv039>

Lyons, J., Sokhey, A. E., McClurg, S. D., & Seib, D. (2016). Personality, Interpersonal Disagreement, and Electoral Information. *The Journal of Politics, 78*(3), 806-821. <https://doi.org/10.1086/685734>

MacKuen, M. (1990). Speaking of politics: Individual conversational choice, public opinion, and the prospects for deliberative democracy. *Information and democratic processes, 59-99*.

Marsden, P. V. (1990). Network data and measurement. *Annual review of sociology, 435-463*.

McClurg, S. D. (2006a). Political disagreement in context: The conditional effect of neighborhood context, disagreement and political talk on electoral participation. *Political Behavior, 28*(4), 349-366.

McClurg, S. D. (2006b). The Electoral Relevance of Political Talk: Examining Disagreement and Expertise Effects in Social Networks on Political Participation. *American Journal of Political Science, 50*(3), 737-754.

McClurg, S. D., Klofstad, C. A., & Sokhey, A. E. (2017). Discussion networks. En *The Oxford Handbook of Political Networks*.

Mcleod, J. M., Scheufele, D. A., & Moy, P. (1999). Community, Communication, and

Participation: The Role of Mass Media and Interpersonal Discussion in Local Political Participation. *Political Communication*, 16(3), 315-336.

<https://doi.org/10.1080/105846099198659>

Mill, J. S. (1859). *M. de Tocqueville on Democracy in America* (Vol. 2). John W. Parker and son.

Min, S. J., & Wohn, D. Y. (2020). Underneath the Filter Bubble: The Role of Weak Ties and Network Cultural Diversity in Cross-Cutting Exposure to Disagreements on Social Media. *The Journal of Social Media in Society*, 9(1), 22-38.

Montero, J., Gunther, R., & Torcal, M. (1999). Legitimidad, descontento y desafección. *Estudios Públicos*, 74, 107-149.

Montero, J. R., Gunther, R., & Torcal, M. (1997). Democracy in Spain: Legitimacy, discontent, and disaffection. *Studies in comparative international development*, 32(3), 124-160.

Moy, P., & Gastil, J. (2006). Predicting Deliberative Conversation: The Impact of Discussion Networks, Media Use, and Political Cognitions. *Political Communication*, 23(4), 443-460. <https://doi.org/10.1080/10584600600977003>

Mutz, D. (2006). *Hearing the other side: Deliberative versus participatory democracy*. Cambridge University Press.

Mutz, D. C. (2002a). Cross-Cutting Social Networks: Testing Democratic Theory in Practice. *The American Political Science Review*, 96(1), 111-126.

Mutz, D. C. (2002b). The consequences of cross-cutting networks for political participation. *American Journal of Political Science*, 838-855.

Mutz, D. C., & Mondak, J. J. (2006). The Workplace as a Context for Cross-Cutting Political

Discourse. *The Journal of Politics*, 68(1), 140-155. <https://doi.org/10.1111/j.1468-2508.2006.00376.x>

Nickerson, D. W. (2008). Is voting contagious? Evidence from two field experiments. *American political Science review*, 49-57.

Nieuwebeerta, P., & Flap, H. (2000). Crosscutting social circles and political choice: Effects of personal network composition on voting behavior in The Netherlands. *Social Networks*, 22(4), 313-335.

Nir, L. (2005). Ambivalent Social Networks and Their Consequences for Participation. *International Journal of Public Opinion Research*, 17(4), 422-442. <https://doi.org/10.1093/ijpor/edh069>

Nir, L. (2011). Disagreement and Opposition in Social Networks: Does Disagreement Discourage Turnout? *Political Studies*, 59(3), 674-692. <https://doi.org/10.1111/j.1467-9248.2010.00873.x>

Park, C. S., & Karan, K. (2014). Unraveling the relationships between smartphone use, exposure to heterogeneity, political efficacy, and political participation: A mediation model approach. *Asian Journal of Communication*, 24(4), 370-389. <https://doi.org/10.1080/01292986.2014.892146>

Pattie, C. J., & Johnston, R. J. (2008). It's good to talk: Talk, disagreement and tolerance. *British Journal of Political Science*, 38(4), 677-698.

Pattie, C. J., & Johnston, R. J. (2009). Conversation, Disagreement and Political Participation. *Political Behavior*, 31(2), 261-285. <https://doi.org/10.1007/s11109-008-9071-z>

Price, V., Cappella, J. N., & Nir, L. (2002). Does Disagreement Contribute to More

Deliberative Opinion? *Political Communication*, 19(1), 95-112.

<https://doi.org/10.1080/105846002317246506>

Rojas, H. (2012). El efecto de la comunicación autoritaria sobre la expresión política en Chile. *Jóvenes, participación y medios*, 32.

Rojas, H., & Hopke, J. (2010). *Socializados para la autocensura: Comunicación autoritaria y opinión*.

Rubenson, D. (2005). Community heterogeneity and political participation in American cities. *Canadian Political Science Association Meeting*, 1-26.

Scheufele, D. A., Hardy, B. W., Brossard, D., Waismel-Manor, I. S., & Nisbet, E. (2006). Democracy Based on Difference: Examining the Links Between Structural Heterogeneity, Heterogeneity of Discussion Networks, and Democratic Citizenship. *Journal of Communication*, 56(4), 728-753. <https://doi.org/10.1111/j.1460-2466.2006.00317.x>

Scheufele, D. A., Nisbet, M. C., & Brossard, D. (2003). Pathways to political participation? Religion, communication contexts, and mass media. *International Journal of Public Opinion Research*, 15(3), 300-324.

Scheufele, D. A., Nisbet, M. C., Brossard, D., & Nisbet, E. C. (2004). Social Structure and Citizenship: Examining the Impacts of Social Setting, Network Heterogeneity, and Informational Variables on Political Participation. *Political Communication*, 21(3), 315-338. <https://doi.org/10.1080/10584600490481389>

Schmitt-Beck, R., & Lup, O. (2013). Seeking the soul of democracy: A review of recent research into citizens' political talk culture. *Swiss Political Science Review*, 19(4), 513-538.

Schudson, M. (1997). Why conversation is not the soul of democracy. *Critical Studies in Media Communication*, 14(4), 297-309.

Shah, D. V. (2016). Conversation is the soul of democracy: Expression effects, communication mediation, and digital media. *Communication and the Public*, 1(1), 12-18.

<https://doi.org/10.1177/2057047316628310>

Sinclair, B. (2012). *The social citizen: Peer networks and political behavior*. University of Chicago Press.

Sokhey, A. E., & McClurg, S. D. (2012). Social networks and correct voting. *The Journal of Politics*, 74(3), 751-764.

Teorell, J., Torcal, M., & Montero, J. R. (2007). 13 Political participation. *Citizenship and involvement in European democracies: A comparative analysis*, 17, 334.

Terry, P. (2009). "The Strength of Weak Ties" Revisited: Achieving True Integration of Disease Management and Lifestyle Management. *Population health management*, 12(5), 217-219.

Tindall, D. B., & Cormier, J. J. (2008). Gender, network capital, social capital, and political capital: The consequences of personal network diversity for environmentalists in British Columbia. *Social capital: An international research program*, 282-307.

Torcal, M. (2002). *Political disaffection in new democracies: Spain in comparative perspective* [PhD Thesis]. The Ohio State University.

Torcal, M., & Maldonado, G. (2014). Revisiting the Dark Side of Political Deliberation. *Public Opinion Quarterly*, 78(3), 679-706. <https://doi.org/10.1093/poq/nfu035>

Torcal, M., & Montero, J. R. (2006a). *Political disaffection in contemporary democracies: Social capital, institutions and politics*. Routledge.

Torcal, M., & Montero, J. R. (2006b). *Political disaffection in contemporary democracies: Social capital, institutions and politics*. Routledge.

Valenzuela, S., Correa, T., & Gil de Zuniga, H. (2018). Ties, likes, and tweets: Using strong and weak ties to explain differences in protest participation across Facebook and Twitter use.

Political communication, 35(1), 117-134.

Valenzuela, S., Jeong, S. H., & Gil de Zúñiga, H. (2011). *Deliberation or small talk? Motivations for public discussion and their effects on civic engagement*. Association for Education in Journalism and Mass Communication, Saint Louis, MO.

Valenzuela, S., Kim, Y., & Gil de Zuniga, H. (2012). Social Networks that Matter: Exploring the Role of Political Discussion for Online Political Participation. *International Journal of Public Opinion Research*, 24(2), 163-184. <https://doi.org/10.1093/ijpor/edr037>

Verba, S., Schlozman, K. L., & Brady, H. E. (1995). *Voice and equality: Civic voluntarism in American politics*. Harvard University Press.

Wilson, T. D. (1998). Weak ties, strong ties: Network principles in Mexican migration. *Human Organization*, 394-403.

Wojcieszak, M. E., & Mutz, D. C. (2009). Online groups and political discourse: Do online discussion spaces facilitate exposure to political disagreement? *Journal of communication*, 59(1), 40-56.

Wyatt, R. O., Katz, E., & Kim, J. (2000). Bridging the spheres: Political and personal conversation in public and private spaces. *Journal of communication*, 50(1), 71-92.